

C. FEUILLET

EL VIAJERO

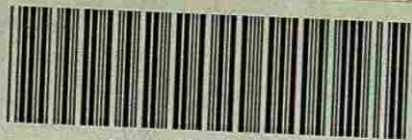
La partida de damas

CONESTTA

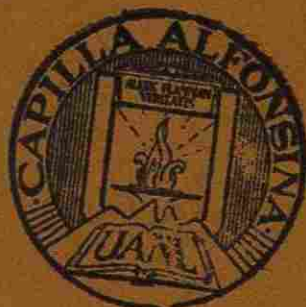
ALIX

PQ2244

V58



1020026461



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

8428
 Num. Clas. F4564
 Num. Autor 30157
 Num. Act. -8-
 Procedencia
 Precio
 Fecha AS 29
 Clasificad
 Catálogo

OCTAVIO FEUILLET

DE LA ACADEMIA FRANCESA

EL VIAJERO

LA PARTIDA DE DAMAS

ONESTA. — ALIX

VERSIÓN ESPAÑOLA



MADRID

EL COSMOS EDITORIAL

ARCO DE SANTA MARÍA, 4, BAJO

1887

098884



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVA LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.
Queda hecho el depò-
sito que marca la ley.*



MADRID, 1887.—EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»,
Paseo de San Vicente, núm. 20.

EL VIAJERO

ESCENAS DIALOGADAS

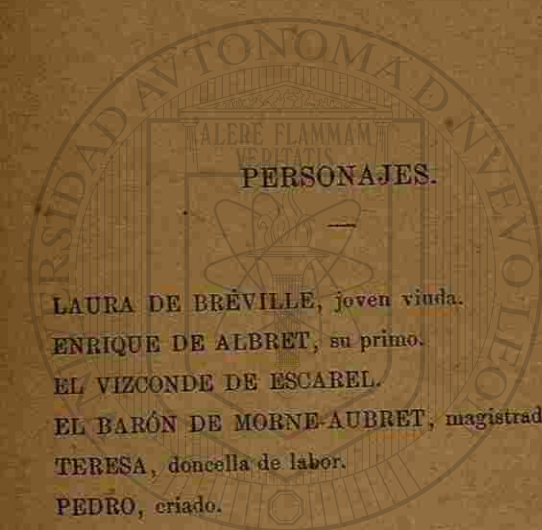
TRADUCCIÓN DE

CARLOS DE OCHOA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

«ARCAJO REYES»

115 MONTE REY, MEXICO



PERSONAJES.

LAURA DE BRÉVILLE, joven viuda.
ENRIQUE DE ALBRET, su primo.
EL VIZCONDE DE ESCAREL.
EL BARÓN DE MORNE-AUBRET, magistrado.
TERESA, doncella de labor.
PEDRO, criado.

La escena pasa en nuestros días.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

En una quinta de Normandía.—Gabinete adornado y amueblado al estilo de Luis XVI.—Lumbre en la chimenea, una lámpara encendida, una mesa con cubierto para una sola persona.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE DE ALBRET, luego TERESA.

ENRIQUE. (Entra por el fondo después de entreabrir la puerta con cautela.)

¡Nadie!..... Decididamente esta quinta está habitada por duendes..... No se encuentra un ser viviente por ninguna parte..... ¡Servicio deplorable! (Fijándose en la labor que se halla encima de la mesa.) ¡Ah! ¡ah! se dedica ahora á las labores..... ¡Siempre es un progreso!..... ¡Y la mesa puesta! Por lo visto, se come aquí..... y sin embargo, esto no es el comedor. Vamos, ¡desorden!.....

TERESA. (Entrando bruscamente por la puerta del fondo y dirigiéndose á Enrique, que le vuelve la espalda.)
¿Qué desea el señor?.....

ENRIQUE. (Dirigiéndose á Teresa.)

¡Ah! dispense usted, señorita..... He llamado á la puerta de entrada y no ha acudido nadie..... He vuelto á llamar cuando me encontré en el vestíbulo y..... el mismo resultado..... hasta que me he permitido entrar aquí..... Pero por lo visto, ¿no me reconoce usted, Teresa?

TERESA. (Mirándole con asombro.)

Se me figura que es usted el señorito Enrique.

ENRIQUE.

Y se le figura á usted muy bien..... Se conoce que he cambiado mucho en estos cinco años.

TERESA.

A decir verdad, señorito, no salgo de mi asombro.

ENRIQUE.

¿Qué está usted diciendo? ¿He cambiado hasta ese punto? Yo bien sé que estoy más moreno..... que he envejecido bastante.....

TERESA.

¡Oh! ¡no! yo no encuentro que el señorito haya envejecido. Al contrario..... me parece..... ¿cómo diré?..... me parece que el señorito tiene el aire más esbelto.....

ENRIQUE.

¿Lo cual quiere decir que antes tenía un aire.....

de maestro de escuela? Celebro haber mejorado. ¡Ya se ve! los viajes son muy convenientes..... ¿Y usted, tan buena?

TERESA. (Con aire jovial.)

Siempre igual.

ENRIQUE.

Pero dígame usted, Teresa, ¿no habría medio de ver á mi prima, ó bien á su marido? ¿Están en casa?

TERESA.

No, señor..... la señora ha salido y el señor ha muerto.

ENRIQUE. (Con aire de estupefacción.)

¿Qué dice usted? ¿Que el señor ha muerto?.... (Bajando la voz.) ¿Pero es cierto? ¿Gastón ha muerto?

TERESA.

Sí, señor..... ¿No lo sabía usted?

ENRIQUE.

Es la primera noticia..... Empecé, como usted sabe, un largo viaje á América, recorrí varios desiertos..... no he sabido nada de nadie..... (Bajando nuevamente la voz.) ¿Pero cómo? muerto..... mentira parece.

TERESA.

Pues como usted lo oye.

ENRIQUE.

¿Está usted segura de ello?

TERESA.

¿Pues no lo he de estar, señor?..... como me llamo Teresa.

ENRIQUE.

¡Vaya una noticia, santo Dios! ¡Qué lejos estaba de suponer una cosa semejante!..... Desembarqué ayer en Cherbourg..... he tomado esta mañana el tren para París, á donde me dirijo. Deseaba saludar á mis primos..... Recordé que su quinta se hallaba por estos alrededores..... me apeé en la estación de Bréville..... llego aquí y..... ¡me encuentro con una catástrofe!..... (Bajando la voz.) ¿Y cómo ha sido? cuénteme usted.

TERESA.

La cosa más natural del mundo. Se fué de caza, según su costumbre, y se resfrió.....

ENRIQUE.

¿Y el resfriado se convirtió en pulmonía? y..... ¡buenas noches! Pues dígame á usted..... ¿Y cuándo fué?

TERESA.

Hace diez y seis meses.

ENRIQUE.

¡Diez y seis meses! ¡Y yo no saber nada! Vamos, si me parece que estoy soñando.

TERESA.

Pero el señorito puede ver á la señora; ya no tardará en llegar;..... está muy cerca de aquí, en casa de unos vecinos.

ENRIQUE.

¡No! ¡no! yo no quiero verla ahora..... Mi visita sería bastante indiscreta en estas circunstancias.....

TERESA.

Pero, señor, si hace ya diez y ocho meses.....

ENRIQUE.

Hará diez y ocho meses para usted..... pero para mí no hace ni cinco minutos..... Eramos buenos amigos, como usted recordará, Teresa..... y mi presencia podría renovar el dolor de su viuda.....

TERESA.

Al revés, señorito..... de ese modo la señora se distraerá.

ENRIQUE. (Distraído.)

¿Cree usted?....

TERESA.

¡Pues no lo he de creer! y la señora necesita á toda costa distraerse..... Su vida es poco alegre en el campo..... en compañía de su anciano tío siempre enfermo.

ENRIQUE.

¡Ah! ¿el tío vive con ella?

TERESA.

Si, señor..... desde que la señora enviudó.....

ENRIQUE.

¡Muy bien! ¡muy bien!..... Pero, dígame usted, Teresa, decididamente no quiero verla ahora..... Por desgracia he despedido el coche que me trajo desde la estación..... ¿No podría encontrar otro en el pueblo?

TERESA.

¡Si aquí no hay ningún pueblo!

ENRIQUE.

Pues lo mismo me da; me iré á pié.

TERESA.

Lo peor es que ya no pasa ningún tren por aquí hasta las doce de la noche.

ENRIQUE.

¡Pues qué remedio! Esperaré.

TERESA.

Y en la estación no hay fonda, ni cantina siquiera.

ENRIQUE.

Eso es ya peor..... pero tendremos paciencia. Vaya, Teresa, dirá usted á la señora que había venido para tener el gusto de verla, pero que en vista de la triste noticia que usted me ha dado..... (Se oyen de pronto unos alegres acordes en el piano que hay en la

estancia contigua; Enrique, asombrado, interrumpe la conversación y dice por lo bajo.) ¿Qué significa eso?

TERESA.

Es la señora que acaba de entrar.

ENRIQUE.

¿Pero cómo, ha vuelto ya á abrir el piano?

TERESA.

¿Pues no hace ya diez y ocho meses?.....

ENRIQUE. (Confuso y sin saber lo que le pasa.)

Tienes razón..... no me acordaba..... Ahora bien, escucha, Teresa.....

TERESA.

¿El señorito me tutea ahora?

ENRIQUE.

No hagas caso..... Mira, ahí tienes dos luses..... Es preciso que me ayudes á marchar sin que tu ama me vea.

TERESA.

Muchas gracias, señorito..... Voy á prevenir á la señora..... (Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.)

ENRIQUE. (Procurando detenerla.)

¡Teresa, yo te prohibo!.....

TERESA.

¡Qué disparate! ¡Estoy seguro que el señorito la distraerá!..... (Sale por la izquierda.)

ESCENA II.

ENRIQUE solo; después, Laura.

ENRIQUE. (Llamando á Teresa en voz baja.)
 ¡Teresa!.... (Escuchando con ansiedad.) ¡Ya no se oye el piano!.... ¡No hay remedio!.... Ahora lo que es preciso, absolutamente preciso, es no hacer el oso.... ¡Y yo que me creía completamente curado!.... ¡y realmente lo estaba!.... Pero encontrármela viuda de repente.... no contaba con esto, y confieso que mi turbación es grande.... Sí, señor, estoy sin saber lo que me pasa.... De seguro que voy á renovar sus lágrimas y suspiros.... ¡Qué situación!.... ¡Claro está! ¡Ella adoraba á ese animal.... quiero decir, á ese desgraciado de Gastón.

LAURA. (Entrando por la izquierda con aire jovial.)
 ¡Pero, qué agradable sorpresa!.... ¡Querido primo! (Dándole la mano.)

ENRIQUE.

¡Prima querida!....

LAURA.

¡Yo que te creía en el polo Sur!....

ENRIQUE.

De allí vengo, y siento infinito haber llegado en tan críticas circunstancias...

LAURA. (Recordando su situación y cambiando de tono.)
 ¿Conque no sabías mi desgracia?

ENRIQUE.

Ni una palabra.... Tu doncella acaba de decírmelo, y te aseguro que estoy profundamente afectado....

LAURA.

Ha sido una gran desgracia.

ENRIQUE. (No sabiendo qué decir, lanza un suspiro y aprieta cariñosamente la mano de Laura.)

LAURA.

Tú que me has conocido tan alegre, tan dispuesta para todo.... ¿Te acuerdas?

ENRIQUE.

Este es el mundo, hija mía. (Suspirando.) Un verdadero valle de lágrimas.... Y lo peor es que esas penas sólo las cura el tiempo.... el tiempo....

LAURA.

¡Tienes razón!.... ¡el tiempo tan sólo!....

ENRIQUE.

Y según me han dicho, vives aquí con tu tío....

LAURA.

Sí, primo; mi excelente tío se ha prestado á vivir conmigo desde....

ENRIQUE.

¿Desde la catástrofe?

LAURA.

Sí.

ENRIQUE.

¿Y cómo se encuentra ese excelente tío? ¿Está bueno?

LAURA.

No, no está nada bueno.... En este momento sufre mucho de la gota....

ENRIQUE.

¡Pobre señor!.... ¡cuánto lo siento!.... Verdad es que con una enfermera como tú.... lo pasará menos mal. — Ahora, querida prima, no quiero molestarte más.... y con tu permiso, me voy á retirar.

LAURA.

¿Qué oigo? ¿te quieres marchar? ¿y adónde?....

ENRIQUE.

Hacia la estación.... me servirá de paseo.... Iré despacio.... La noche está hermosísima....

LAURA.

¿Hermosísima? ¡Si está nevando! — Además, ¿es justo que me dejes al cabo de cinco minutos después de cinco años de ausencia?.... ¡Un pariente como tú!.... ¡un antiguo amigo! — Y á todo esto, ¿has comido? ¡No te puedes marchar sin comer!

ENRIQUE.

¡Oh! un viajero como yo....

LAURA.

Vamos á ver; un viajero come como todo el mundo.... Quédate á comer conmigo.... y después te acompañarán hasta la estación.... Precisamente hoy como sola, pues mi tío está en cama. Nos quedaremos aquí, porque el comedor está muy frío.

ENRIQUE.

No me parece mal.

LAURA.

Pues si no te parece mal, quédate, y harás una obra de caridad....

ENRIQUE.

Puesto que se trata de una obra de caridad....
(Durante todo este diálogo, Enrique observa con atención á su prima.)

ESCENA III.

Los mismos y PEDRO. (Trayendo la sopa.)

LAURA.

No hay más que hablar; ¿no es eso? — Pedro, añada usted un cubierto para el señor de Albret.
(Habla en voz baja al criado, y luego se dirige á su primo.)

Me referirás tus viajes.... y yo te contaré mis penas..... ¡Siéntate ahí! (Se sientan junto á la mesa.)

PEDRO. (Después de servir á su ama, sirve la sopa á Enrique, hablando con acento contristado.)

Sopa de arroz.....

ENRIQUE.

Es la que más me gusta. (Empiezan á comer, y Enrique vuelve á tomar un acento triste y compungido.) Querida prima, sentiría infinito abrir las llagas de tu corazón apenas cicatrizadas; pero no quisiera tampoco que imaginases que me muestro indiferente ante tu inmensa desgracia..... Permíteme, pues, que te pregunte cómo ha sido..... refiéremelo todo.....

LAURA.

¡Es tan triste hablar de esto!

ENRIQUE.

Bien lo comprendo, pero ¡me interesa tanto saber todos los pormenores! — ¿Ha sido casi de repente?.....

LAURA.

¡Oh! ¡un escopetazo!

PEDRO.

¿El señor desea que le sirva un poco de salmón?

ENRIQUE.

Con mucho gusto.

LAURA. (Dirigiéndose á Pedro.)

Sirva usted el Jerez á este caballero. (Á Enrique.)

Ya ves que recuerdo que es tu vino predilecto.

ENRIQUE.

¡Tanta amabilidad! (Pedro ha salido de la estancia. Cuando está ausente, Laura y Enrique hablan con animación en voz alta; cuando entra Pedro bajan algo la voz y toman un tono tristón.)

LAURA.

¡Qué cambiada me debes de encontrar! ¡No es cierto, primo mío?

ENRIQUE.

Es cierto..... algo cambiada te encuentro..... pero es en tu favor..... ¡Sí, sí! Me parece que estás ahora más bella que antes.

LAURA.

¡Qué ocurrencia! Lo que hay es que siempre fuiste muy indulgente conmigo.

ENRIQUE.

—No, no; nada de eso.

LAURA.

Completamente ciego para ver mis defectos.....

ENRIQUE.

Te engañas muy mucho. No estaba ciego para ver tus defectos; los veía perfectamente..... sólo que.....

LAURA.

Sólo que te gustaban también mis defectos....

ENRIQUE. (Con entusiasmo.)

LAURA.

Me encantaban... (Entra Pedro, y Enrique y Laura, que estaban riendo, vuelven á tomar un aspecto serio y tristón.)

PEDRO.

¿Pollo en salsa?

ENRIQUE.

Sírvame usted.... En aquella época no sabias lo que eran penas, primita mía.... Felizmente no se conoce el porvenir....

LAURA.

Es verdad.... felizmente.

ENRIQUE.

Es un verdadero don de la Providencia habernos ocultado nuestro destino futuro.... pues sin eso no se disfrutaría de nada.

LAURA.

De nada.... de nada.

ENRIQUE.

Pues no hay que negar que á medida que avanzamos en nuestra existencia es indispensable que nuestro corazón goce....

LAURA.

Ó padezca.... Eso es inevitable.

PEDRO.

¿Pastel de perdices?.... ¿ensalada?

ENRIQUE.

Venga.... (Sale Pedro.)

LAURA. (Alzando más la voz.)

Pero á propósito de lo que hablábamos antes, primo, ¿sabes que estoy observando que el que ha cambiado mucho eres tú?.... Estás desconocido.

ENRIQUE.

¿Desconocido?.... pero ¿en qué?

LAURA.

Mira.... ahora te lo puedo decir.... Antes tenías un aire así, yo no sé cómo decirte.... parecías....

ENRIQUE.

Vamos, un maestro de escuela.

LAURA.

Justo.

ENRIQUE.

Me lo ha dicho hace poco tu doncella.

LAURA.

¿Cómo? ¿se ha atrevido?....

ENRIQUE.

Sí, no importa nada; al contrario, puesto que ya no lo tengo....

LAURA.

Es cierto.... has cambiado mucho. Encuentro

que has tomado un aspecto más agradable; estás más social. Te diré que hasta advierto en tí un aire medio burlón que no te sienta mal.... Tienes cierto aplomo....

ENRIQUE.

Primita, no tiene nada de extraño que un hombre que está recorriendo desde hace cinco años, á pie, á caballo ó en barco las selvas vírgenes y las pampas, haya conseguido un poco de aplomo.

LAURA.

Pero no es solamente aplomo lo que has ganado.... Encuentro en tí.... (Dirigiéndose á Pedro que acaba de entrar y que muda los platos.) Bien está, Pedro, puede usted retirarse ahora... Traerá usted el café cuando yo llame. (Sale Pedro. Dirigiéndose á Enrique.) Pues decía que tengo que darte mi enhorabuena.... He visto con gusto que ya eres célebre.... y que caminas á pasos agigantados hacia el Instituto de Francia.... Tus impresiones de viaje.... tus libros acerca de las antigüedades americanas tienen un gran éxito.... se habla mucho de ellos....

ENRIQUE.

¿Los has leído, primita?

LAURA.

No, me he guardado muy bien de leerle.... Es-

taba demasiado enfadada contigo.... ¡Cómo se entiendo! Publicas obras y más obras...., escribes á todo el mundo.... y á mí, tu prima, tu pariente más cercana, tu amiga de la infancia, ni una línea siquiera, ni una palabra en cinco años!

ENRIQUE.

Mentira parece que me digas eso. Nadie sabe mejor que tú que mi gran afecto hacia tí, afecto al cual correspondiste casándote con Gastón, ha sido la causa primordial de mi voluntaria expatriación.... Después de aquellas calabazas que me diste—y echando á un lado todo sentimiento de amor propio—lo más lógico y natural era interrumpir mis relaciones contigo, al menos hasta el día en que fuesen para mí un verdadero peligro. (Momento de silencio y de malestar. Laura, sin contestar y de mal humor, se levanta para tirar de la campanilla. Enrique se levanta también y se acerca á la chimenea calentándose las espaldas.) ¡Ah! la lumbre es una invención de primer orden, no hay duda alguna. (Pedro entra con el servicio de café, y sale.)

ESCENA IV.

LAURA, ENRIQUE.

LAURA. (Con tono algo seco.)
¿Tomás café?

ENRIQUE. (Muy amable.)
Con mucho gusto, prima.

LAURA. (Dándole una taza.)
¿Y son ciertas todas esas aventuras que cuentas
en tus libros?

ENRIQUE.
¡Ya lo creo! Y otras muchas que no he querido
referir.....

LAURA.
¿Aventuras amorosas? ¿historias de salvajes?.....

ENRIQUE.
¡De salvajes! prima.

LAURA.
¿Pero es cierto que durante dos ó tres años has
vivido en el desierto?

ENRIQUE.
Ciertísimo.

LAURA.
¿Y en qué pensabas durante las noches, solo,
perdido en esos sitios solitarios?

ENRIQUE.

Con frecuencia en tí, prima mía.

LAURA.

¡Qué disparate! Para maldecirme sin duda.

ENRIQUE.

Todo lo contrario; para bendecirte.

LAURA.

¿Para bendecirme? Si comprendo jota.....

ENRIQUE. (Con naturalidad y con acento sincero.)

Pues es muy sencillo..... para bendecirte con
toda mi alma de haber tenido más sano juicio que
yo, comprendiendo que nuestra unión hubiera sido
deplorable..... Sí, primita, sí..... si supieses cuán-
tas veces, á medida que iba entrando la reflexión
en mí, me he felicitado de no haberme casado con-
tigo.....

LAURA.

Vamos, Enrique, tú no sabes lo que te dices.....

ENRIQUE. (Con animación.)

..... Porque hubieras sido sumamente desgra-
ciada conmigo..... del mismo modo que yo no hu-
biese sido muy feliz contigo..... pues no teníamos
los mismos gustos..... Yo no era de ninguna manera
el marido que convenía á una mujer como tú, tan
aficionada al mundo, á la sociedad, tan bonita co-
mo tú.... Sin detestar precisamente la sociedad, la

miraba como una simple distracción. Yo era ante todo un hombre amante de su casa, de su interior, dedicado á estudios serios que no podían interesarte en lo más mínimo.....

LAURA.

No lo creas.....

ENRIQUE.

Que hasta te hubieran parecido ridiculos.... Además, que sin ser tan bonita como hoy, lo eras ya bastante..... yo era tan vulgar, tan prosaico, con aire de maestro de escuela.....

LAURA.

¡Pero qué disparate! ¿Quién puede decir eso?

ENRIQUE.

Tú lo decías hace poco.

LAURA.

De ningún modo. Lo que yo decía únicamente es que en aquella época eras un poco tímido, un poco..... en fin, ¡cómo todos los enamorados!

ENRIQUE.

¿Y Gastón!... ¿No era tímido él! y sin embargo, ¡estaba tan enamorado como yo, supongo!

LAURA.

Yo no sé.....

ENRIQUE.

¡Y qué igualitos erais los dos!..... ¿no es eso?...

LAURA.

Hasta cierto punto.

ENRIQUE.

¿Cómo hasta cierto punto?.... Si había una completa armonía entre ambos. Hombre de *sport* y de sociedad ante todo, gallardo y elegante, montando divinamente á caballo, bailarín incansable, consagrado en cuerpo y alma, lo mismo que tú, día y noche, á la vida exterior, á las fiestas y á las diversiones..... era realmente digno de figurar á tu lado..... teniais la misma manera de comprender la existencia, los mismos gustos, las mismas cualidades, los mismos defectos..... deliciosos..... Así es que cuando os evocaba á los dos en mi imaginación en el fondo de mi tienda solitaria..... cuando os veía galopar juntos en la avenida de las Acacias, ó bien bailando hasta el amanecer un cotillón interminable — aunque mi corazón estuviese aun herido en aquel tiempo — forzoso me era reconocer que habíais andado muy acertados y que estabais destinados el uno al otro hasta la eternidad de los siglos.

LAURA.

¡Convenido!.... ¡Eres el mejor de los hombres, y queda demostrado que soy la más vana, la más frívola y la más pueril de las mujeres!

ENRIQUE.

Prima, prima, yo no he dicho.....

LAURA.

¡Vamos, vamos!.... Y todo esto, ¿por qué? Mi historia es, sin embargo, bien sencilla y bien conocida..... Todos los días ocurre el que una joven, fascinada tal vez por ese primer vértigo que suele causar cuando una se ve rodeada, festejada, mimada en medio de la sociedad, se fija en un joven que monta bien á caballo y que sabe conducir un rigodón á las mil maravillas, como el ideal de los maridos..... ¿Pero crees tú que la mujer—á menos de que sea completamente negada—guarda mucho tiempo, sobre este punto, los sentimientos, las ilusiones de la joven? ¿Crees tú que la experiencia del matrimonio y de la vida no abre sus ojos y su corazón, y que los prestigios y las seducciones que la fascinaban tanto en el enamorado, la fascinan igualmente en el marido? ¿Por ventura, lo que la mujer quiere ante todo no es estimar á su marido, mostrarse orgullosa de él, siendo evidente que acabará más tarde ó más temprano por hacer suya la estimación ajena? Ve otros maridos que el suyo, ¡ay!.... los ve rodeados de atenciones y de respeto, los ve cada vez más considerados, mientras que su propio marido permanece eterna-

mente siendo el gallardo jinete y el elegante..... conductor de cotillones..... y nada más..... Y si esa mujer, después de todo, no es una loca ridícula, si quiere permanecer siendo siempre una mujer honrada, si pasa las veladas en su casa, ¿no comprende en seguida cuán prosaicas van á ser sus pláticas con ese gallardo jinete y con ese eterno conductor de cotillones?..... Él mismo comprende cuán falsa es su posición, que ya no es para la mujer el conquistador de otros tiempos, y trata de serlo para otras menos expertas ó menos delicadas..... hasta que llega la edad crítica en que deja de ser seductor..... y se convierte en lo que hay de más triste y repulsivo en el mundo..... en un viejo coquetón..... que ya no es joven ni gallardo..... y que no sabe ser viejo.

ENRIQUE.

Prima mía, tu lenguaje me deja estupefacto..... Parece como que hay en él cierta recriminación..... y no quisiera comprenderte.

LAURA.

Paes no es difícil, sin embargo.

ENRIQUE.

¿Luego tu enlace con Gastón no ha justificado todas tus esperanzas?..... ¿No has sido completamente feliz?

LAURA. (Emocionada.)

No hablemos de eso. (Breve pausa.)

Esta media explicación era necesaria para que comprendas la noticia que voy á darte. Encontrarás menos extraño ahora, querido primo, que hayan pensado ya en mí, y que yo también haya pensado.....

ENRIQUE. (Con animación.)

¿En casarte?

LAURA.

Sí. ¿Te parece mal?

ENRIQUE. (Serebándose.)

¿A mí? ¡Al contrario!..... Encuentro que haces perfectamente..... Tienes verdadero derecho á una compensación, y además una vida de veintiseis años, bella como tú y sin hijos, se encontraría en una situación harto delicada en el mundo.

LAURA.

Entonces..... ¿apruebas mi proyecto?

ENRIQUE.

En absoluto.

LAURA.

¡Oh! ¡cuánto me alegro!

ENRIQUE.

¿Y quién es el feliz mortal?

LAURA.

No lo sé todavía..... Hay varios pretendientes.....

hay dos particularmente á quienes mi tío apoya, y entre los cuales me mete prisa para que escoja..... Ambos se hallan hace días viviendo en una quinta vecina, consagrados á la caza..... Pero ahora pienso que probablemente los verás á los dos, pues rara es la noche en que dejan de venir ambos á hacerme un escrúpulo de corte.

ENRIQUE.

Tendré el mayor gusto.

LAURA. (Con ironía.)

Y yo también..... pues con tu vista de lince los estudiarás en seguida, y es más que probable que tu impresión determine en mi fallo.....

ENRIQUE.

¡Cuánto honor para mí!

LAURA.

Pues ahí llaman á la puerta y de seguro que es el uno ó el otro, ó tal vez los dos, pues se vigilan de cerca.

El uno de ellos, el más arrogante, es el Vizconde de Escarel, un verdadero caramelo, el niño mimado de todas las bellas de estos alrededores; el otro, más grave, es un magistrado de gran porvenir: el Barón de Morne-Aubret..... ambos muy ricos.

ENRIQUE.

Dime á cuál de los dos prefieres..... Eso me servirá de norma.

LAURA.

Tan pronto al uno..... tan pronto al otro.

ENRIQUE.

¡Cáspita!

PEDRO. (Anunciando desde el fondo.)

¡El señor Barón de Morne Aubret! ¡El señor Vizconde de Escarel!

ESCENA V.

Los mismos y el BARÓN DE MORNE AUBRET, muy tieso, muy ceremonioso, hablando con grandes pretensiones, y el VIZCONDE DE ESCAREL, tipo de lechuguino, con lentes y aspecto algo osado.

EL BARÓN. (Besando la mano de Laura.)

¡Mi hermosa vecina!

EL VIZCONDE. (Dando la mano á Laura.)

¡Amiga mía!

(Ambos miran á Enrique y hacen una ligera inclinación de cabeza.)

LAURA. (Presentando á Enrique.)

Mi primo, Mr. de Albret.

(Nuevos saludos entre los caballeros.)

EL BARÓN.

¡Cómo! El ilustre viajero..... Oh, caballero, permitidme que os felicite..... (Le da la mano.)

ENRIQUE.

Lo mismo digo, señor mío.

EL VIZCONDE.

Tengo el mayor gusto, caballero.

LAURA.

Siéntense ustedes, señores..... ¿Y qué es eso, está siempre nevando?

EL VIZCONDE.

¡Poca cosa!

EL BARÓN.

¡Algunos copos insignificantes! (Dirigiéndose á Enrique.) ¿Piensa usted publicar próximamente alguna nueva obra..... una de esas relaciones en que sabe usted unir al interés severo de la ciencia toda la gracia y todo el atractivo de vuestra rica fantasía?

ENRIQUE.

Caballero, es usted excesivamente amable. Sí, señor; una vez que esté instalado en París, me propongo reunir mis notas y publicar una relación de mi último viaje.

EL BARÓN.

¿Podría saber cuál ha sido el último teatro de vuestras sabias exploraciones?

ENRIQUE.

Dime á cuál de los dos prefieres..... Eso me servirá de norma.

LAURA.

Tan pronto al uno..... tan pronto al otro.

ENRIQUE.

¡Cáspita!

PEDRO. (Anunciando desde el fondo.)

¡El señor Barón de Morne Aubret! ¡El señor Vizconde de Escarel!

ESCENA V.

Los mismos y el BARÓN DE MORNE AUBRET, muy tieso, muy ceremonioso, hablando con grandes pretensiones, y el VIZCONDE DE ESCAREL, tipo de lechuguino, con lentes y aspecto algo osado.

EL BARÓN. (Besando la mano de Laura.)

¡Mi hermosa vecina!

EL VIZCONDE. (Dando la mano á Laura.)

¡Amiga mía!

(Ambos miran á Enrique y hacen una ligera inclinación de cabeza.)

LAURA. (Presentando á Enrique.)

Mi primo, Mr. de Albret.

(Nuevos saludos entre los caballeros.)

EL BARÓN.

¡Cómo! El ilustre viajero..... Oh, caballero, permitidme que os felicite..... (Le da la mano.)

ENRIQUE.

Lo mismo digo, señor mío.

EL VIZCONDE.

Tengo el mayor gusto, caballero.

LAURA.

Siéntense ustedes, señores..... ¿Y qué es eso, está siempre nevando?

EL VIZCONDE.

¡Poca cosa!

EL BARÓN.

¡Algunos copos insignificantes! (Dirigiéndose á Enrique.) ¿Piensa usted publicar próximamente alguna nueva obra..... una de esas relaciones en que sabe usted unir al interés severo de la ciencia toda la gracia y todo el atractivo de vuestra rica fantasía?

ENRIQUE.

Caballero, es usted excesivamente amable. Sí, señor; una vez que esté instalado en París, me propongo reunir mis notas y publicar una relación de mi último viaje.

EL BARÓN.

¿Podría saber cuál ha sido el último teatro de vuestras sabias exploraciones?

ENRIQUE.

La América Central, y particularmente el Yucatán y Honduras.

EL VIZCONDE. (Con aire pedantesco.)

¿Conque quiere decir que existen esos países?

ENRIQUE.

¿Dice usted?

EL VIZCONDE.

El Yucatán y Honduras.... Cuando veo esos nombres en los mapas, me figuro siempre que el geógrafo ha querido burlarse de mi inocencia..... ¡Es tan inverosímil todo eso!

LAURA.

¿Creerán ustedes, señores, que mi primo, que está aquí presente, ha pasado dos años seguidos en esas regiones desiertas sin más compañía que sus criados indios?

EL BARÓN.

Esa abnegación por la ciencia es admirable.

EL VIZCONDE.

Es más que admirable..... Se necesita un estómago..... Comprendo que debía ser poco divertido..... En cambio, supongo que tendría usted por esos países una admirable cacería.

ENRIQUE.

Rara vez cazaba; cuatro tiros de vez en cuando

para preparar mi comida. Mis trabajos además absorbían todo mi tiempo.

EL BARÓN.

¿El trabajo?..... ¡es el gran consuelo, el gran amigo del hombre!

EL VIZCONDE.

¡Como el lagarto!

LAURA.

Querido Vizconde, procure usted tener seriedad siquiera un minuto.

EL VIZCONDE.

Señora mía, eso es imposible..... la seriedad me causa horror.

LAURA.

Pero, á propósito de caza, caballeros, ¿no han cazado ustedes hoy?..... ¿Están ustedes satisfechos?

EL BARÓN.

La nevada de anoche condenaba nuestras escopetas al reposo..... pero me felicito de ese reposo forzado, pues los tribunales van á abrirse muy pronto, y mi presidente..... (Dirigiéndose á Enrique.) — pues tengo el honor, señor mío, de ser sustituto del procurador general del Tribunal de G***, — y mi presidente, decía, me ha sobrecargado de trabajos..... No he levantado cabeza en toda la

tarde, pero no me quejo, pues lo mismo que usted, señor de Albret, amo el trabajo.

EL VIZCONDE.

Pues yo, mi querido Barón, lo detesto..... no puedo sufrirlo..... Detesto la lectura, detesto escribir y todas esas cosas..... Cuando hay tantos modos de ocupar la existencia, no comprendo en verdad cómo se escoge el más fastidioso de todos.

LAURA.

¡Vamos, vamos! usted se calumnia, querido Vizconde..... todo eso es pura afectación.

EL VIZCONDE.

Le juro á usted, señora, que es mi opinión sincera..... Tener una buena escopeta entre las manos, un buen cigarro entre los dientes, una linda valseadora entre los brazos y un hermoso caballo entre las piernas..... esto es lo que yo llamo vivir..... todo lo que no sea eso..... me horroriza.

ENRIQUE.

Opino casi como usted, señor mío.

EL VIZCONDE. (Con aire de indiferencia.)

Sospecho que se burla usted algo de mí..... pero nada me importa..... ¡Un viajero!

EL BARÓN.

En cuanto á mí, me permitirá usted, querido

Vizconde, protestar contra vuestra teoría de la vida con toda la energía de que soy capaz.

EL VIZCONDE.

¡No diga usted disparates!

EL BARÓN.

En mi opinión, la más noble conquista del hombre.....

EL VIZCONDE.

¿Es el caballo?..... Ya lo dijo Buffon.

EL BARÓN. (Con desdén.)

La más noble conquista del hombre, decía, es la del espíritu sobre la materia..... Enfrente de esos goces materiales de que acabáis de hablarnos, querido Vizconde, y que consideráis como el fondo mismo de la existencia, yo opongo el retiro de la celda, del despacho, del laboratorio, en donde el pensador, el literato y el magistrado gozan de las alegrías elevadas y puras de la inteligencia..... Y si añadido á esta escena la presencia de una mujer amada, confidente de nuestros trabajos, habré trazado, creo yo, la imagen más perfecta de la felicidad humana en su expresión más delicada y más alta.

EL VIZCONDE.

¡Qué gracia! ¡Pobre mujer! ¿Cómo se divertiría? ¡Estoy viendo desde aquí á esa mujer querida, encerrada en el gabinete del pensador!..... Aseguro

á ustedes que ella preferiría un gabinete particular.

EL BARÓN.

Yo me refiero á la mujer honrada, legítima, caballero, y me figuro que no estaría usted dispuesto á llevar á su mujer legítima á gabinetes particulares.

EL VIZCONDE.

Se engaña usted muy mucho, querido Barón; yo la llevaría á todas partes como á un amigo, un compañero..... Haría que penetrase conmigo en todos los secretos de la vida parisiense, en todos los arcanos del boulevard, en todos los misterios del *pschutt* y del *vlan*, y ella me lo agradecería de veras..... Y á propósito, amiga mía, ¿sabe usted que ya no se dice *pschutt*, ni *vlan*, ni *ah*?

LAURA. (Con frialdad.)

¡Ah! ¿pues qué se dice ahora?

EL VIZCONDE.

Se dice *tchink*..... Así es que los martes del teatro francés son *tchink*—los martes de los italianos *tchink*..... yo soy *tchink*,—¡y el Barón, no lo es!

EL BARÓN.

De lo que me alegro infinito. (Levantándose.) Dejo á usted, señora mía, con vuestro eminente primo, con quien tendrá impaciencia de seguir hablando

de cosas tan interesantes..... (Dirigiéndose á Enrique.) Espero, señor mío, tener el honor de ver á usted en París, á donde tengo la promesa de ser trasladado, y á donde me atraen mis aficiones, como todo ser que piensa.

EL VIZCONDE. (Saludando.)

¡Amiga mía!..... (A Enrique.) hasta más ver, caballero, y ruego á usted que excuse mi incurable frivolidad. (El Barón y el Conde se retiran.)

ESCENA VI.

LAURA Y ENRIQUE.

LAURA. (Agitando febrilmente su abanico.)
¡Jesús! ya se fueron..... ¿Qué me dices?

ENRIQUE. (Con aire de convicción.)

Me gustan mucho los dos.

LAURA.

No....., no es verdad..... no sé lo que tenían esta noche..... han querido brillar delante de tí probablemente..... y han estado ridículos.

ENRIQUE.

Te digo que me han gustado los dos..... Por ejemplo, en el género ligero, el Vizconde se distingue sobre manera.....

LAURA.

¡Oh!..... ¡Muy distinguido..... con las piernas cruzadas todo el tiempo, delante de una señora!

ENRIQUE.

¡Si á las señoras les gusta eso ahora!..... No hay que negar que tiene ingenio y travesura..... un poco escéptico..... pero eso está muy bien visto.....

LAURA.

¿Ingenio, con sus *pschutt*, con sus *van* y sus *tchink*?..... Encuentro todo eso tan necio.....

ENRIQUE.

Es que ya nada te hace gracia, porque vives en Francia..... Yo, que acabo de llegar, lo encuentro todo nuevo.

LAURA.

Y sus ideas sobre el matrimonio, sobre la conducta que debe observar con su mujer..... ¿te parece también que tienen ingenio?

ENRIQUE.

Pero es bajo un punto de vista..... Hacer de su mujer un amigo, es un punto de vista..... es ingeniosísimo..... En una palabra, dado el género ligero....., no podías haber encontrado nada mejor.

LAURA.

Muchas gracias.

ENRIQUE.

¡Ah! si prefieres el género serio, el Barón en ese género es también un tipo muy distinguido..... Es un hombre evidentemente saturado de estudios profundos, que tiene una inteligencia muy clara, que habla muy bien.....

LAURA.

¡Demasiado bien!

ENRIQUE.

¡Nunca se habla demasiado bien!

LAURA.

Dispensa..... Pero, francamente, en el género serio no iría á casarme con un tipo como ése, cuando he rechazado un hombre de un mérito superior.

ENRIQUE.

¿Y quién es él?

LAURA.

Vamos, vamos.....

ENRIQUE.

¿Qué?

LAURA.

¡Ya sabes que eres tú!

ENRIQUE.

Pero, primita, si me reconoces realmente tanto mérito....., dime por qué me diste calabazas.

30157

LAURA. (Levantándose y apoyándose en la chimenea.)
¡Te dabas tan mala maña!

ENRIQUE.

Supongo que ya es tarde para instruirme....
pero, en fin, ¿podré preguntarte tímidamente cómo
hubiera debido arreglarme?

LAURA.

Como hoy, querido primo.

ENRIQUE. (Con júbilo.)

¿Sabes que voy á darte un abrazo de alegría?

LAURA.

Pues dámele. (Enrique abraza á su prima.)

FIN.

LA PARTIDA DE DAMAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO GARCÍA"
Año. 1625 MONTEGONES, MEXICO

LAURA. (Levantándose y apoyándose en la chimenea.)
¡Te dabas tan mala maña!

ENRIQUE.

Supongo que ya es tarde para instruirme....
pero, en fin, ¿podré preguntarte tímidamente cómo
hubiera debido arreglarme?

LAURA.

Como hoy, querido primo.

ENRIQUE. (Con júbilo.)

¿Sabes que voy á darte un abrazo de alegría?

LAURA.

Pues dámele. (Enrique abraza á su prima.)

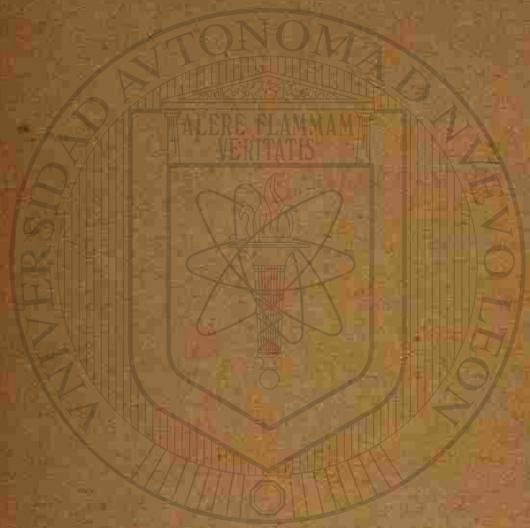
FIN.

LA PARTIDA DE DAMAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO GARCÍA"
Apto. 1625 MONTECERES, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PERSONAJES.

MME. D'ERMEL, de sesenta y dos años de edad.

El Dr. JACOBO, de setenta.

VICTORIA, doncella al servicio de Mme. D'Ermel.

La escena pasa en el campo, en Normandía.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA

1957

SECRETARÍA DE CULTURA



En casa de Mme. d'Ermel. — Un reducido gabinete con puerta á un dormitorio. — Delante de la chimenea una mesa con tablero de damas. — Junto á la mesa un velador, sobre el cual habrá una bandeja con dos tazas para café y un azucarero. — Una cafetera arrimada á la lumbre.

MME. D'ERMEL. (Sola, mirando el reloj.)

Son cerca de las siete y cuarto..... Ya no me queda duda de que Jacobo emplea para venir aquí, por término medio, cinco minutos más que el año pasado..... Hasta San Miguel último, con diez minutos tenía bastante para llegar á la puerta de mi casa. Pero su paso va entorpeciéndose..... y eso no me gusta..... Hagamos al menos lo posible para que no repare en ello. (Mme. d'Ermel retrasa el reloj algunos minutos.)

VICTORIA. (Anunciando.)

¡El doctor Jacobo! (Retírase así que éste entra en la estancia.)

MME. D'ERMEL.

Buenas tardes, amigo mío.

JACOBO. (Besándola la mano.)

La mano tan fresca como siempre; casi estaba seguro de ello..... en cambio, pondría cualquier cosa á que tenéis ardiendo el corazón..... Buenas tardes, hermosa señora mía.

MME. D'ERMEL.

¡Venís helado, amigo mío! ¿Qué tal tiempo hace?

JACOBO.

Delicioso; un tiempo de primavera..... viento, lluvia y granizo en abundancia. Con vuestro permiso, voy á dejar mi bastón debajo de esa rincónera.....

MME. D'ERMEL.

Haced lo que queráis; ya sabéis que podéis obrar con toda franqueza en mi casa.

JACOBO.

Y mi sombrero sobre esta consola. (Quitándose los guantes.) ¿No es verdad, mi buena amiga, que el hábito ejerce sobre nosotros un extraño imperio? Si en el transcurso de una sola velada dejase yo mi bastón en otro sitio que debajo de aquella rincónera, y mi sombrero no se hallase sobre aquella consola, de seguro bastaría cualquiera de estas

dos circunstancias para esclavizar mi pensamiento.

MME. D'ERMEL.

Todos los astros, doctor, tienen evoluciones fijas.

JACOBO.

¡Preciso es confesar, diosa mía, que no carecéis de cierta instrucción!..... Pero ¡calla! (Mirando el reloj.)

¡Esto es muy extraordinario!

MME. D'ERMEL.

¿Qué?

JACOBO.

¿Va bien ese reloj?

MME. D'ERMEL.

Perfectamente.

JACOBO.

En ese caso estoy hecho á prueba de bomba. ¿Queréis creer que he salido de mi casa á las siete y tres minutos?..... De manera que, como lo estáis viendo, con setenta años á la espalda todavía tengo fibra para tirarme al colete cerca de un cuarto de legua en siete minutos.

MME. D'ERMEL.

Ciertamente que sois un ser extraordinario, señor doctor. Pudiera decirse que lejos de abrumaros los años, os acarician. Arrimad vuestra taza, joven amigo mío.

JACOBO. (Presentando su taza.)

¡Brebaje digno de los dioses, tanto por el aroma que exhala, como por la mano que lo vierte!....

MME. D'ERMEL.

Servios azúcar, señor Júpiter.

JACOBO. (Acomodándose en un sillón y meneando suavemente la cucharilla dentro de la taza.)

Enhorabuena que el marino de corazón, tres veces más duro que el bronce, arrostre en su débil esquife el furor de las olas del Adriático.... Por mi parte me hallo perfectamente y muy á mis anchas en este sillón, y aquí me quedo.—A propósito, querida amiga, voy á causaros una gran sorpresa. Hay novedades en Landernau. ¿Os acordáis de aquellos dos huérfanos enfermizos, de aquellos dos raquíticos arbustos que os dignasteis confiar, hará cosa de dos meses, á mi ciencia y á mi amistad?

MME. D'ERMEL.

¿Mi Camelia y mi Captus?.... ¡Apostaría á que se han muerto!

JACOBO. (Con ademán de triunfo.)

Perderíais, señora, porque lejos de morirse, se hallan en flor, como vos misma.

MME. D'ERMEL.

¡Vamos!.... Está visto que en tratándose de

este género, se os va la cabeza á pájaros.... ¿Y cuándo podré yo ver ese milagro por mis propios ojos?

JACOBO.

Mañana mismo por la mañana, si gustáis; yo vendré á buscaros, y de camino entraremos, si os parece, en casa de Juana Nicot, que se halla en cama con una fiebre de las más peligrosas.... Ya sabéis que cuando no me es posible prometer la salud á mis enfermos, procuro consolarlos prometiéndoles vuestra presencia. Cuéntase de Hipócrates, que cuando iba acercándose al término de su dilatada carrera, no tenía más que un solo medicamento que le inspirase confianza: desgraciadamente se perdió este secreto, y yo he tenido la dicha de encontrarlo. El medicamento de Hipócrates era la bondad de una mujer.

MME. D'ERMEL.

¡Lisonjero! Mas no importa: iremos á casa de Juana Nicot. Ahora tomad vuestro café, y decidme si he tenido buena mano esta noche. (Al llevarse el doctor la taza á los labios, ábrese la puerta.)

VICTORIA.

El señor cura pregunta si le será posible hablar con la señora. (El doctor se levanta del sillón con mal gesto y deja la taza sobre la chimenea.)

MME. D'ERMEL.

¡Pues no! Dile que suba. (Vase Victoria.)

JACOBO.

¡Otra vez ese cura!

MME. D'ERMEL. (Riendo.)

¡Otra vez ese cura! ¡Otra vez ese cura!..... ¡Bravo, señor doctor! Ocho meses hace ya que el pobre hombre se halla al frente de la parroquia, y no ha venido á esta casa más que una noche, una tan solo; y por cierto que no dejaría de reparar que os estorbaba su presencia..... porque, á Dios gracias, se lo disteis bien á entender con la cara de vinagre que le pusisteis..... Desde entonces acá ha tenido la discreción de no pisar mis umbrales después de las siete de la noche: cuando come conmigo, se marcha así que nos levantamos de la mesa..... y vos le pagáis un proceder tan delicado con las palabras de *¡otra vez ese cura!*

JACOBO.

¡Bah! ¡bah! Pues ya estáis viendo qué modo tiene el hombre de enmendarse. Os pronostico que lo váis á tener aquí todas las noches, y que sin ceremonia, se pondrá de espaldas á la chimenea y se alzaré la sotana para calentarse.

VICTORIA. (Desde la puerta.)

El señor cura no quiere más que decir dos

palabras á la señora y se obstina en no subir.

MME. D'ERMEL.

Bajaré yo en ese caso. Oid eso, señor doctor, oid eso, y moríos de vergüenza! (Vase Madama D'Ermel.)

JACOBO solo. (Paséase por espacio de algunos instantes en silencio, y prorrumpe luego en confusas exclamaciones, que después formula más claramente, á medida que su impaciencia va tomando incremento.)

¡Hum!..... ¡buenas estarán las dos palabras! Apostaría á que ese diablo de cura la detiene más de una hora en el zaguán, sin cuidarse de que puede perjudicarla el estar entre cuatro corrientes de aire. ¡Oh! ¡qué bien reconozco en eso el espíritu egoísta y monopolizador de la gente de sotana!..... ¡Bravísimo! ¡la conversacion se prolonga que es un portento! No puede negarse que la lengua de los clérigos y la de las mujeres allá se van de largas!..... ¡Mejor que mejor! ¡asi hará el diablo su agosto!..... Pero, pregunto yo: ¿puede ser bien visto que un cura atravesese esos campos á estas horas sin otro objeto que el de venir á cotorrear á una antesala? Supongamos que un infeliz que se halle en la agonía tenga repentinamente necesidad del ministerio sagrado de ese hombre; en tal caso, preciso será que corran en su busca de

su casa aquí y de aquí á su casa, mientras que el infortunado á quien atormenta su conciencia intranquila..... Pero ¡qué diablo! el tal curita se habrá ya echado al colete su correspondiente café, y todo lo demás le importa un ardite.

MME. D'ERMEL. (Entrando.)

¡Brrr! ese zagnán es un ventisquero..... Me llamaba para hablarme del sillón que tengo en la iglesia; yo le había manifestado deseos de mandar que me rellenaran el asiento; y como ahora se trata, según parece, de reparar la nave, el bueno del cura ha tenido la complacencia de..... (Madame d'Ermel advierte que la taza del doctor está sobre la chimenea.) ¡Cómo! ¿aun no habéis tomado el café?

JACOBO.

No, señora; todavía no lo he tomado. Ya sabéis que tenemos la costumbre de tomarlo al mismo tiempo, y á mi edad no se cambia fácilmente de hábitos.

MME. D'ERMEL.

Pero ¿no veis, santo varón, que ya estará frío?

JACOBO.

Es muy probable, señora. Tiempo ha tenido al menos para enfriarse y para más que enfriarse.

MME. D'ERMEL.

¡Cómo ha de ser! Mañana lo tomaréis hirvien-

do, y punto concluído. Después de todo, ¿qué más da? (Jacobo sorbe el café en silencio, y Mme. D'Ermel prosigue, después de un momento de pausa.) Pero..... si no me engaño, señor doctor, ya váis deponiendo el entrecejo..... ¿Está todavía bueno el café, por ventura?

JACOBO. (Sonriendo.)

¡Excelente! No lo hubiera creído. ¡Cuál será la causa! Yo no encuentro otra sino la de que en vuestra ausencia se arrastra el tiempo como un gotoso..... porque vos os lleváis sus alas.

MME. D'ERMEL.

¡Ay Dios mío! ¡Al bueno de mi doctor le ha dado ahora por la ternura! ¿Tendré que llamar á mi doncella? No, no, que ya vuelve á sentarse..... lo cual no es poca dicha. (Jacobo se sienta al frente de la mesa, y Mme. D'Ermel al otro lado; ambas colocan las damas sobre el tablero y empiezan á jugar, hablando por intervalos.) Ya sabéis, doctor, que tengo que tomar más de un desquite.

JACOBO.

¡Diantre! De sobra os los tomáis en otros juegos más inhumanos.

MME. D'ERMEL.

¿Indirectas tenemos? ¡Esta noche, señor doctor, os habéis propuesto sin duda apeáros por las ore-

¡jas!..... ¡Cuidadito! pero escuchad: el viento sopla de una manera terrible..... ¡y mi pobre cura, que andará ahora por esos caminos de Dios!..... Os aseguro que cuando pienso en ello.....

JACOBO.

Efectivamente; lo que es ahora podría yo decirle muy bien:

Esos que vos tenéis por ajuilones,
Á mi se me figuran blandos céfiros.

MME. D'ERMEL.

Semejantes palabras, señor doctor, serían muy poco caritativas.—Ocupad esa casilla, si os atrevéis.

JACOBO. (Después de una larga meditación.)

¡Hola! ¿me habríais armado en ella algún lazo? Pues declaro que no lo veo.

MME. D'ERMEL.

¡Ah, Jacobo! ¡os tengo tendidos otros más crueles! Pero jugad pronto, que es lo que importa.

JACOBO.

Haya lazo ó no, en ella me meto.

MME. D'ERMEL.

¿Está ya jugado?

JACOBO.

Sí.

MME. D'ERMEL.

¿De veras?

JACOBO.

Aguardad un instante..... (Detiéndose á meditar.) Pues señor, lo dicho, dicho; ya está jugado.

MME. D'ERMEL.

¡Pobre infeliz!..... Coméos esa dama..... (Jacobo lo hace.) Y ahora escuchad el golpe: una, dos, tres y cuatro. ¿Qué tal?

JACOBO.

Esto es increíble. ¿En qué demonios estaría yo pensando? ¡No sé cómo ha sido eso!

MME. D'ERMEL.

Ni yo..... ¿Oís cómo azota el granizo los cristales de la claraboya? A decir verdad, doctor, no se suele agradecer bastante á la Providencia la gracia que nos hace al otorgarnos una casa bien abrigada, un vestido entretelado y una buena compañía, cuando el tiempo está tan desapacible. Generalmente somos muy ingratos para con Dios.

JACOBO.

¡Hum, hum!

MME. D'ERMEL.

¿Cómo! ¿Os atreveríais á negarlo, caballero?

JACOBO.

¿Negarlo? No, señora..... la verdad es que ni se

me ha ocurrido pensar en cosa semejante..... por-
que tengo harto que atender con mi juego.

MME. D'ERMEL.

Sea en buen hora; pero ya que el juego absorbe
tanto vuestra atención, no haríais mal en desalo-
jarme de esa casilla.—¿Sabéis lo que me ocurre?
Que cuando apoyáis, como ahora, la cabeza en am-
bas manos, se levanta de tal modo con la presión
de los dedos la extremidad de vuestras cejas, que
parecéis un demonio.

JACOBO. (Alzando bruscamente la cabeza.)

¿Habéis visto alguna vez al diablo?

MME. D'ERMEL.

No, á Dios gracias.

JACOBO. (Volviendo á su contemplativo ademán.)

Pues entonces, ¿á qué asunto compararme con
él?

MME. D'ERMEL.

Reconozco que he hecho mal. No vayáis á inco-
modaros por eso: tranquilizaos.

JACOBO.

No tengo necesidad de tranquilizarme..... por-
que ya lo estoy, señora; pero lo que sí os diré es
que no concebí que se pueda hablar como una ta-
ravilla cuando uno está comprometido en un jue-
go formal. A vos os toca.

MME. D'ERMEL.

Pero ¡hombre de Dios! ¿lo estáis haciendo ex-
profeso?..... ¡una, dos, tres y dama!

JACOBO.

¡Esto es inaudito!..... Pero ¡ya se ve! cuando se
trata adrede de distraer y perturbar la atención
del contrario.....

MME. D'ERMEL.

Coronadla, doctor. (Mme. D'Ermel entona por lo bajo
una canción, al propio tiempo que medita profundamente
sobre el tablero.)

Callad, amorosas aves;

No cantéis por vida vuestra:

Que el dueño que ausente adoro,

Llorar tan sólo me deja.

Veamos qué es lo que me conviene hacer ahora
con mi dama, porque la dificultad no estriba sólo
en tenerla, sino en saber conservarla..... ¿No es
verdad, caballero Jacobo?..... De consiguiente.....
voy á colocarla aquí..... Y á propósito, ¿por qué os
llamáis Jacobo? hace una infinidad de tiempo que
tenía deseos de preguntároslo..... ¡Jacobo! ¡Jacobo!
¡Ese nombre no es francés! ¿Verdad que no?

JACOBO.

Ya os he dicho más de veinte veces que mi fa-
milia era oriunda de Holanda.

MME. D'ERMEL.

¡Ah! ¿conque, según eso, Jacobo es nombre holandés?

JACOBO.

No, señora, es nombre latino.

MME. D'ERMEL.

Pues entonces..... ¡bah! ¡á mi con esas!..... Vuestra explicación, señor mío, no me satisface..... antes bien me confunde más..... Pero..... ¿jugáis, ó no?

JACOBO.

¿Para qué? el juego está ya perdido.

MME. D'ERMEL.

¿Quién sabe? la fortuna es mujer, señor doctor..... y me está tratando con demasiado cariño, para que no intente hacerme pronto alguna mala pasada.

JACOBO.

¡No, no! este juego está ya perdido irremisiblemente. (Mueve un peón.)

MME. D'ERMEL.

Ahora sí..... Y os quedan dos gorrinos por añadidura.

JACOBO.

Habéis ganado, en efecto..... con todo, esperad..... poniéndome aquí, quizás lograría..... pero no, no; habéis ganado y yo he perdido.....

MME. D'ERMEL.

Lo segundo sobra; puesto que habiendo ganado yo..... ¿Queréis desquite?

JACOBO.

No, señora, gracias; esta noche estoy muy topo, y por otra parte tampoco me siento bueno. (Tose.) Quizás habré cogido frío al venir aquí.

MME. D'ERMEL.

Tomad mi calentapiés.

JACOBO.

Os lo agradezco, señora; pero el fuego de la chimenea me basta. (Quédanse los dos en silencio.)

MME. D'ERMEL.

¿Conque tan mala está Juana Nicot?

JACOBO.

Tanto, que se morirá una de estas mañanas. ¡Y á fe que si bien se mira, eso es lo mejor que pueden hacer los pobres!..... Hum..... hum.....

(Mme. D'Ermel guarda silencio y se pone á atizar la lumbre. Jacobo prosigue al cabo de algunos instantes.) ¿Qué habéis decidido, por fin, acerca de vuestro sillón, señora?

MME. D'ERMEL.

Que me abstendré de mandar que rellenen el asiento, para no causar escándalo. Así me lo aconseja mi buen cura.

JACOBO. (Con voz lenta y esforzándose por reprimirse.)

Vuestro buen cura, que tan temeroso se muestra del escándalo cuando se trata de las comodidades de los demás, tiene, por lo visto, la manga menos estrecha cuando se trata de conservar las suyas. ¡Buenos están los tales escrúpulos!..... ¡Dónde iríamos á parar, si se viese en una iglesia un sillón con el asiento más blando que los otros!..... ¡Esa sí que sería una terrible piedra de escándalo! ¡Pero al propio tiempo es la cosa más inocente del mundo el que el tal curita se esté como un pastor de la Arcadia repartiendo mano á mano con una de sus feligresas todo el santo día, á la sombra de los árboles frondosos del parque!..... ¡Seguramente que esto dará margen á que se charle y murmure mucho sobre el particular; pero ¿qué importa? la iglesia tiene sus privilegios..... ¡y mengnado de aquel que lo achaque á malos fines!

MME. D'ERMEL. (Riendo.)

¡Ah! Esa idea, al menos, ya ofrece cierta novedad..... Pero, decidme, hombre de mis pecados: aun cuando yo me estuviese, no sólo de día, sino por la noche, hablando las horas muertas con ese cura en el parque, ¿qué mal hallaríais en ello?

JACOBO.

Vamos, vamos, señora; un cura..... es al fin y al

cabo un hombre como otro cualquiera, y el de esta parroquia tiene por añadidura la circunstancia de ser joven, lo cual es algo más peliagudo.

MME. D'ERMEL.

Cierto que ese pobre hombre no es todavía un sexagenario, aun cuando anda cerca; pero para eso he cumplido ya sesenta y dos abriles, y en una cita entre dos personas de experiencia tal, por incompleta que parezca, hay cierto no sé qué de venerable, que á mi juicio debía ser suficiente para no alamar la moral, al propio tiempo que para acallar la maledicencia. Ahora conozco que me equivocaba, y me servirá de gobierno.

JACOBO.

Dejándonos de chanzas, señora, os aseguro que es para mí un problema indescifrable sin el auxilio de vuestra bondad, la clase de placer que pueden ofreceros vuestras interminables conversaciones con ese eclesiástico.

MME. D'ERMEL.

Confieso, doctor, que ese eclesiástico no es un pozo de ciencia; pero una mujer (no hablo de los hombres, que sin duda están llamados á desempeñar más altos destinos), una mujer, repito, sea cual fuere su edad, y á la mía especialmente, tiene menos necesidad de ciencia que de fe. Así, pues

en el alma sencilla y sincera de ese anciano, veo yo á Dios tan clara y distintamente como se ve el cielo en las cristalinas aguas de un arroyo virgen. Esta es, doctor, la clase de placer que yo encuentro en el trato con ese eclesiástico. A la ingénuu candidez de un niño reúne las luces de un profeta, y es á la vez un hombre excelente y un santo varón, que me distrae á la par que fortifica. Si lo tratarais, veríais que habla del otro mundo como si acabara de regresar de él, y de éste con un gracejo tan agradable, que hace asomar la sonrisa á los labios..... Ayer, sin ir más lejos, me habló de Santa Cecilia, contándome pormenores tan circunstanciados, que estoy firmemente persuadida de que la ha conocido..... Tal es el bueno de mi cura, señor doctor; yo, por mí, lo encuentro muy amable..... Pero vos opináis de distinto modo, y de consiguiente, no habrá más remedio que matarlo.

JACOBO.

Con efecto, señora, yo no le quiero bien, porque, francamente hablando, me gustan poco los santurrones.

MME. D'ERMEL.

Mejor haríais en confesar de una vez que sois socialista, y así acabaríamos de hablar sobre el asunto.

JACOBO.

Pues bien, señora; si ese es el refugio único que les queda á los espíritus de cierto orden contra el imperio imbécil del clericalismo..... sí..... y mil veces sí..... declaro que soy socialista.

MME. D'ERMEL.

¡Hola! ¡caballero Jacobo! ¿conque, según vuestra modesta opinión, os creéis dotado de un espíritu de cierto orden?—¿De cuál, amigo mío, de cuál? ¿Tendréis la bondad de decírmelo? Porque, francamente, yo no me creo una pobre bestia, y á pesar de ello todavía no he acertado á decir cuáles son los espíritus superiores y realmente fuertes..... si los que creen ó los que dudan. Veamos, si no; la fe de ese gazmoño, por ejemplo, la firmeza con que tiene elevada su atención en el término misterioso hácia el cual nos impele cada instante de la vida, ¿será simplicidad ó genio? Por mi parte lo ignoro; pero lo que sí sabré deciros es que apetezco y busco la compañía de ese anciano con el mismo afán con que procura uno acercarse en las tinieblas de una catacumba al que nos precede alumbrándonos con una antorcha.

JACOBO.

Véase aquí ¡pardiez! un hombre canonizado á bien poca costa : de esa manera, respondo de que

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" 16.151
1825 MONTAGNEY, 187

no nos faltarán santos para el almanaque. Pero como ya no me es posible resistir por más tiempo el que la obscuridad de inteligencia.....

MME. D'ERMEL.

El oscurantismo, si no lo lleváis á mal.

JACOBO.

Que la obscuridad de inteligencia y la ignorancia bruta se pavoneen con títulos respetables, estoy resuelto, para edificación de su feligresía, á tomar inmediatamente el pulso á esa fe sólida y á ese genio tan ponderado. Mañana mismo he de convidar á comer á ese nuevo padre de la iglesia; trataremos cuestión á los postres sobre cualquier punto del dogma, y estoy seguro de que cuando regrese á su casa por esos caminos de Dios, ha de ir entonando váquicas canciones y haciendo cucamonas á cuantas aldeanas encuentre al paso.

MME. D'ERMEL.

¿Sabéis, doctor, lo que más urge por el pronto? Que vayáis á poner os el gorro de dormir.

JACOBO.

¡Oh, oh! Si yo hubiera podido, señora, figurarme que ese joven sacerdote había echado raíces tan profundas en vuestro corazón.....

MME. D'ERMEL. (Conmovida.)

Ese joven sacerdote de edad de cincuenta y nue-

ve años perdería de seguro veinte juegos de damas sin tomar de aquí pretexto para ultrajar á un ausente, para affigir á una antigua amiga, y mucho menos para ofender al Dios de bondad.

JACOBO. (Con acento burlón.)

¿Al Dios de bondad, eh?

MME. D'ERMEL. (Severamente.)

Si, señor, al Dios de bondad. Supongo, caballero, que no será vuestro ánimo armar tambien camorra al Supremo Hacedor.

JACOBO. (Se levanta del sillón y pasea por el gabinete, con los brazos cruzados sobre el pecho.)

¡El Dios de bondad! ¡No deja de ser chistoso el que haya quien se obstine en llamarle así!

MME. D'ERMEL.

¡Jacobo! ¡Cuidado con eso!.... Os lo suplico.

JACOBO.

En resumen, señora; puesto que está ya decidido que un amigo que cuenta veinte años de una sincera amistad se ha de ver en la precisión de ceder el puesto á un fanático que trasciende á seminarista á cien leguas.....

MME. D'ERMEL.

¡Ay!

JACOBO.

La última palabra que este amigo pronuncia en

vuestra casa ha de ser por lo menos una protesta solemne contra los necios ídolos que le destierran de ella!.... ¡El Dios de bondad!.... Y bien, ¿y qué? ¿Por ventura no dabau igualmente los antiguos, estimulados por el terror de una superstición análoga, el nombre de diosas benéficas á las furias infernales?— ¡El Dios de bondad!— Comprendo muy bien que en los arranques expansivos de la adolescencia, ante los fantasmas risueños que guardan el dintel de la vida, cuando lo porvenir nos ofrece el aspecto de un océano sin límites, sembrado de islas fortunadas, cuando el contacto rápido, especialmente, de una mano joven como la nuestra hace circular por nuestras venas yo no sé qué mágico estremecimiento, entonces, sí, comprendo muy bien, repito, que henchido el corazón de esperanzas infinitas, perdida la mirada en los ojos de una mujer á la par cautiva y vencedora, se sueña con una divinidad protectora y benéfica, y que se derrame sobre su altar la copa de oro de la juventud!

MME. D'ERMEL.

¡Diantre! ¡Eso se llama hablar como un libro!

JACOBO.

Mas ¡por el cielo! señora, á nuestra edad, y tal como nosotros somos.....

MME. D'ERMEL.

¡Muchas gracias por lo que me toca!

JACOBO.

Yo no me refiero más que á mí..... Ahora bien, ¿querriais decirme en qué concepto puede ser vivo testimonio de la bondad providencial este anciano que tenéis delante de vuestra vista? Miradme con detención y dignaos responderme.

MME. D'ERMEL.

Miraos vos mismo: ahí tenéis un espejo.

JACOBO. (Con gran exaltación.)

Enhorabuena..... ya me estoy mirando..... Pero ¿qué es lo que veo? Una figura de deplorables facciones, cada una de las cuales revela una víctima, al propio tiempo que denuncia un verdugo!..... ¡Veo además la vejez..... la vejez asquerosa por sí misma y para los otros; criatura dolorosa, *espantafiestas*, siniestra y ridícula, espectro tembloroso, al cual importuna la vida á la par que le espanta la muerte! Pero lo que no me es posible ver en vuestro espejo, señora, es el cortejo sombrío de miserias y pesares que se ocultan detrás de estas arrugas, como una bandada de pájaros fúnebres entre las ruinas..... ¡son las enfermedades sin remedio y sin esperanza, distracción única del anciano en sus vigiliass sin tregna! Ahora bien, se-

ñora, ¿podréis decirme en cuál de los atributos de su edad será dado á este paria bendecir el dedo de una Providencia? ¡Hállase solo; la tierra que hue-lla con sus pies no le ofrece ya otra cosa que despojos de cuanto le fué más caro, y arrastra su carga, por último, á través de las tumbas, buscando la suya y estremeciéndose de miedo de encontrarla! La naturaleza para él no tiene más que campos agostados, soles sin calor y primaveras mortíferas. En una palabra, ¿de qué tenemos que dar gracias á Dios, en el estado en que estamos, merced á sus bondades? ¿Será porque nos ha ahorrado las molestias de los hijos? ¡Tal vez sí! ¡De esta manera al menos nos evitamos el disgusto de ver á nuestros descendientes inmediatos acechando á la cabecera de nuestra cama la obra de la muerte y aguijoneando con los ojos su mano asaz tardía.... última corona reservada á ese largo martirio, golpe de gracia con el que suele terminar regularmente ese castigo terrible impuesto por un crimen desconocido.... la vida humana!

MME. D'ERMEL.

Y bien ¿y qué? ¿es eso todo? ¡Ah! supongo que no; imposible es que dejéis á medio empezar una obra tan generosa; ¿no sois amigo mío? Pues bien, ¡dadme de ello una prueba acabando de demostrar

á una pobre mujer que se han extraviado sus pasos en los senderos angostos que ha emprendido, y que sus lágrimas durante esa trabajosa peregrinación, á cuyo término están tocando sus pies, son infructuosas! ¿Creéis, por ventura, que tan pocas palabras pueden ser suficientes para que una se resigne á perder cincuenta años de lucha, de dolor y de esperanza? ¡No! ¡no! acabad, amigo mío, vuestra obra.... ó por mejor decir, Jacobo, pedidme más bien perdón y tomad mi mano.

JACOBO. (Con sequedad.)

Si haré, señora, cuando hayáis logrado convencerme mejor de mi crimen ó de mis errores....

MME. D'ERMEL. (Levantándose.)

¡Ah! Ese arrebató de orgullo viene muy á tiempo para recordarme que la debilidad de la mujer no ha sido pagada jamás en otra moneda que con la ingratitud. Y ahora es cuando os empeño mi palabra formal de que no volveréis á atravesar mientras yo viva los umbrales de mi casa, si antes de salir de ella no me pedís perdón, y de rodillas, por vía de castigo.

JACOBO.

Eso, señora, casi equivale á echarme de aquí á empellones. (Jacobo coge el sombrero y el bastón. Ma-

dame D'Ermel tira del cordón de la campanilla, y de allí á un instante entra Victoria.)

MME. D'ERMEL.

¿Ha venido el criado del señor doctor?

VICTORIA.

¡Válgame Jesús! No, señora.

MME. D'ERMEL.

Pues bien, en ese caso, dí á Juan que encienda el farol y que acompañe á este caballero á su casa.

VICTORIA.

Pero..... ¡señor doctor!..... ¡señora!.....

MME. D'ERMEL.

¿Á qué te metes tú donde no te llaman?

VICTORIA.

Á la verdad..... creí que..... ¿sabéis, señora la noche que hace?..... ¡Si está cayendo el diluvio universal!

MME. D'ERMEL.

Y bien ¿y qué? ¿para qué sirven entonces los paraguas?

VICTORIA.

Lo que este caballero necesita no es un paraguas, sino más bien una cama. La acequia del molino ha salido de madre, y Juan, que acaba de llegar en este momento, ha visto pasar, según dice, al perro del molinero con su garita y todo, y detrás de él una porción de haces de retama, los cuales

deben hallarse ya á estas fechas muy cerca del mar. ¡Vamos, con decir que los nacidos no han visto jamás cosa semejante!.....

JACOBO.

No importa, no importa; estoy resuelto á irme á mi casa, sea como sea.

MME. D'ERMEL.

No vayáis á hacer tal locura; es inútil que os ahoguéis, y sobre todo en el estado pésimo en que se halla vuestra conciencia. (Á Victoria.)

—Bien está; ya llamaré, si algo se me ofrece. (Vase Victoria.—Á Jacobo.) Cuando haya cesado la lluvia, llamaréis á Victoria, y Juan irá á acompañaros. Yo os dejo, porque estoy muy cansada y voy á acostarme. (Mme. D'Ermel sale precipitadamente por la puertecita que comunica con su dormitorio.)

En el dormitorio.—Habitación reducida, fresca y elegante alumbrada por una lamparilla. Los pies de la cama se hallarán enfrente de la puerta del gabinete.

MME. D'ERMEL. (Con la cabeza apoyada en una de las columnas del lecho.)

¡Qué malos son los hombres!..... Verdad es que acaso habrá sido excesiva mi exigencia..... pero no es precisamente mi perdón lo que yo

quiero que pida!.... Si solamente me hubiera ofendido á mí!.... (Mme. D'Ernel da algunos pasos en su dormitorio.) Pero, ¡Dios mío! ¿qué es esto que por mí pasa? Lo que siento en este instante no deja de ser bien extraño á mi edad.... aun cuando es lo cierto que mientras late el corazón no se halla incapacitado para padecer.... ¡hay tantos modos de que esto se verifique!.... Cuando yo era joven, recuerdo que tenía deseos vivísimos de llegar á esa estación de la vida en que suponemos que han de extinguirse todas las pasiones con el hielo que circula por nuestras venas.... y me figuraba que desde entonces ya nada tendría que combatir.... por que no cabe la menor duda de que á los veinticinco años la imaginación no se halla suficientemente desarrollada y fortalecida.... y mal nuestro grado nos complacemos en representarnos á los mismos ángeles con ojos hermosos y semblantes bellísimos, para poder amarlos más á nuestro placer y sentirlo mayor en ser amadas por ellos: en esta edad no es fácil sobreponerse á las seducciones visibles de la juventud, y cree una, por tanto, que disipadas aquéllas, el deber podrá ya caminar sin andadores Semejante juicio, sin embargo, es muy erróneo, porque la naturaleza humana es mucho menos terrestre de lo que se

cree.... Para las almas, que después de desprenderse de los mundanales vínculos se quedan enteramente solas, hay también sus resbaladeros y sus atractivos!.... como las flores, tienen su sexo diferente y simpático, y la ancianidad nos hace comprender mejor las delicias del cielo. Pero en resumidas cuentas, ¿amaré yo acaso á ese viejo médico? Sería tan ridículo este cariño.... que á decir verdad, no lo sé.... (Llévase el pañuelo á los ojos.) Indudablemente exigían de mí este sacrificio mi fe y mi piedad ultrajadas, y estoy resuelta á consumarlo: así como así, es el último que tendré que hacer hasta que llegue su turno al de la vida. (Mme. D'Ernel se arrodilla delante de un reclinatorio y permanece prosternada algunos instantes. Transcurridos éstos, se levanta y se pone á escuchar.) No se oye ruido alguno.... ¡Si se habrá marchado! ¡Tanto mejor! (Trata de desabrocharse los corchetes del vestido.) Vamos, no puedo.... No tengo fuerzas para desnudarme.... Me echaré en la cama tal como estoy.... (Acuéstase.) ¡Ah! ¡Con qué gusto veré llegar la aurora!.... La noche es fatal para toda clase de dolencias.... Su negro manto contribuye á obscurer más y más los negros pensamientos.... (Entrebrase suavemente la puerta del gabinete inmediato.)

JACOBO. (Desde afuera.)

Señora, en este momento voy á marcharme.

MME. D'ERMEL. (Aparte con viveza.)

¡Ah! ¡Todavía está ahí! (Alto.) ¿Qué es eso?

JACOBO.

No os alarméis, señora; no trato de entrar. ¿Estáis acostada, por lo visto?

MME. D'ERMEL.

Casi me inclino á creer que sí. No entréis; pero en cambio os doy permiso para que abráis la puerta de par en par. ¿Qué se os ofrece?

JACOBO. (Recostándose cerca de la puerta por la parte de afuera del dormitorio.)

Que la lluvia ha cesado, que voy á marcharme en este mismo momento.

MME. D'ERMEL.

¿Conque es decir que ya no volveremos á vernos?

JACOBO.

Eso no depende más que de vos.

MME. D'ERMEL.

¡Bueno! En ese caso, rodilla en tierra y punto concluído: desde aquí podré veros perfectamente.

JACOBO.

Eso, señora, es imposible.

MME. D'ERMEL.

¿Por qué?

JACOBO.

Porque me pedís una cosa que yo no haré jamás.

MME. D'ERMEL.

Entonces, no hay otro remedio sino que nos despedamos, porque estoy resuelta á cumplir mi palabra.

JACOBO.

Adiós, señora. (Da dos pasos y vuelve en seguida.)

Estoy seguro de que vos seríais la primera que se reiría de mí.

MME. D'ERMEL.

No digo que no. Haced la prueba.

JACOBO. (Golpeando en el suelo con el bastón.)

Lo que es eso, ¡jamás! señora, ¡jamás!

MME. D'ERMEL.

¡Corriente! en ese caso, cerrad la puerta—y á fe que ignoro para qué habéis venido á abrirla, á menos que no haya sido con la intención de ofenderme de nuevo.

JACOBO.

En cuanto á ofenderos, señora, demasiado sabéis que eso es una cosa de la que ni aun en sueños soy capaz.

MME. D'ERMEL.

¡Bah! Lo que yo sé es que cuando, hace poco, me habéis dado á entender que Dios era el diablo

y yo una vieja asquerosa, estabais muy lejos de presumir que dirigíais una galantería á una mujer y á una cristiana.

JACOBO.

Mi ánimo fué decir únicamente que la vejez era un ángel maldito y yo muy feo, y no me vuelvo atrás.

MME. D'ERMEL.

Pues yo digo que la vejez es un ángel que vale tanto como otro cualquiera, y vos sois hermoso.

JACOBO.

¡Oh, señora! Si no me detenéis más que para acerbillarme con los disparos de vuestras burlas.....

MME. D'ERMEL.

En primer lugar, conste que yo no os detengo, y en segundo, que no me burlo: lo que he dicho, y me ratifico en ello, es que os hallo hermoso. Demasiado sé que las costumbres sociales se oponen algo á que una persona de mi sexo se anticipe de una manera tan directa á un individuo del vuestro; pero la consideración de que esta entrevista ha de ser la última que nosotros hemos de tener, acalla los escrúpulos que en otro caso tendría por obligatorios..... Repito, pues, que os encuentro hermoso, diga lo que quiera mi espejo, el cual ha calumniado vuestra vejez cuando hace

un momento os ha mostrado vuestras facciones desfiguradas por arrebatos indignos de vuestra edad..... Quiero creer, fiando en vuestra palabra, que en otro tiempo hayáis sido un arrogante mozo..... pero dudo mucho que ninguna de las gracias de vuestra adolescencia valiese tanto como ese carácter que dan hoy día á vuestra frente las cicatrices del combate de la vida y el reflejo de la próxima inmortalidad. Y casi estoy por decir que vos mismo hacéis la debida apreciación de esa hermosura, porque en otro caso ¿llevaríais tan erguida la cabeza? ¡Atreveos, si no, á decirme que no halláis un placer y una gloria extraordinaria en ejercer ese patronato incontestable de una vejez honrosa, esa dignidad natural que viene á ser la recompensa de la vida de un hombre de bien! Atreveos á decirme que vuestra alma es de tal naturaleza, que en este instante cambiaríais gustoso los murmullos de respeto público, la estimación, la confianza y la veneración que os rinden en todas partes, por los cuchicheos de gabinete y los triunfos amorosos de la juventud.

JACOBO.

A decir verdad, señora, no sé qué interpretación dar á palabras tan lisonjeras.

MME. D'ERMEL.

Aquí no hay interpretación que valga..... es una declaración en debida forma, que yo tengo la honra de dirigiros, y nada más. Como estoy segura de que no ha de venir á hacerla importante un *matina*, no he visto en ello un gran inconveniente, al paso que me ha parecido oportuno, ya que al formular vuestras quejas contra la Providencia por las desventajas de la vejez, os habéis mostrado más sensiblemente resentido de la fealdad de ésta que de ningún otro de sus atributos, el derrotaros con vuestros propios argumentos. Hállome además dispuesta á hacer pedazos, con la misma facilidad, cuantas armas hayáis reunido en vuestro arsenal á este propósito. Y aun cuando estoy segura de que jamás se ha hablado tanto de teología por una partida de damas ganada ó perdida, de buen grado me tomaría la molestia de seguir adelante con mi tentativa de conversión, si no careciéseis de la virtud, más indispensable en un neófito, de sinceridad.

JACOBO.

Pero en lo tocante á sinceridad, os juro, señora.....

MME. D'ERMEL.

Permitidme que os advierta que tengáis algo de

más pudor..... Y si no, vamos á ver: ¿hay sinceridad, por ventura, en juzgar absolutamente de las cosas por su reverso, y de la vida por su faz menos halagüena?..... Tanto como á vos, caballero, me ha abrumado á mí la carga de la vida..... y tanto ó más también he sentido la prueba; pero en cambio, ¿qué de alivios y de consuelos me ha revelado la mano paternal que nos la impuso! ¡Ay! Si yo osase elevar contra Dios alguna queja, antes bien le acusaría por haber puesto demasiadas bondades al lado de sus rigores, al propio tiempo que por haber llenado de encantos excesivos esta prisión, puesto que al fin nos ha de ser forzoso abandonarla.

JACOBO.

Vuelvo á deciros, señora, que hubiera comprendido y participado de esos mismos sentimientos, si en la flor de mi juventud.....

MME. D'ERMEL.

¡Dale con la flor de vuestra juventud! Capaz seriais de hacerme reír con eso, si fuese posible que estuviera una para chanzas en el instante en que pierde su última ilusión y su último amigo..... ¡La flor de la juventud!..... ¿Y qué? Yo también, caballero Jacobo, he tenido mi juventud más ó menos florida.....; mas ya sabéis que hay flores de

infinitas clases..... y las que crecen al borde de las tumbas tienen un encanto contra el cual quizás no he opuesto yo bastante resistencia.....

JACOBO.

Señora.....

MME. D'ERMEL.

Me hallo tan cansada, que estoy por deciros que os hablo dormida..... Pues sí, amigo mío; yo hubiera querido ser más insensible á los últimos perfumes de esta noche que ya toca á su fin. Dios lo ha querido de otro modo: este corazón, tal como la Providencia lo ha hecho, tenía que participar imprescindiblemente de todos sus dones..... La alegría placentera de los primeros años, y la embriaguez de la juventud, lo ocuparon á su tiempo, pero sin conseguir gastarlo con el uso: estábale reservado el sentir la serenidad de una vida que reposa á la sombra de lo pasado, la conmoción dulce y profunda de una antigua amistad y la magia de los inveterados hábitos..... ¿Estáis seguro vos mismo que, á decir verdad, no pecáis de demasiado tierno, no habéis de dejar aquí algún objeto de vuestra predilección?..... No hablo de mí precisamente, sino de ese sillón que está arrimado á la chimenea, y desde el cual habéis visto pasar dulcemente más de un invierno, de ese reloj, de

esa consola, de esa colgadura, con la cual están ya familiarizados vuestros ojos, de ese mismo tablero de damas; de todo este reducido mundo de efectos que os conocía, que os amaba, que os prestaba servicios.....; de todas esas pequeñeces, en fin, que quizás por lo mismo que se renuevan diariamente, adquieren sobre el corazón un ascendiente infinito..... Vamos, vamos, doctor, marchad cuando gustéis, que el día de mañana nos ha de vengar, y cumplidamente, al Dios de bondad y á mí; mañana conoceréis que aun os quedaba que perder alguna dicha. (Cesa de hablar un instante, como si se hallasen agotadas sus fuerzas.) ¡Ah! ¡qué cansada estoy..... y qué trastornada, Dios mío! (Bosteza.)

JACOBO.

¿Os ponéis mala, señora?

MME. D'ERMEL. (Con voz cada vez más débil.)

No..... no es nada.....; el cansancio..... el sueño. (Reclinando la cabeza sobre la almohada.) Pero, á Dios gracias, voy á dormir..... Por vuestra parte ya sabéis lo que tenéis que hacer..... Que no vuelva yo á veros..... puesto que..... me siento buena..... y así me ahorraré..... al menos..... (Mme. D'Erme dice todavía entre dientes algunas palabras que el doctor intenta en vano oír. Así que aquella se calla, Jacobo permanece inmóvil por espacio de algunos instantes con la cabeza



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ONESTA.

I.

LUGA DOLCI.

No hay clima como el nuestro para cansarse pronto de amar ó de odiar una mujer ó una cosa cualquiera. No existe pueblo alguno que se apresure tanto como nosotros á cambiar de amor ó de traje; tampoco lo hay que se entusiasme más pronto ni que más pronto se arrepienta. Este carácter de actividad insaciable é inmediatamente satisfecha lo llevamos á los asuntos del corazón y á los negocios de Bolsa, á nuestras apreciaciones y á nuestras creencias: no hay país donde sea tan pasajera la fama de una mina de carbón ó de un hermoso rostro; donde la baja esté tan cerca del alza, la bancarrota de la fortuna, la traición de la pasión; donde lo sublime se acerque tanto á lo ridículo; donde las fiestas y las reputaciones tengan

tan brutal día siguiente, y donde la moda devore con tan voraz apetito fidelidades, grandezas y religiones.

Decidme, hermano, lo que adorabais ayer, y os diré lo que ridiculizáis hoy.

París arroja diariamente sus grandes hombres, sus actores y todos sus desechos célebres que considera viejos en un año, á ese caudaloso río de rápida corriente que acarrea á través del mundo todas nuestras glorias gastadas, trasladándolas á lejanas riberas. Somos tal vez demasiado ricos, tal vez demasiado pródigos, y damos á las demás naciones la limosna de nuestros restos, que algunas veces podrían servirnos aún.

Venecia es sin duda una de las cosas que más han abusado del entusiasmo francés, desgracia que expía cruelmente ahora. Hoy es ridículo y hasta algo necio ir á Venecia. Se va á Oriente, á España, á Sicilia ó á África, pero no se va á Venecia: la plaza de San Marcos, el Consejo de los Diez, el Dux y el *Bucentauro* son objetos cómicos que el viajero más atrevido no se atreve á mencionar sino á condición de agobiarlos con chistes.

Somos de los que creen que Venecia no existe ya, que se ha hundido triunfante en el mar en una noche de Carnaval, con sus cortesanas, sus nobles

y sus palacios, brillante de luz, de sedas, terciopelos y brocados de oro, y con sus turcos fumando en euclillas en la Piazzetta. Debió morir el día en que la última pluma blanca flotó sobre el último sombrero de ala levantada, y en esta creencia encontramos valor para seguir amándola.

Pero como esta creencia ó esta ilusión no es demasiado general, no escribimos sin temor en la primera página de este cuento un nombre tan desacreditado: sabemos que no basta que nuestra historia ocurriese realmente en Venecia, para que se nos perdone colocarla en ella; pero nos atrevemos á esperar que algunas excelentes personas, recordando sus antiguas aficiones, nos tolerarán este anacronismo de gusto; en cuanto á las cansadas, osaremos recordarles el ejemplo del hastiado sultán de las Indias, que escuchaba hasta el final los cuentos de Scheherezade, á pesar de que siempre los colocaba en el número de las cosas increíbles.

«Señor—decía—existió en la capital de un reino de la China un sastre llamado Mustafá.....» Lector aburrido, tolérame Venecia.

Señor, existían en Venecia en el año de 1590 dos caballeros que hacían soñar á muchas mujeres é impedían dormir á muchos maridos. Uno de ellos acababa de regresar de los mares de Grecia, donde

por espacio de tres años había mandado una galera de la República; llamábase Miguel Gritti, y era de familia ducal. El otro venía de la Universidad de Padua, donde había estado tres años estudiando teología; era de raza patricia, y se llamaba Luca Dolci.

Miguel Gritti tenía veintiocho años, y se referían de él valerosas hazañas que su aspecto de héroe no desmentía. Su elevada estatura, sus grandes ojos azules, su altivo rostro bronceado por el sol de Oriente, sus cabellos cortos, negros y rizados en derredor de ancha frente, le daban aspecto caballeresco que todo lo hacía creíble en él, hasta las fanfarronadas que algunas veces se permitía; siendo éste, por otra parte, el único defecto mezquino que se le podía censurar; pero era fanfarrón tan alegre y franco, que ni siquiera se le censuraba.

Al volver Gritti á su patria, nada encontró tan apropiado para prevenirse contra el tedio que entregarse al desenfreno. Infatigable en el placer, la mañana siguiente á la orgía le encontraba con los ojos tan brillantes y el humor tan alegre y sereno como la víspera. Las amantes que abandonaba continuaban adorándole, y los hombres á quienes arruinaba en el juego no podían odiarle: tan evi-

dente era para unas y para otros que el buen caballero no obraba con malicia. Por lo demás, en 1590 era este joven el primer libertino de Venecia, y no existía en los magníficos garitos de la ciudad tan atrevido que no bajase la cabeza cuando entraba Miguel Gritti, seguido por su amigo el caballero Vespasiano.

Éste, á quien por abreviar llamaban simplemente *el Caballero*, era un capitán al servicio de Venecia. Tenía dos ó tres años más que Miguel, que le había traído consigo de la guerra. Todo carácter cuyas cualidades ó defectos se desarrollan con cierta pujanza, y que en el bien ó en el mal se eleva á la altura de tipo, ejerce comunmente atracción irresistible sobre otro carácter simpático, pero inferior. Todo astro remolca un satélite. El satélite de Miguel Gritti era el caballero Vespasiano, que exageraba en su persona las proporciones heróicas de su amigo, al mismo tiempo que plagiaba con exaltación su bravura y arrebatos. En la existencia del caballero existía un punto misterioso; nadie conocía en Venecia, ni siquiera Gritti, dónde vivía. Algunas veces desaparecía de la escena durante quince días, y después se presentaba bruscamente, contestando con evasivas á los que le preguntaban acerca de la causa de aquellos periódicos eclipses.

Gritti había observado que contrariaban al caballero las preguntas sobre esta tenebrosa materia, y jamás le hablaba del asunto.

En camino estaba la belleza y fama de Miguel Gritti de acaparar en absoluto el interés de las damas venecianas, cuando Luca Dolci, el estudiante de teología, llegó, involuntariamente por cierto, á atraer una parte de este interés sobre su graciosa persona. Luca Dolci tenía veinte años; su estatura era mediana, pero elegante y admirablemente proporcionada. El óvalo algo prolongado de su semblante tenía delicadeza casi femenina, y sus mejillas eran ligeramente sonrosadas. Su boca, de una delicadeza de dibujo, por decirlo así, afectada, tenía el don de la sonrisa con tan grave dulzura que se granjeaba los corazones. Las alas de su nariz, por su expresiva movilidad, denotaban carácter más apasionado que firme. Sus pardos ojos tenían la límpida pureza de la mirada de los niños, y sus párpados estaban orlados de largas pestañas tan negras que parecían azuladas. Por extraña particularidad, su frente parecía cubierta de ligera capa morena, color viril que en aquel joven solamente se ostentaba en el asiento de la meditación. En torno de aquella frente grave caían abundantes bucles rubios, finos como la seda, peinados y

rizados siempre con exquisito cuidado. Toda la persona de Luca Dolci estaba impregnada de distinción natural y algo coqueta, que atraía la atención de todas las jóvenes, aunque llevase, como de ordinario, subido el embozo hasta la nariz. Tal era el teólogo á cuyo paso se abrían todas las ventanas ojivales ó cimbradas en Junio de 1590. En cuanto á verle en otra parte que en la iglesia, en la laguna ó en la calle, cosa era de que ninguna dama podía vanagloriarse, y he aquí por qué.

Luca pertenecía á rica é ilustre familia, pero familia desgraciada en la que ninguno envejecía, pereciendo todos los Dolci en sombrías aventuras en cuanto tenían heredero varón de su nombre. Al abuelo de Luca le encontraron muerto en su lecho una mañana, sin que los médicos pudiesen decir de qué: su padre se ahogó en un paseo con tiempo admirablemente tranquilo. Estas catástrofes eran bastante comunes en Venecia; pero como los Dolci se habían mantenido siempre apartados de los negocios de Estado, no podía atribuirse á causas políticas su misterioso fin. La tradición más acreditada, fundándose en la galantería hereditaria de esta raza, atribuía á venganzas femeninas la fatalidad que parecía pesar sobre ella; tradición que había aceptado con cierta altiva resignación la

misma familia Dolci, que ostentaba en el escudo una abeja picando en el seno á una mujer hermosa y muriendo sobre la misma herida que acababa de hacer.

La madre de Luca Dolci, supersticiosa como madre y como italiana, dirigió las ideas del niño por el rumbo de la religión, esperando por este medio separar de aquella preciosa cabeza el siniestro destino de su casa. Resignóse á ver extinguirse con él el apellido Dolci, diciéndose que, después de todo, mejor era verle fraile vivo que caballero muerto. La infancia de Luca fué melancólica, y pudo engañársele fácilmente acerca de sus inquietos éxtasis: encantóle la vida del claustro que le predicaba su madre, y abrazó la esperanza de vivir en él con la exaltación que entonces como hoy, aunque tal vez con mayor fuerza, atormentaba estérilmente los cerebros jóvenes. Luca tenía diez y siete años cuando murió su madre; un mes después marchó á Padua y allí comenzó á entregarse con ardor á los estudios teológicos.

Durante los tres años que pasó en la Universidad, el único acontecimiento notable de su vida fué la amistad que trabó con el señor don José de Frías. Acercósele una mañana un estudiante, diciéndole con la mayor urbanidad:

—Señor, dos palabras tan sólo. Hace dos meses que llegué de España: mi vocación y los escasos bienes que poseo me han impulsado á abandonar el mundo, y espero, en cuanto adquiera algún saber, haerme sacerdote ó fraile, según lo que Dios me inspire. Hace algún tiempo, señor, que tuve el honor de observaros, y vuestro aspecto me atrajo de irresistible manera. Si no os disgustase, os pediría que me honraseis con vuestra amistad. Conozco que soy completamente vuestro. Me llamo José, y añadiría que pertenezco á la familia de los Duques de Frías, si esto no fuese tan inútil á vuestros ojos como á los míos.

Durante el discurso, Luca Dolci contempló atentamente al que lo pronunciaba, que era un joven como de veinte años, de nobles y suaves facciones, ojos negros, aterciopelados y lánguidos, pero que, sin embargo, miraban con firmeza. Luca le estrechó la mano.

—Señor—dijo á su vez—mi carácter es desagradable por lo reconcentrado, y esto me impide contestaros con palabras. Pero viviré, señor don José, para responderos. Aquí cerca está la iglesia de San Antonio; entremos, si os place, para dar gracias á Dios.

De esta manera cayó D. José de Frías en la esfera de atracción de Luca Dolci.

Habiendo terminado sus estudios á primeros de Mayo de 1590, Luca Dolci regresó á Venecia para ocuparse en el arreglo de los asuntos de su familia. Acompañóle D. José, y accedió á habitar en el palacio Dolci, esperando en él la cercana época de su ingreso en el convento de San Esteban. El mundo femenino se conmovió mucho á la aparición de los dos santitos, y se inventaron contra ellos juegos de ojos capaces de despoblar el paraíso; llenaron su camino de dulces billetitos; discretas dueñas, encargadas de tiernos mensajes, salieron á campaña y sitiaron el palacio Dolci. Pero miradas, billetes y dueñas perdieron el tiempo, y de buena ó mala gana tuvieron que tomar el partido de dejar á aquella graciosa pareja de querubines subir al cielo á su gusto. Esto produjo profundo despecho y muchísimo respeto.

No obstante el absoluto retiro que se impuso Luca, tuvo que visitar con frecuencia á un anciano, pariente suyo por la rama materna, llamado el Conde Giustiniani, que en otro tiempo fué embajador de la República. Este bondadoso señor, que se acercaba ya á su fin, cobró mucho cariño á Luca al ver sus desinteresadas atenciones; haciéndole juzgar su profunda experiencia de los hombres que la educación mística que había recibido Luca, an-

tes que verdadera vocación, era lo que le impulsaba al claustro. En vista de esto, se empeñó, con la persistencia de anciano moribundo, en quebrantar la resolución de su joven pariente, resolución que, á juicio suyo, había de producirle más tarde amargos arrepentimientos. Pero á fines de Mayo murió sin haber conseguido quebrantar las disposiciones de Luca.

Mas el testamento del Conde demostró que, aun después de muerto, no se daba por vencido el buen señor. Por este testamento legaba su inmensa fortuna, su palacio de Venecia y cierto canon anual que le pertenecía sobre las presas que se hiciesen á los berberiscos, á su sobrina la Marquesa Onesta.... Giustiniani, viuda del Marqués Andrea Giustiniani. Esta señora habitaba en Roma, donde era célebre, en primer lugar por su belleza, y después por lo que unos llamaban su rigor y otros su virtud. Desde la muerte de su marido tenía en su casa un director espiritual llamado Fra Mozzo, y á la sombra de este sacerdote la Marquesa gozaba de su libertad con placer y con honor. La galanteaba toda la aristocracia de Roma, pero no se la conocía ningún amante. Cosa extraña pareció que el viejo Conde, de quien se sabía que no amaba gran cosa á su sobrina, que por su parte había

prescindido mucho de él, la nombrase su heredera, y la sorpresa aumentó cuando se vió al pié del testamento un codicilo en el que disponía el testador que si al cabo de un año su sobrina Onesta no se había casado con Luca Dolci, la herencia pasaría al convento en que este joven hubiese profesado. El testarudo viejo, por medio de este acto de diplomacia póstuma, encargaba á los hermosos ojos de la Marquesa el trabajo de dar cima á la empresa en que había fracasado su propia habilidad.

La señora Onesta, en cuanto tuvo noticia de la muerte de su tío, marchó á Venecia con su confesor y se instaló en el palacio del difunto. Abrióse el testamento en su presencia, y no quedó menos asombrada de la generosidad de su pariente que de la condición á que la sometía.

Ocurría esto el 31 de Mayo. Luca Dolci y don José habían fijado el día siguiente, 1.º de Junio, para comenzar su noviciado en el convento de San Esteban. A mediodía, cuando se encontraban ocupados en desenvolver viejos pergaminos y daban término á sus últimas disposiciones temporales, entregó un lacayo á Luca una carta concebida en estos términos:

«Apreciable primo:

»Soy la sobrina del Conde Giustiniani; es indispensable que os vea inmediatamente.

»ONESTA.»

Después de leer Luca la carta, se la dió á don José.

—Mucho os agradecería, mi querido José—le dijo— que fueseis á ver á esa señora en mi lugar.

—¿Por qué?—preguntó el joven.

—No sé. Pero experimento profunda repugnancia á encontrarme frente á frente con ella.

—¿La conocéis, Luca?

—No; no sé de ella más de lo que me dijo su tío.

—¿Y qué os dijo?

—Poca cosa. No la quería mucho. Ya sabéis que el Conde no era muy reservado, y decía que debían poner á esa señora una máscara de pez hirviendo sobre la cara. Después añadía que amaba la virtud, de suerte que me quedaba sin comprenderle. De todos modos, he conservado mucha prevención contra ella. Id en lugar mío, os lo ruego.

—Os llama á vos y no á mí—replicó D. José—y hoy debéis algo aún á la cortesía que os impone el nombre que lleváis.

—Verdad es—dijo Luca.—Pero dignaos acompañarme.

Cogieron los dos sus sombreros y espadas, y marcharon en góndola al palacio Giustiniani.

La Marquesa les esperaba en su oratorio, acompañada de su confesor Fra Mozzo, sentada en un sillón colocado sobre tres gradas bajo un dosel con flecos de oro. Fra Mozzo estaba delante de una mesa llena de pergaminos. Luca Dolci entró llevando de la mano á D. José, á quien presentó antes de todo á la Marquesa: hecho esto, la miró, mientras ella le examinaba por su parte con curiosa minuciosidad. La Marquesa era alta; su rostro algo prolongado, pero lleno; elevada la frente, aunque un poco deprimida en las sienes; su color era blanco mate; sus labios, algo gruesos, se levantaban ligeramente cuando hablaba, defecto que agradaba mucho en ella, porque dejaba ver admirables dientes. Sus ojos, negros y grandes, estaban dotados del brillo especial del diamante, teniendo una especie de limpidez completamente exterior y como superficie radiante; pero á pesar de la llama de su mirada, tenía delicada la vista, como demostraban ciertas contracciones de párpados que le eran habituales. Elevaba recogidos á la espalda, á la manera de las campesinas romanas,

sus negros y ondulados cabellos, sirviendo de marco á su admirable cuello; pero lo que más impresionaba al verla era la singular belleza de su apostura. Tampoco estorbaba su ropaje á la elástica libertad de su cuerpo, pues la tela parecía animada, como el cuerpo mismo, por gracia delicada y poderosa. Seducía andando, ó solamente con llevar la mano á los cabellos.

En cuanto al reverendo Fra Mozzo, director de esta soberbia penitente, era un hombrecillo de sonrosada tez, que se miraba incesantemente la nariz para mortificarse: no siendo comunes aún los anteojos, Fra Mozzo había tomado el partido de mirar de soslayo para no tener que mirar á las personas á la cara. Sus labios estaban plegados por permanente sonrisa, y su piel brillaba como las escamas de los peces. Al verle se experimentaba la impresión que se siente al pisar un reptil. Suponiendo que la Marquesa fuese coqueta, solamente refinado sentimiento de coquetería podía haberla llevado á tener consigo aquel eclesiástico.

—Messer Luca—dijo la Marquesa cuando se sentaron los dos jóvenes;—aquí me tenéis en gran apuro. Dignaos leer el codicilo que hay al pie de este testamento.

Luca Dolci leyó el codicilo y lo hizo leer á don

José: en seguida se levantó, como á pesar suyo, con los ojos fijos en la Marquesa, se ruborizó ligeramente y volvió á leerlo.

—Primo—dijo entonces la Marquesa; solamente puedo hacer dos suposiciones: que por motivos que ignoro sois enemigo mío y habéis querido vengaros, ó que alimentáis en secreto alguna pasión por mí y habéis rogado á mi tío que os ayude por medio de este codicilo.

—Señora—contestó gravemente Luca—mañana entro, con D. José aquí presente, en el convento de San Esteban. Dejo todos mis bienes á los pobres. Ignoraba esta disposición del noble Conde, y soy además extraño á todo sentimiento terrestre de la naturaleza de ese á que aludís.

—¡Dios mío! ¡qué hombre!—exclamó la Marquesa riendo. —Al veros, nadie os creería tan terrible. Convencida estoy de que no sentís pasión alguna por mí, puesto que tenéis la bondad de decírmelo con tanta franqueza. Pero, niño, aunque tengáis ya casi sombra de bozo, no es razón bastante para que os creáis completamente al abrigo de esos sentimientos á que aludís, más bien que yo, porque al decirlo reía y no pensaba en ello, mientras que vos habláis con suma gravedad. Por otra parte, parecéis, y os felicito por ello como pa-

riente, parecéis reservado á bellos amores. Tenéis, pues, razón al hablar seriamente de estas cosas.

—Creo haber dicho, señora, que mañana entro en San Esteban—replicó secamente Dolci.

—Tanto peor—dijo la Marquesa.

En este punto de la conversación estornudó Fra Mozzo, porque tenía la manía infantil de estornudar cuando pronunciaban alguna palabra que pudiese gravar su conciencia ó provocar por su parte alguna explicación embarazosa: estornudaba, pues, y por dulce ilusión se figuraba no haber oído.

—¡Que Dios os bendiga, padre!—dijo solemnemente D. José.

La Marquesa había descendido del sillón y paseaba meditabunda por el oratorio: después de dos ó tres vueltas se detuvo bruscamente delante de Luca.

—¿No soy en la actualidad vuestra parienta más próxima?—le preguntó.

—Sí, señora.

—¡Dios mío, qué hombre! Vamos, terminemos este asunto. Decidme si tenéis grande empeño en llevar esta fortuna como dote á vuestro convento; por mi parte lo tengo muy grande en guardarla.

—Y yo os la dejaría de todo corazón, señora, si conociese el medio de hacerlo.

—Tal vez existe uno. Declarad por escrito que solamente vuestra voluntad, y no la mía, se opone á nuestra unión, y dudo que después de esto se me pueda disputar la herencia.

—En el acto os escribiría la declaración que me pedís, si no me obligase á mentir á la faz del cielo; porque no es cierto que tan sólo mi voluntad se oponga á esta unión.

—Perdonad, messer Luca.....

—¿Y la vuestra, señora?

—Me encuentro en edad de casarme otra vez, primo, y si me hicieseis el favor de pedirme la mano, es probable que os hiciese el de dárosela. Parece que esto basta para tranquilizar vuestra conciencia, y que no podéis exigir á una mujer confesión más clara mientras no os encontréis revestido de los poderes sacerdotales.

Fra Mozzo estornudó con fuerza, mientras Luca Dolci bajaba los párpados ante la mirada altanera, burlona y casi provocativa con que parecía desafiarse la Marquesa á cogerla la palabra.

Luca se levantó bruscamente después de un momento de silencio.

—Mañana temprano os mandaré esa declaración—dijo.—Adiós, señora.

—Adiós, y gracias, primo—contestó Onesta.—

Caballero—añadió dirigiéndose á D. José, inclinando la cabeza en ademán suplicante—puesto que acompañáis á Luca al claustro, velad por su salud, que no me parece muy robusta. Por intervalos le suben al rostro rojas llamaradas. El pobre niño ha heredado eso de su madre. Adiós, señores.

Luca y D. José encontraron la góndola al pie de la escalinata, y volvieron al palacio sin cambiar una palabra.

II.

MIGUEL GRITTI.

Durante la tarde recibió muchas visitas la Marquesa, que la enteraron de todo lo que se decía y pasaba en la ciudad. El nombre de Miguel Gritti resonaba como refrán al final de todas las frases, y parecía ser palabra que las señoras de Venecia habían jurado pronunciar á toda costa en sus conversaciones. La Marquesa se informó de quién era aquel señor tan celebrado, y se enteró de lo que ya sabemos. Añadiase que, por motivo desconocido, su carácter iba inclinándose á la melancolía, que se hastiaba, y no tardaría en tomar un mando en Morea.

—Tal vez existe uno. Declarad por escrito que solamente vuestra voluntad, y no la mía, se opone á nuestra unión, y dudo que después de esto se me pueda disputar la herencia.

—En el acto os escribiría la declaración que me pedís, si no me obligase á mentir á la faz del cielo; porque no es cierto que tan sólo mi voluntad se oponga á esta unión.

—Perdonad, messer Luca.....

—¿Y la vuestra, señora?

—Me encuentro en edad de casarme otra vez, primo, y si me hicieseis el favor de pedirme la mano, es probable que os hiciese el de dárosela. Parece que esto basta para tranquilizar vuestra conciencia, y que no podéis exigir á una mujer confesión más clara mientras no os encontréis revestido de los poderes sacerdotales.

Fra Mozzo estornudó con fuerza, mientras Luca Dolci bajaba los párpados ante la mirada altanera, burlona y casi provocativa con que parecía desafiarse la Marquesa á cogerla la palabra.

Luca se levantó bruscamente después de un momento de silencio.

—Mañana temprano os mandaré esa declaración—dijo.—Adiós, señora.

—Adiós, y gracias, primo—contestó Onesta.—

Caballero—añadió dirigiéndose á D. José, inclinando la cabeza en ademán suplicante—puesto que acompañáis á Luca al claustro, velad por su salud, que no me parece muy robusta. Por intervalos le suben al rostro rojas llamaradas. El pobre niño ha heredado eso de su madre. Adiós, señores.

Luca y D. José encontraron la góndola al pie de la escalinata, y volvieron al palacio sin cambiar una palabra.

II.

MIGUEL GRITTI.

Durante la tarde recibió muchas visitas la Marquesa, que la enteraron de todo lo que se decía y pasaba en la ciudad. El nombre de Miguel Gritti resonaba como refrán al final de todas las frases, y parecía ser palabra que las señoras de Venecia habían jurado pronunciar á toda costa en sus conversaciones. La Marquesa se informó de quién era aquel señor tan celebrado, y se enteró de lo que ya sabemos. Añadíase que, por motivo desconocido, su carácter iba inclinándose á la melancolía, que se hastiaba, y no tardaría en tomar un mando en Morea.

—¡Mucho me interesa eso!—dijo la Marquesa.—
¿Cuántas veces ha bostezado desde esta mañana
ese querido señor? Vuestro Gritti es un necio, y
podéis decirle que hay en Venecia una mujer al
menos que no se cuida de saber si está aquí, en
Morea ó en la luna.

Cuando cerró la noche y quedó sola la Marque-
sa, vistióse de traje de caballero, se puso un
dominó encima, cogió su mascarilla y bajó la es-
calinata que daba al canal. Algunas góndolas es-
tacionaban cerca del palacio. Acercóse la Marque-
sa, y alzando la voz,

—¡Hola! dijo;—¿cuál de vosotros conoce al se-
ñor Miguel Gritti?

Al oír la pregunta, veinte gondoleros se levan-
taron del fondo de sus barcas y contestaron como
un solo hombre:

—¡Yo, monseñor! ¡Yo, excelencia! ¡Yo, príncipe!

—¿Quién quiere llevarme á su casa?—repuso
Onesta.

La misma contestación unánime y discordante
brotó de los labios de los gondoleros. Después se
destacó una voz sola diciendo:

—Yo no llevaré á su alteza al palacio Gritti;
pero, si quiere, le llevaré á donde se encuentra ese
señor.

—¡Bien, acércate!—dijo la Marquesa.
Y saltó á la góndola que acababa de llamar.

—¿Cómo te llamas, tunante?

—Bautista, monseñor.

—¿Conoces á ser Gritti?

—Es primo mío, alteza.

—¿En qué grado?

—En el cuarenta y tres.

—Tienes un gorro muy bonito, bribón: ¿quieres
que te lo llene de escudos, ó que te lo clave en la
cabeza con la daga?

—Prefiero los escudos, señor Duque.

—Pues no la echas de gracioso, y camina de-
recho.

El gondolero saludó humildemente al apuesto
señor, y la góndola partió como una saeta.

—¿Adónde vamos á este paso?—preguntó la
Marquesa.

—A casa de la Dolfina, monseñor.

—¿Y quién es la Dolfina?

—La cortesana más hermosa de Venecia y del
mundo; la más rica y la más generosa. ¡*Evviva la
diva!*—añadió el entusiasta gondolero lanzando el
gorro al aire.

—¿Está esta noche ser Miguel en casa de la Dol-
fina?

—Le he visto entrar.

—¿Hay, pues, fiesta allí?

—No, ilustrísimo extranjero, fiesta no; la fiesta será dentro de dos días; todos los meses da una fiesta la Dolfina, y durante treinta días se regalan con los restos los pobres de Venecia. *¡Eviva, eviva sempre la diva!* Esta noche, señor, como todas, solamente concurren algunos amigos íntimos, doscientos á lo más, para jugar y beber. Hemos llegado, noble señor: he aquí el jardín, y más lejos, en el fondo, está el palacio de la diva.

—Espérame aquí, Bautista—dijo la Marquesa saltando de la góndola á la escalinata y pasando de ésta al jardín, poblado de parejas de sombras errantes.

Sin encontrar obstáculo llegó al palacio, cuyas abiertas ventanas daban paso á torrentes de luz y cálido aire cargado de perfumes: en seguida, echando algo á la espalda el dominó para dejar ver su colete ricamente acuchillado á la española, subió los peldaños de ancha escalera interior iluminada por gigantesca flor que extendía en el techo sus radiantes pétalos.

En lo alto de la escalera, respetable mayordomo detuvo á la Marquesa, rogándola cortésmente se quitase la máscara ó le dijese su nombre. Negóse

á ambas cosas, y como el mayordomo alzaba la voz con insistencia, atravesando la multitud que llenaba la galería, se acercó una mujer á la puerta donde se había trabado el debate. Onesta la reconoció en seguida por el abandono de su dulce mirada, por la atrevida indecencia de su traje que dejaba el menor campo posible á las conjeturas, y sobre todo por su soberana belleza.

—¿Sois la Dolfina?—le preguntó.

—Para serviros, caballero—contestó la cortesana, sonriendo al elegante aspecto del desconocido huésped.

—Más fácil es decirlo que hacerlo, hermosa—dijo la Marquesa.

—Señora—interrumpió el mayordomo—monseñor se niega absolutamente á quitarse la máscara.

Antes de que el mayordomo acabase de hablar, Onesta se había apoderado resueltamente del brazo de la Dolfina.

—Astro mío—le dijo—tenéis criados muy groseros. Paseadme un poco por ahí y hablemos.

La Dolfina se echó á reír y se dejó llevar á la galería, en la que los más encarnizados jugadores volvían la cabeza para ver al extranjero que se presentaba de aquella triunfal manera.

—¡Caramba! Monseñor—le dijo la Dolfina contemplando á su pareja de alto abajo—¿de dónde salís?

—Dispensadme, hija mía—contestó el del colete acuchillado—tengo muy poco tiempo. No me preguntéis, pues, y permitid más bien que os pregunte. Voy á daros elocuente prueba de confianza: indicad, os lo ruego, á un extranjero que no acostumbra á perder el tiempo en bagatelas, qué mujeres puede uno amar aquí sin deshonrarse demasiado.

—En primer lugar, á mí—contestó la Dolfina, más asombrada que ofendida por aquella inaudita insolencia.

—¿Á vos?—replicó el caballero;—¿á vos? ¿Y cuánto tiempo hay que emplear en hacer os el amor, perla mía?

—Una hora, el que me agrada; el que no me agrada, siempre.

—Pero, querida, ¿sin duda tendréis un amante en este momento?

—¡No! ni hoy, ni ayer, ni mañana.

—¿Y por qué?

—Porque amo á uno.

—¿Con verdadero amor?

—Más aún.

—¿Y quién es?

—Aquél—contestó la Dolfina, indicando con el dedo un caballero alto que estaba recostado en una columna, cerca de una mesa en la que rodaban los dados sobre los zequines.

—¿Pero aquello es un hombre?—dijo la Marquesa;—lo hubiese creído una cariátide destinada á sostener vuestro palacio.

—¿Verdad que es hermoso?

—¡Soberbio! ¿pero habla alguna vez?

La conversación que trabaron en aquel momento los jugadores dispensó á la Dolfina de contestar á la pregunta. Un joven, el conde Rafael Angelmonte, preguntó á Gritti si no jugaba aquella noche.

—Jugaré, si os agrada—contestó Miguel Gritti—pero el juego me disgusta cada día más; cuando gano, veo que se ponen oscos semblantes amigos, y me marcho melancólico con el oro en los bolsillos; cuando pierdo, veo que se alegran esos mismos semblantes, y esto me hace que los aprecie menos; de manera que pierdo siempre. Además, la idea de perder mi palacio ó de ganar el vuestro, querido Rafael, no seduce mi imaginación.

—Os diré, amigo mío—replicó el conde Ra-

fael — que debíais haber nacido en una de esas comarcas fabulosas donde el hombre se ve obligado á luchar cuerpo á cuerpo con mónstruos gigantes-cos para defender su puesto en la tierra.

—Y á depender de mí, con mucho gusto hubiese nacido en ella. Confiésoos, conde Rafael, que la contingencia de encontrarme frente á frente con un león al volver una esquina me hubiese mantenido en agradable emoción.

—Pero hay mujeres—dijo Rafael.

—Sí, pero no son salvajes—se atrevió á decir el caballero Vespasiano, que acababa de ocupar un asiento en la mesa de juego frente al conde Angelmonte.

—En lo tocante á mujeres—continuó con cierta gravedad sentenciosa Miguel Gritti—es indudable que constituyen una necesidad de la vida.

—¡Caramba!—exclamó Rafael.—¿Habéis estado enamorado alguna vez, Gritti?

—Señores, tengo el sentimiento de creer que no.... He tenido amantes aquí y allá, pero nunca he conocido todo eso que se dice del amor, ni he comprendido las cosas que sobre esta materia tan prolijamente cuentan los poetas. Indudablemente he permanecido extraño á ciertos sentimientos que el comercio con las mujeres hace brotar en

corazones mejor organizados. Esto me aflige. El estudiante que canta su primera serenata sabe más que yo acerca del amor, y el niño que se achispa por primera vez sabe también mejor que yo lo que hay en el fondo de la copa, á pesar de que he bebido todos los vinos del mundo sin poder achisparme jamás; de la misma manera que he tenido orgías con todas las razas de mujeres descubiertas hasta ahora, sin conseguir amar. ¡Embriagarse ó enamorarse, queridos amigos míos! Vosotros que podéis hacerlo, ¿de qué os quejáis? Decidme el país extravagante donde el sol caliente un vino cuyo perfume pueda subir hasta mi cerebro, y mañana marchó á él. Enseñadme la región desconocida donde Dios haya puesto en los ojos de la mujer el rayo capaz de penetrar mi robusta estupidez, y ¡por mi alma! parto ahora mismo.

—¡Caramba!—exclamó una voz clara y argentina al lado de Miguel Gritti,—solamente un fatuo estupendo puede expresarse así.

Un rayo cayendo en medio del grupo de jóvenes que rodeaba á Gritti no les hubiese sorprendido tanto como aquella desventurada observación. Todos los ojos se fijaron en el caballero enmascarado, que avanzó con los brazos cruzados en el espacio que el conmovido grupo dejaba vacío

entre Gritti y él. El caballero Vespasiano se había levantado con la mano en la empuñadura de la espada; Gritti le rechazó amistosamente, y mirando con fijeza al de la máscara, le dijo con altanera tranquilidad:

—¿El caballero no es de Venecia?

—Extranjero en Venecia soy—contestó el otro, y me glorio de ello, puesto que existen aquí un noble que se permite tan ridículas fanfarronadas, mujeres que las escuchan y hombres que las toleran.

—Voy á hacer os cuartos, amigo mío—exclamó Vespasiano.

—Joven—dijo Miguel Gritti;—¿sin duda os acompañará algún amigo?

—¡Eso es!—exclamó de nuevo Vespasiano;—el amigo de ese señor y yo vamos á hablar cuatro palabras.

—Estoy solo—dijo el de la máscara.

—Pues bien; venid, caballero, el lance será más íntimo.

Y diciendo esto, Miguel Gritti y el del colete acuchillado se dirigieron á la escalera principal, que bajaron juntos, llevando los sombreros en la mano.

—¡Muy bien!—dijo el caballero Vespasiano.—

He ahí un joven menos. A vos toca jugar, messer Rafael.

Miguel Gritti llevó al caballero enmascarado al paraje más oculto del jardín, entrando con él en un recinto circular reservado en medio de un bosquecillo. Algunos vasos de colores colgados de las ramas iluminaban el terreno que parecía deber servir de campo cerrado á los dos adversarios.

—Caballero—dijo Gritti—¿me diréis, antes de pasar adelante, qué motivo especial habéis tenido para insultarme?

—Ninguno, messer; únicamente el deseo de no dejar pasar una mentira.

—¿Una mentira, caballero?—replicó Gritti tirando de la espada;—¿cuál, si os place?

—Habéis dicho que nunca habéis encontrado una mujer cuya mirada fuese capaz de inspiraros amor. ¡Pues bien, yo digo que al afirmar eso habéis mentido!

—¡En guardia, pues!—exclamó Gritti.

—Habéis mentido—continuó diciendo el extranjero, quitándose con una mano la máscara y desatando con la otra su cabellera que inundó sus hombros;—la prueba es que en el momento en que hablabais esa mujer estaba delante de vos, y que esa mirada es la mía.

Gritti quedó un momento confuso ante aquella deslumbradora metamorfosis.

—Perdonad, señora—dijo al fin—nunca os había visto, y no podía prever que el cielo se dignase hacer un milagro expresamente para convertirme.

—El cielo—contestó la Marquesa, adoptando con gusto el lenguaje algo anfibológico cuya quinta esencia se complacía en destilar la galantería de la época—el cielo, messer Miguel, tiene mucho empeño en la conversión de un tan gran pecador como vos, y para obtenerla completa piensa reproducir este pretendido milagro mañana á las dos en la iglesia de Santa María Formosa.

Gritti se inclinó hasta el suelo, y cuando levantó la cabeza, la Marquesa había desaparecido. El caballero, después de recorrer todo el jardín, volvió meditabundo al palacio.

En cuanto Vespasiano le vió subir los últimos peldaños de la escalera, cabizbajo y con las manos cruzadas á la espalda, le gritó desde su asiento:

—¡Y bien, noble Miguel! ¿qué hay?.... ¡Parecéis pensativo! ¡Qué! ¿no se habrá defendido bien? ¡Ah, caramba, eso es!—continuó diciendo el caballero, que tenía el vino muy hablador;—eso es, el tunante no sabía manejar la espada! Os habréis

visto obligado.... Señores, Miguel se ha visto obligado á matarle de un golpe con el pomo. ¡Triste necesidad sin duda para un caballero! Pero ¿qué hacer? Después de todo, ese extranjero no era más que un necio ó un ganapán. Aseguro que el noble Miguel ha hecho bien. Habéis ganado y os salido; conde Rafael.... Digo que ha hecho bien, y me agradaría muchísimo que alguien sostuviese lo contrario, para hacerle tragar en el acto algo frío, por las trescientas mil....

—Callad, querido caballero—dijo Miguel Gritti;—ese extranjero era una mujer.

Vespasiano contestó con prolongado silbido.

—¡Una mujer!.... ¡ah, maledetta!—exclamó la Dolfina.

Gritti había caído en profunda melancolía, y poco después abandonó con Vespasiano la galería de juego y el palacio de la Dolfina. Generalmente se creyó, y así se dijo después de su salida, que había sido objeto de alguna persecución de amante abandonada, y que le habrían hecho juguete de alguna de esas irritantes intrigas por las que las mujeres acaban de perderse y con frecuencia transforman la indiferencia en odio.

Pero la tristeza de Gritti no tenía origen tan vulgar. Un mes hacía que su carácter se había

modificado profundamente bajo la influencia de ciertos acontecimientos de que había sido objeto su vida. Un mes hacía que Miguel Gritti estaba, más que enamorado de una mujer, de una idea; cosa nueva y deliciosa para aquel carácter eminentemente práctico. Porque las almas ardientes y fuertes, servidas por cuerpos robustos, traducen inmediatamente en acción sus deseos y pasiones, ignorando de esta manera esa paz de las teorías en que se solazan las organizaciones más delicadas, cuyo movimiento interior se encuentra reconcentrado por la pereza enfermiza de la voluntad. Así, pues, la predisposición al desvarío que procede de la falta de armonía entre la potencia del alma y la actividad exterior no podía naturalmente existir en un hombre como Miguel Gritti, á menos que, por circunstancias especiales, sus deseos se encontrasen exaltados y paralizada su alma. Esto precisamente le había ocurrido. Hacía un mes que Miguel Gritti estaba enamorado sin saber de quién. He aquí cómo había empezado este amor.

Una mañana, al salir de una orgía, le había seguido una barca llevando extraña mascarada; dos personas de las que la componían cantaban melancólicas estancias al lado de un sudario blanco coronado de flores que parecía cubrir el cuerpo de

una joven. Cansado de aquella obstinada persecución, hizo parar su góndola Gritti.

—¡Hola, buenas gentes!—gritó;—¿á quién cantáis en tan lúgubre tono?

—A una joven noble y cristiana—contestó un enmascarado—que ha muerto virgen antes que confesar su amor á un pagano.

—¡Oh! ¡oh!—exclamó Gritti—¿y quién es esa mártir? ¡Su nombre, bravo enterrador!

—Las almas no tienen nombre—contestó el enmascarado.

—¿Y el del pagano? decidlo al menos.

—El vuestro, messer Miguel—contestó el fúnebre personaje.

Y la barca del entierro se alejó en seguida á fuerza de remo.

Desde aquel encuentro observó Miguel Gritti que delicada sombra seguía todos sus pasos, ejerciendo sobre sus acciones misteriosa y tierna vigilancia. En vano esperó que la bella muerta perdiese algo de su discreción; la vigilancia de que era objeto continuó ejerciéndose con impenetrable reserva: así, un día, un mendigo lleno de harapos, á quien el joven acababa de dar su bolsa repleta de oro, le rogó que aceptase en cambio otra cuyo trabajo revelaba la elegante delicadeza de manos fe-

meninas; esta bolsa contenía una cuenta de rosario tallada en ébano con exquisito arte. Miguel preguntó vivamente al mendigo de quién había recibido aquella bolsa, y el mendigo contestó habérsela dado un soldado enfermo, encargándole se la entregase al señor Gritti en el caso de que éste le diese limosna. Miguel Gritti mandó al mendigo que le siguiera, y le declaró que no lo dejaría hasta encontrar al pretendido soldado. Durante dos días Miguel y el mendigo recorrieron la ciudad, parando á todos los inválidos, y en la tarde del segundo, cuando el caballero empezaba á desconfiar del mendigo y á amenazarle, el desgraciado demostró claramente que había obrado de buena fe, porque mostró á Gritti un soldado enfermo acostado bajo los arcos del palacio ducal, asegurándole que aquél era quien le dió la bolsa. Ebrio de alegría Miguel, llamó al inválido y comenzó á interrogarle bondadosamente; pero el soldado le dió á entender por gestos que era sordo-mudo: el caballero quiso pegarle, pero todos los vecinos atestiguaron que, en efecto, desde tiempo inmemorial aquel anciano había perdido la palabra y el oído. Gritti se volvió entonces para castigar al mendigo, pero el tunante había huido.

Otro día encontró Gritti un billete clavado en

su puerta con un alfiler de oro con cabeza de ópalo. El billete contenía estas palabras, que, bajo otra forma, repetían las estancias de la fúnebre mascarada:

«Moriré sin que me conozcas; moriré por haberte amado; moriré para que tengas en el cielo el ángel de que careces.»

A pesar de que Miguel Gritti se decía una y otra vez que era juguete de hábil mixtificación, no por eso dejó de tomar en serio la aventura. Habíase tornado pensativo, y esta nueva disposición de su espíritu, que todo el mundo atribuía á tedio y hastío, tenía, por el contrario, como causa la primera pasión verdadera que había experimentado el joven. Hacía algunos días había divulgado el rumor de su próxima marcha á Morea, con objeto de obligar á su desconocida amada á dar algún paso más directo, y al fin, aquella noche, cuando acababa de hacer públicamente y de intento exaltado llamamiento á aquel ser sin nombre, la Marquesa le había respondido de pronto. Gritti no dudó ni un momento que la bella extranjera fuese la heroína de la misteriosa novela de que él mismo había sido héroe; y de seguro, el enamorado más exigente no hubiese podido desear para su sueño encarnación más brillante que la

rara belleza de la Marquesa Giustiniani. Así lo pensó al pronto Gritti; pero cuando vino la reflexión, sintió el alma triste y fría: por magnífico que fuese el país donde despertaba, acababa de caer del cielo. Por primera vez en su vida se le presentaba la amarga ocasión de comparar una realidad sensible á esa divinidad del espíritu que se llama el ideal. Vespasiano, que caminaba algunos pasos detrás de su amigo, le oyó murmurar varias veces:

—¡Imposible que haya otra más hermosa; y sin embargo..... y sin embargo, la imaginaba de otra manera!

—Buenas noches, noble Miguel, y hasta la vista—dijo el caballero cuando llegaron á la puerta del palacio Gritti.

—¿Estabais ahí, Vespasiano? Perdonad, amigo mío.

—¡Mil carretadas de demonios! ¿Os hacéis poeta, Miguel?

—Esta noche habéis perdido, caballero, porque juráis fuerte.

—Noble Gritti, sospecho que el conde Rafael es un tramposo.

—¡Vamos, Vespasiano! El Conde es leal como vos mismo.

—Verdad es, ¡sangre de Belcebú! pero estoy de mal humor.

—Hasta mañana, caballero.

—No, querido Miguel; hasta la vista.

—¿Tenemos otra misteriosa desaparición?—preguntó Miguel.

—Si me apreciáis algo, messer Gritti, ni una palabra sobre eso—dijo Vespasiano estrechando la mano á su amigo.

Y mientras el noble joven entraba en su casa, el caballero continuó alejándose por la calzada de los Frari.

III.

LA MUJER PROPONE Y DIOS DISPONE.

La misma noche en que la Marquesa Onesta Giustiniani dirigía al corazón de Miguel Gritti un ataque cuyo éxito tan mal respondía á lo que esperaba, obtenía en cambio, por otro lado, un triunfo que sin duda no sospechaba. Cuando Luca y D. José, de regreso de casa de la Marquesa, subían silenciosamente la escalera del palacio Dolei, Luca, que por distracción había desprendido el puñal de la cadenilla de oro, lo sacó bruscamente de la vai-

rara belleza de la Marquesa Giustiniani. Así lo pensó al pronto Gritti; pero cuando vino la reflexión, sintió el alma triste y fría: por magnífico que fuese el país donde despertaba, acababa de caer del cielo. Por primera vez en su vida se le presentaba la amarga ocasión de comparar una realidad sensible á esa divinidad del espíritu que se llama el ideal. Vespasiano, que caminaba algunos pasos detrás de su amigo, le oyó murmurar varias veces:

—¡Imposible que haya otra más hermosa; y sin embargo..... y sin embargo, la imaginaba de otra manera!

—Buenas noches, noble Miguel, y hasta la vista—dijo el caballero cuando llegaron á la puerta del palacio Gritti.

—¿Estabais ahí, Vespasiano? Perdonad, amigo mío.

—¡Mil carretadas de demonios! ¿Os hacéis poeta, Miguel?

—Esta noche habéis perdido, caballero, porque juráis fuerte.

—Noble Gritti, sospecho que el conde Rafael es un tramposo.

—¡Vamos, Vespasiano! El Conde es leal como vos mismo.

—Verdad es, ¡sangre de Belcebú! pero estoy de mal humor.

—Hasta mañana, caballero.

—No, querido Miguel; hasta la vista.

—¿Tenemos otra misteriosa desaparición?—preguntó Miguel.

—Si me apreciáis algo, messer Gritti, ni una palabra sobre eso—dijo Vespasiano estrechando la mano á su amigo.

Y mientras el noble joven entraba en su casa, el caballero continuó alejándose por la calzada de los Frari.

III.

LA MUJER PROPONE Y DIOS DISPONE.

La misma noche en que la Marquesa Onesta Giustiniani dirigía al corazón de Miguel Gritti un ataque cuyo éxito tan mal respondía á lo que esperaba, obtenía en cambio, por otro lado, un triunfo que sin duda no sospechaba. Cuando Luca y D. José, de regreso de casa de la Marquesa, subían silenciosamente la escalera del palacio Dolei, Luca, que por distracción había desprendido el puñal de la cadenilla de oro, lo sacó bruscamente de la vai-

na y lo clavó hasta la cruz en uno de los blasones de familia adosados á las paredes y que representaba una abeja picando á una mujer en el pecho. Detúvose D. José, y cogiendo la mano al joven,

—¿Qué quiere decir esto?—exclamó.—¿Pensáis en esa mujer, Dolei?

—No, José, no—contestó Luca;—castigo el orgullo de mi raza.

A la mañana siguiente, D. José notó profunda alteración en el semblante de su amigo. Era el día señalado para su ingreso en San Esteban; pero por tácito acuerdo parecía que ambos jóvenes habían aplazado su resolución. Todo el día estuvo Luca evitando las miradas de D. José, y ni siquiera hablaron una palabra; solamente por la noche, paseando juntos por la galería, Luca se detuvo de pronto, vaciló cual si se debilitasen sus piernas y se llevó la mano á la frente. Don José se precipitó á sostenerle.

—Luca—le dijo—confesad, confesad que amáis á esa mujer.

—Esa persistencia raya en locura, José—contestó Luca sonriendo;—¿no habéis padecido vértigos nunca?

Y se separaron para descansar.

A media noche despertó sobresaltado D. José al

oír una voz que le llamaba angustiosamente, y vió á Luca arrodillado junto á su cama mirándole con extraviados ojos; tenía el rostro espantosamente pálido y sus labios temblaban convulsivamente.

—¡Luca! ¡querido Luca!—exclamó D. José incorporándose en el lecho.—¿Qué tenéis? ¡Bondad del cielo! ¿Estáis enfermo? decid.

—Enfermo, no—contestó Luca con voz débil;—me ha castigado Dios!

—¡Amáis á esa mujer, Luca, la amáis!

—¡La amo, sí, la amo! Es verdad, José, la amo: ¡lo que padezco es amor! ¡Oh! ¡cuánto he luchado! creedme: hace dos días, tan largos como años, que lucho como Jacob con el ángel! ¡Y qué noches! ¡qué noches! Miradme, José; estoy muy cambiado, ¿verdad? tanto mejor; eso prueba lo que he sufrido. He venido á buscaros porque se extraviaba mi cabeza. Estoy perdido, creedme.... y solamente os pido una cosa: dejadme, abandonar esta casa; sobre ella, sobre mí pesa algo..... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué he hecho para encontrarme así? Sabéis, mi pobre José, que me educó mi madre, que era una santa..... Iba con ella á distribuir limosnas; pasé mi infancia en esto y en orar; frecuentemente he encontrado mujeres que me parecían hermosas,

porque se parecían á las Vírgenes de las iglesias; pero no las amé, no. Pues bien; he visto una que parece llevar todos los vicios en los ojos; la he visto una vez..... y la amo..... la amo más que á todo, más que á vos, y casi más que á Dios. Separaos de mí; dejadme, dejadme aquí.....

Interrumpióse Luca sofocado por los sollozos, y apoyando la cabeza en el lecho de su amigo, lloró amargamente.

Aquella mañana, tan triste para los dos piadosos jóvenes, era la del día que señaló la Marquesa á Miguel Gritti para otra entrevista. Á las dos de la tarde Gritti entraba en la iglesia de Santa María Formosa, experimentando cierto asombro al verse en aquel recinto. Pocos momentos después entraba por una puerta lateral una mujer de alta estatura, envuelta en velos de luto, y seguida por un fraile y dos lacayos. Al tomar agua bendita hizo ver á Miguel, con gracioso gesto, las facciones altivas y voluptuosas que contempló la noche anterior en los jardines de la Dolfina. Inclínose y esperó apoyado en un pilar á que la extranjera le diese á entender de un modo ó de otro qué consecuencias había de tener aquella entrevista, porque en aquella iglesia se sentía dominado Miguel por invencible torpeza. Un lacayo dejó en el suelo un

cojín de terciopelo, sobre el que se arrodilló la Marquesa á diez pasos á la derecha de Miguel, y al mismo tiempo le hizo seña con la cabeza para que se arrodillase á su lado.

—He aquí—se dijo Miguel—una puerilidad que, á Dios gracias, toca á su fin.

É inclinando hasta el suelo su elevada estatura, colocó una rodilla sobre la ancha ala de su sombrero, mientras que con el malestar propio del hombre de talento que se ve próximo á caer en ridículo, arrancaba una á una las barbas de su pluma.

Cosa rara es que cuando ciertas mujeres, más vanidosas que tiernas, abusan de la humildad de una pasión naciente, el enamorado á quien mortifican sin compasión no busque consuelo en la palabra preñada de represalias «Paciencia!» Miguel Gritti se ocupaba ya en sus adentros en comentar esta palabra vengadora, cuando al escuchar leve ruido seco que se oyó á la izquierda, volvió maquinalmente la cabeza.

Á tres pasos de él había caído al suelo un rosario. Apenas vió el joven aquel rosario, sintió correr por todos sus miembros y deslizarse por sus cabellos el fluido particular que nos penetra cuando experimentamos viva y agradable sorpresa, y

que deja en pos cierto voluptuoso enervamiento. Gritti había reconocido á la primera ojeada que las cuentas de aquel rosario, talladas á la oriental, eran exactamente iguales á la que había encontrado en la bolsa del pobre.

El rosario había caído de las manos de una joven que oraba arrodillada sobre la blanca losa de una sepultura: Gritti la dirigió rápida mirada, sin que la joven volviese la cabeza ni abriese los ojos, casi cerrados en la inmovilidad de su ferviente oración. Aunque el caballero no podía ver desde su sitio más que el perfil de la joven, le impresionó la gracia infantil que respiraba su boca entreabierta para rezar y sonreír. Aquel cándido semblante, perdido entre innumerables bucles de dorada cabellera, tenía un encanto lleno de contrastes, pareciendo que se mezclaba cierta gracia maliciosa á la pureza de alma y al ardor de la fe que se leían en él. Aquella niña pensaba como una virgen, oraba como un ángel y sonreía como una mujer.

Á pocos pasos detrás de ella veíase una señora anciana con traje negro de adornos amarillos; aquella matrona murmuraba su rosario con el aspecto de inteligente beatitud que caracteriza igualmente la rutina de las devotas y la digestión de las ancianas.

Los ojos de la Marquesa Onesta habían seguido con inquietud la dirección de los de Miguel Gritti. Éste se levantó de pronto, y la Marquesa, arrojando bruscamente el velo que le cubría el rostro, inclinóse hacia adelante como leona irritada, y quedó inmóvil para no perder nada de la mortal ofensa que preveía. Miguel recogió el rosario, y saludando con suprema cortesía, lo presentó á la joven sin hablar. Distraída ésta en su éxtasis, alzó tranquilamente hacia Gritti sus grandes ojos asombrados; pero apenas encontraron la conmovida é interrogadora mirada del caballero, la niña, extendiendo rápidamente los brazos como buscando apoyo, y abriendo los pálidos labios para murmurar palabras ininteligibles, cayó exánime sobre el mármol.

—¡Jesús! ¡Dios mío!.....—exclamó la anciana—
¡Julia! ¡hija mía! ¡Julieta! ¡querida niña! ¿qué le ha dado? ¡Señor! ¡sobre la tumba de su pobre madre!..... ¡Respóndeme, Julieta! ¡respóndeme! ¡Ay! caballero—añadió la anciana dirigiéndose á Gritti, —¿quién podríais hacerme el favor de correr á la calzada? Nos espera una góndola en el canal..... lacayos nuestros..... la librea de los Contarini.....

—Perdón, señora—dijo Miguel Gritti—ésta no es carga para lacayos; con vuestro amable per-

miso, tendré el honor de llevar á la señorita á la góndola.

Y sin esperar respuesta, alzó en sus brazos á la delicada niña envuelta en los pliegues de su blanco ropaje, llevándola como un niño dormido en cuca de gasas y encajes. En seguida salió de la iglesia, precediéndole la anciana tía de Julia, porque aquella niña era huérfana y no tenía más pariente próximo que la hermana de su padre, con la que habitaba el palacio Contarini.

La Marquesa Onesta, que durante esta escena había arrancado los broches de su devocionario, esperó con ansiedad durante algunos minutos el regreso de Miguel Gritti; pero tuvo que volver sola á su palacio, situado muy cerca de Santa María Formosa, y precisamente enfrente del de Julia, que se alzaba al otro lado del canal.

Antes de salir Gritti de la góndola en que acababa de dejar á Julia desmayada, obtuvo de la anciana señora permiso para presentarse á la mañana siguiente en su casa á fin de informarse de la salud de la joven. En seguida se retiró, rebotando su pecho alegría y agitación extraordinarias y emprendiendo paseo rápido y sin objeto por la ciudad. El joven caminaba distraídamente, hablando recio y riendo cuando lo notaba.

—Es cosa clara—se decía—¡ella es!.... No hay en el mundo dos rosarios como ése. Se ha necesitado toda la vida de un derviche para labrar esos delicados arabescos en cuentas tan pequeñas. Y además, ese desmayo en cuanto me ha visto.... Sin embargo, ¿cómo creer que esa niña?.... ¡A fe mía! tanto peor; pero no la doy más de quince años y dos días.... ¡Qué botón de rosa!.... la miraba, y no tengo idea de haber visto tez semejante.... ¡Y que esa niña sonrosada haya sido mi lúgubre predicadora, que no hablaba más que de morir!.... ¿Si no pasará todo de una travesura?.... Pero en este caso, ¿á qué desmayarse? ¡Bah! ¡me vuelvo idiota! ¿Dónde diablos estoy?

Entregado á estas pueriles argumentaciones, de las que el mismo Gritti se asombraba, había caminado mucho; había cerrado la noche y no conocía el barrio, de aspecto pobrísimo, en que se encontraba. Por sentimiento que difícilmente se comprende, y con mayor dificultad se explica el joven experimentó cierta alegría al encontrarse en terreno ignorado: le agradaba lo desconocido en el exterior, en el momento en que sentía en su interior emoción completamente nueva, cual si la vista de los objetos familiares hubiese de impedirle entregarse tan francamente al extraño encanto de sus impresiones.

—¡Vamos!— dijo— me he extraviado; tanto mejor.

Y apoyó los codos sobre un parapeto arruinado, entregándose al desvarío con la ingenua felicidad del escolar que se encuentra lejos de la vista del superior por los floridos caminos de las ausencias de clase.

El cemento que había unido las piedras del parapeto caía á pedazos: el joven cogió con grave distracción uno de los trozos más gruesos, lo revolvió un momento en la mano y lo dejó caer á plomo en el vacío: casi al mismo momento oyó opaco ruido como el que produce una piedra al caer sobre un sombrero.

—He ahí— se dijo Miguel Gritti riendo, porque se encontraba en una de esas disposiciones de ánimo en que es fácil la risa— he ahí un agua que tiene extraña sonoridad.

Y como cualquier otro hubiese hecho en su lugar, el venturoso Miguel cogió un trozo de cemento mucho mayor que el primero y lo dejó caer cuidadosamente en la misma dirección. La segunda prueba tuvo completo éxito: igual sonido mate, pero con doble intensidad; mas ahora vino acompañado de un terno capaz de derribar una puerta. Gritti lanzó ruidosa carcajada.

—¿Hay alguien ahí bajo?— exclamó.

—Sí, alguien hay— contestó una voz ahogada por la cólera;— alguien hay, y voy á subir á decirtelo.

—¡Bah!— repuso Gritti, cuya risa iba en aumento;— ¿no véis, querido desconocido, que era una broma?

—¡Una broma!— contestó la voz acercándose poco á poco— ¡muy bien! ¡una broma! me gustan mucho, amigo mío! ¡está muy bien! ¡espérame ahí, querido! ¡por las trescientas mill.....

—¡Caramba! ¡es Vespasiano!— exclamó Miguel Gritti en el momento en que la larga silueta del caballero aparecía en efecto en lo alto de la escalinata.

—¡Cómo diablo!— ¿sois vos, noble Miguel?— dijo Vespasiano parándose en el último escalón.

—Yo mismo; pero ¿qué hacíais ahí bajo, querido amigo?

Vespasiano quedó cortado y no contestó.

—¿A qué ejercicio diabólico podéis entregaros en este barrio salvaje y en este canal solitario?

Vespasiano se mostraba confundido de un modo inexplicable.

—¡Vamos! ¿qué hay?— continuó preguntando Gritti;— ¿es que acabáis de cometer algún crimen ahí bajo?

—Tranquilizaos, noble Miguel—contestó al fin Vespasiano;—estaba pescando.

—¿Y con qué horrible intención?—preguntó alegremente Miguel.

—Con la de coger algunos peces, messer Miguel.

—¿Y para qué, caballero?

—Para cenar.

—¡Vamos, Vespasiano!—replicó Miguel, que muy lejos de sospechar la verdadera causa del apuro de su amigo, se complacía mucho con aquella conversación.—¡Vamos, me sorprendéis cada vez más! Que un caballero que gasta espada tan formidable como la vuestra se separe de la sociedad de los hombres para dedicarse á la pesca—distracción que parece reservada á las viudas—no deja de confundirme; pero que por inaudito cúmulo de causas pesquéis vos, Vespasiano, y no cenéis, ved ahí lo que me traspasa de parte á parte la imaginación.

—Noble Miguel—contestó Vespasiano con solemnidad;—ha llegado el momento de mostraros la llaga de mi vida. Sabed, amigo mío, que me veo muy apurado; es decir, que soy muy pobre.—¡Ni una palabra, Miguel; no me humilléis!—os asombra lo que os digo; fácilmente os lo explicaré. Sabéis que estoy á sueldo de la serenísima República

como capitán. Ahora bien, gasto en hacer vida de rico la mayor parte de mi sueldo. Habréis observado que no juego más que una vez al mes: pierdo siempre, pero no me quejo, estimando que de esta manera pago el honor de frecuentar vuestra sociedad. Aquella casa que véis allí á orillas del canal, es la mía. Y ahora soportaré con gusto que me convidéis á cenar esta noche; pero os ruego que no volvamos á hablar de esto, Miguel; se lo ruego á vuestra señoría.

Conmovidó Gritti más de lo que quería dejar ver, abrazó á Vespasiano, diciéndole con aparente ligereza:

—Esa es la historia de todos los hombres de guerra, capitán. Iguales cosas me han ocurrido en el extraujero. Pero venid y os contaré una cosa inaudita: ¡confidencia por confidencia! solamente que la vuestra es honrosa y la mía me avergüenza.

—¡Sangre de Satanás! ¡noble Miguel, no os creo!—exclamó Vespasiano, á quien la delicada reserva de Gritti había devuelto el valor y el buen humor.

—Probablemente—continuó diciendo Gritti—me casaré un día de estos.

—¿Casaros? ¡lléveos el diablo! ¿Acaso ha encontrado vuestra señoría una de las trescientas mil?....

¡Hola!—añadió Vespasiano interrumpiéndose y parándose de pronto con los ojos fijos en la esquina de una callejuela que desembocaba en la calzada á diez pasos delante de ellos—¿qué es eso?..... ¿quién es el pagano?..... ¡Bajaos! ¡bajaos pronto, Miguell!

Y el capitán se precipitó con los brazos abiertos delante de su amigo cubriéndole con su cuerpo. Al mismo tiempo sonó un tiro en la callejuela, y una bala de pistola vino á aplastarse en la gola de acero que llevaba Vespasiano. Viéndole vacilar Gritti, le cogió en sus brazos.

—¡Dejadme, dejadme, por veinte mil demonios! ¡me asfixiáis, Miguel!—exclamó Vespasiano.—¡Y entretanto se escapa el tunante!

Los dos jóvenes se lanzaron entonces á la callejuela.

—¡Lo veo!—exclamó el caballero;—he visto el extremo de su capa. ¡Pero venid pronto, Miguell! ¡Allá está en el muelle; allá abajo! ¡Va á saltar á alguna barca!

—Deteneos, caballero,—dijo Gritti,—no corramos más: ¡que se escape! ¡creo que es lo mejor que puede sucedernos!

—¿Conocéis acaso á ese tunante?

—Puede ser. Pero este asunto es tal, que el ho-

nor me impide referiroslo. En último caso—continuó, hablando consigo mismo—no me conduje como hombre galante; y si el golpe parte de ella, tanto mejor; así quedamos en paz.

No insistió Vespasiano, y continuaron caminando. Entraron en la primera hostería que vieron, y pidieron de cenar. Gritti comenzó entonces el relato de su aventura con la signorina Julia Contarini y de los acontecimientos que habían precedido, pero no dijo ni una palabra de la Marquesa. El caballero Vespasiano escuchó la historia con asombro y respeto, ya bebiendo, ya haciendo saltar en la mano la bala que le había abollado la gola; no se separaron los dos amigos hasta hora muy avanzada de la noche.

Esta misma noche, como se recordará, la pasaba Luca Dolei arrodillado junto al lecho de don José, á quien también acababa de hacer una confidencia de amor.

IV.

MIGUEL GRITTI EN CASA DE JULIA CONTARINI.

A las doce del día siguiente, Miguel Gritti, que había pasado la mañana en maldecir la lentitud de las horas, subía rápidamente la escalinata que

¡Hola!—añadió Vespasiano interrumpiéndose y parándose de pronto con los ojos fijos en la esquina de una callejuela que desembocaba en la calzada á diez pasos delante de ellos—¿qué es eso?..... ¿quién es el pagano?..... ¡Bajaos! ¡bajaos pronto, Miguell!

Y el capitán se precipitó con los brazos abiertos delante de su amigo cubriéndole con su cuerpo. Al mismo tiempo sonó un tiro en la callejuela, y una bala de pistola vino á aplastarse en la gola de acero que llevaba Vespasiano. Viéndole vacilar Gritti, le cogió en sus brazos.

—¡Dejadme, dejadme, por veinte mil demonios! ¡me asfixiáis, Miguel!—exclamó Vespasiano.—¡Y entretanto se escapa el tunante!

Los dos jóvenes se lanzaron entonces á la callejuela.

—¡Lo veo!—exclamó el caballero;—he visto el extremo de su capa. ¡Pero venid pronto, Miguell! ¡Allá está en el muelle; allá abajo! ¡Va á saltar á alguna barca!

—Deteneos, caballero,—dijo Gritti,—no corramos más: ¡que se escape! ¡creo que es lo mejor que puede sucedernos!

—¿Conocéis acaso á ese tunante?

—Puede ser. Pero este asunto es tal, que el ho-

nor me impide referiroslo. En último caso—continuó, hablando consigo mismo—no me conduje como hombre galante; y si el golpe parte de ella, tanto mejor; así quedamos en paz.

No insistió Vespasiano, y continuaron caminando. Entraron en la primera hostería que vieron, y pidieron de cenar. Gritti comenzó entonces el relato de su aventura con la signorina Julia Contarini y de los acontecimientos que habían precedido, pero no dijo ni una palabra de la Marquesa. El caballero Vespasiano escuchó la historia con asombro y respeto, ya bebiendo, ya haciendo saltar en la mano la bala que le había abollado la gola; no se separaron los dos amigos hasta hora muy avanzada de la noche.

Esta misma noche, como se recordará, la pasaba Luca Dolei arrodillado junto al lecho de don José, á quien también acababa de hacer una confidencia de amor.

IV.

MIGUEL GRITTI EN CASA DE JULIA CONTARINI.

A las doce del día siguiente, Miguel Gritti, que había pasado la mañana en maldecir la lentitud de las horas, subía rápidamente la escalinata que

daba ingreso al palacio Contarini. Casi al mismo tiempo, un joven pálido, agrandados los ojos por el círculo azulado que trazan las noches de insomnio, entraba en el palacio Giustiniani, en la opuesta orilla del canal grande.

En cuanto Miguel Gritti dijo su nombre al lacayo que le abrió la puerta, le introdujo en una sala tapizada de cuero de Córdoba con grandes ramos de plata. Cerca de una ventana que daba al canal y que ocupaba todo el fondo de la habitación, estaba sentada la tía de Julia en una butaca gótica que por extraño capricho, ó tal vez por gozar de vista más extensa, habían colocado sobre el ancho pedestal de una estatua romana; el nombre de Caracalla que aun se leía en la base del zócalo indicaba que, según todas las probabilidades, la anciana señora ocupaba el puesto de aquel emperador romano. Ocupábase la anciana en confeccionar un tapiz de inmensa extensión, en el que se veían con sorpresa pájaros de colores brillantes y formas imposibles, posados sobre flores colosales, como escarabajos sobre vasos japoneses. La buena señora había comenzado aquella obra heroica en su infancia, y sus dedos de matrona continuaban urdiendo la trama que parecía haber calculado con precisión para el resto de sus días.

Por notable que fuese el cuadro que formaba por sí sola aquella tía, por decirlo así, maravillosa, Gritti no se fijó en ella al entrar, porque no vió más que á la última de los Contarini arrodillada sobre una punta extendida de aquel interminable tapiz, jugando con una galguilla de formas delicadas, elásticas y onduladas como las de la serpiente. Ocultábase Julia detrás de una de aquellas flores bordadas de oro y seda, y descubriéndose después bruscamente, causaba á su perrita terribles sustos que el gracioso animal parecía complacerse en exagerar.

Al entrar Gritti alzóse la tía sobre el pedestal y la sobrina sobre el tapiz; la galguita se lanzó á las piernas del joven, que todo lo había previsto y á todo estaba preparado, menos para este pueril incidente: turbóse, pues, y al notar lo Julia se echó á reír.

—¡Abajo, Fiamma! ¡abajo!—exclamó, mientras que la tía saludaba solemnemente al caballero;— ¡abajo, malvada! ¡venid aquí y escondeos! ¡Hola! ¡Dejáis que nos sorprendan! ¡Consentiríais que degollasen á vuestra ama sin hablar palabra!

—Ese pobre animal—dijo Miguel Gritti—ha tenido el instinto de adivinar en mí un hombre que, aunque extraño á esta casa, daría su vida por

vos, señorita; un hombre que no trae peligros aquí, sino que los encuentra.

—Bonitas frases, messer Mignel—contestó Julia irguiendo su hermosa cabeza rubia con cierta duda maliciosa.—¿Basta acaso (excusad mi in-experiencia, porque no conozco el mundo), basta á un caballero haber visto por casualidad á una joven en la iglesia, para encontrarse dispuesto á dar por ella su vida? Permitiréis, querida tía, que el señor Gritti me diga esto para mi instrucción.

—Mi vida, señorita—contestó Gritti con acento más grave,—es un don que ayer os renové, porque es completamente vuestra desde hace un mes.

Al escuchar estas palabras, volviósese con brusco movimiento Julia y saltó al pedestal en que permanecía de pie su tía, esperando la clave de aquel enigma, en la actitud rígida y severa de un punto de interrogación.

—¡Tía—le dijo con voz cariñosa—querida tía, es necesario que os marchéis!

Además de que lo que le proponía su sobrina no era el mejor medio de explicarle el misterio que excitaba su curiosidad, la anciana señora encontró la proposición algo poco conveniente en presencia de un extraño.

—¡Marcharme, hija mía!—dijo con un poco de cólera.

—¡Os lo suplico, querida tía! ¡marchaos! ¡es absolutamente necesario! ¡Ah! ¡tanto peor para vos! Me habéis mimado, y ved lo que sucede.—Pobre tía—añadió la joven besándola las manos—escuchad: tengo que hablar gravemente al señor Gritti, os lo aseguro. ¿Tenéis confianza en vuestra Julia, sí ó no? Se trata de mi felicidad, de mi vida. Además, escucharéis en la puerta si queréis: no he de decirle nada que no sea digno de los dos.

Y como vió que su tía bajaba lentamente las tres gradas del pedestal:

—¿Consentís?—exclamó palmoteando;—¡qué buena sois! ¡cuánto os quiero! Pues bien, un favor más: sed completamente amable; ¡no escuchéis á la puerta!

Y la joven, para ocultar el rubor que había encendido sus mejillas, permaneció con la frente apoyada contra la ventana, mientras que la buena señora saludaba á Gritti con cierta confusión y se retiraba murmurando las palabras: capricho y extravagancia de niña mimada.

Al volverse la joven no tuvo motivo para temer que Miguel Gritti la hiciera arrepentirse del favor

que le otorgaba; el pobre caballero, precisamente á causa de la mucha experiencia que tenía en intrigas amorosas, se encontraba en la perplejidad del viajero que acaba de perderse en camino familiar. Indeciso permanecía ante aquella mirada sencilla y virginal, como el león que se para ante el niño que inocentemente le mira á los ojos.

Sonrió Julia, y subiendo al pedestal en el que su anciana tía había colocado su majestuoso asiento:

—Este sillón—dijo alegremente—me prestará tal vez alguna gravedad. Sentaos, messer. Tengo que dirigiros palabras muy serias.

Apoyando entonces el codo en un brazo del sillón, y pasando la mano entre los sedosos rizos en que jugaba el sol, recogióse un momento, con los ojos bajos y en actitud meditabunda.

—Messer Miguel—dijo en seguida con voz lenta y triste—no os habéis engañado: yo soy la que buscáis. Me suponíais de otra manera, ¿verdad? ¿Esperabais alguna hermosa cabeza poética y desolada? Pues ya me véis; tengo diez y seis años, y por toda belleza los colores que tienen todas las muchachas á mi edad. Quisiera ser más bella, por la razón que voy á decir; pero antes decidme vos si un hombre de vuestra condición, que ha

hecho vida de soldado y de calavera, vida de peligros y de placeres, conserva el recuerdo de su madre.

—Recuerdo santo y respetado, señorita; respondo por mí—dijo Gritti.

—Pues bien, os suplico que en todo el tiempo que os hable se encuentre entre los dos la imagen de vuestra madre. Oídme: creo que no confundiréis mi franqueza con la de las mujeres á quienes amáis, según dicen, ó que os aman al menos. ¡Dios mío! ¿cómo deciros esto? Quisiera que fueseis mi hermano, messer Gritti. ¡Oh, sí, lo quisiera! entonces podría orar por vos en alta voz, llorar por vos, y no con esas lágrimas ocultas que abrasan las mejillas.

—¡Querida niña!—exclamó Gritti, dando un paso hacia la joven; pero ella extendió la mano, haciendo seña para que no la interrumpiera.

—Hace algún tiempo—continuó diciendo en voz baja y con entusiasmo—tuve un sueño al pasar vos una mañana por debajo de mi ventana con vuestros compañeros de placeres: todos ostentaban en el rostro las huellas de la sordidez de sus vicios; todos, excepto vos. Había oído hablar de vos y os tenía aversión; cuando os vi, me figuré que me habían engañado, que no sois lo que se

cree; me dije que tal vez Dios no había permitido que se marchitase vuestra alma, de la misma manera que no se había marchitado vuestra frente. Soy supersticiosa, messer: sin duda he vivido demasiado en la soledad, y las ideas que se me ocurren las tomo por inspiraciones divinas. He aquí mi desgracia. Me enamoró la idea de que bastaría esta pobre mano para sacaros de la desgraciada vida en que estáis sumido. Creí que Dios me imponía el deber de intentarlo al menos, y he aquí por qué lo he intentado, messer. Pero ahora conozco que me arrepiento, que he hecho mal.... ¡Oh! ¡me arrepiento cruelmente!

Y Julia se cubrió el rostro con las manos, entre cuyos dedos corrían diáfanas lágrimas.

Conmovido profundamente Gritti ante aquel lenguaje tan nuevo para él, y también por aquel inocente interés, dobló la rodilla diciendo:

—Hablad, señorita; nada hay que no esté dispuesto á hacer para desvanecer hasta la última sombra de vuestro arrepentimiento.

La joven levantó la cabeza.

—Jamás amaré más que á mi esposo—repuso;—sin duda lo sabréis.

—Llegaré á ser digno de ese título, señorita, si le es posible á un hombre....

—¡Sea! pero debo deciros que os probaré por mucho tiempo, messer Miguel; porque es necesario que no creáis que he representado una comedia con Dios y con vos.

—Mandad, señorita—dijo Gritti.

—¿No se celebrá esta noche en casa de una mujer á quien llaman la Delfina, una fiesta á la que un galán como vos no puede faltar sin des-acreditarse?

—¿Dónde queréis que pase la noche, señorita?

—En las gradas de Santa María Formosa; yo os veré desde aquí. Observad que mañana lo sabrá toda Venecia.

—¿Quereis decirme, señorita, que me prohibís vengarme de los ultrajes que me inferirán con este motivo?

—¡Oh, eso no!—contestó la joven patricia.—Si yo fuese hombre, no toleraría ultrajes. Verdad es—añadió después de un momento de reflexión—que San Pedro fué reprendido por haber desenvainado la espada; pero no ignoraréis sin duda, messer Miguel, que San Pedro no era noble.

Al terminar estas palabras, bajó la joven del pedestal y añadió:

—¡Me marchó! ¡me marchó! adiós, messer; os he dicho demasiado. Tal vez juzgaréis mal á mi

tía por su complacencia conmigo; pero os diré que ignora toda mi loca historia con vos. Un antiguo criado de la casa es mi cómplice. Mi tía tiene corazón de oro; todo me lo permite; piso su tapiz que adora como á la patria; la llamo tía Caracalla, porque ha sucedido á no sé qué sultán de ese nombre sobre su pedestal; por nada se incomoda, por eso la quiero como á una madre.—¡Vamos, ven, Fiamma! Enseña á messer Miguel Gritti cómo le cerrará la boca su esposa, si es que un malvado libertino como él merece algún día tener una esposa honrada.

Y la joven aprisionaba riendo en su diminuta mano el prolongado hocico de la galgnita. En seguida hizo una profunda reverencia á Gritti y salió de la sala.

V.

LUCA DOLCI EN CASA DE LA MARQUESA ONESTA
GIUSTINIANI.

En un salón cuyas paredes estaban pintadas á la oriental, se encontraba sentada en un diván la marquesa Onesta, con los ojos fijos en el espacio como extraños al mundo visible, y cual si fuera

de él hubiesen concentrado toda la fuerza penetrante de la mirada para proseguir profunda meditación. Anunciaron á Luca Dolci, y la Marquesa, pasándose con rápido movimiento la mano por la frente, recobró la calma y altivez, al mismo tiempo que sus pupilas adquirían su acostumbrada radiación.

—Buenos días, primo—dijo alegremente.—¿No habéis entrado en el convento? Tanto mejor. Sentaos.

—Os debía una contestación, señora—dijo el joven, cuya voz débil, temblorosa y mal articulada indicaba profunda emoción.—Os debía una respuesta, y os la traigo.

—¡Ah! ¿en cuanto al testamento? No pensaba ya en él. ¡Tengo tantos negocios!

La Marquesa suspiró, y añadió con amarga sonrisa:

—He sido muy desgraciada desde que no os he visto, messer Luca.

—Y yo también, señora—contestó el joven.

—¡Bah!—dijo la Marquesa.—¡Vos conserváis la inocencia! Somos primos, pero nuestras personas no se parecen, y creo que nuestras desgracias tampoco. Hablemos de otra cosa. Se aboga una aquí. Abrid esa ventana, primo.

Luca obedeció, y volviendo en seguida y quedando de pie, inmóvil delante de la Marquesa, dijo con voz más fuerte, pero más temblorosa aún:

—Cuando os pregunté hace dos días si os encontraríais dispuesta á concederme vuestra mano en el caso en que libre yo os la pidiese, ¿no me contestasteis que sí?

—Es posible.

—¿Dijisteis que sí porque sabíais que yo no era libre, que iba á entrar en un convento?

—Sin duda—contestó la Marquesa.—¿Qué más?

Esta contestación hizo que se inflamase el rostro de Luca: extraviáronse sus ojos, comprimieronse sus labios y penosa respiración dilató su nariz. Vaciló y cogió sin hablar la mano que tenia tendida hácia él la Marquesa.

—Y bien—exclamó Onesta, irguiéndose en el diván;—¿qué quiere de mí este niño?

Luca quiso hablar, pero sus piernas flaquearon y cayó pesadamente sobre sus rodillas, inundando con abrasadoras lágrimas la mano de su prima.

Al mismo tiempo dos diamantes líquidos brotaron de los ojos de la Marquesa y cayeron en los cabellos de Luca.

—¡Vamos!—dijo después de algunos instantes de silencio, interrumpido solamente por los sollo-

zos del joven;—¡vamos! ¡bien está! me amáis, lo canozco. No necesitáis ya decírmelo; así, pues, tranquilizaos. ¿Y qué quiere decir esto? ¿Me amáis y no sois más enérgico? Pues bien, Luca, amarme no es deshonor para vos ni ofensa para mí. Tal vez sea una desgracia; ya hablaremos de ello. Dejad mi mano ya y sentaos. ¡Dios mío, qué niño! ¿Me querréis referir, messer, cómo habéis llegado á amarme? ¿Y el convento? ¿acaso renunciarnos á él así, tan de repente? ¿Y este mundo perverso? ¿es que queremos entrar en él? ¡Cómo me miráis! Es necesario hablar, Luca, si queréis que os comprenda..... Sí, sin duda, tenéis muy hermosos ojos. ¿Queríais que os lo dijese? Ya os lo he dicho. Ahora ya he hablado bastante por mi parte, y creo que es justo que os toque la vez. ¡Me amáis! ¡esto es maravilloso! ¿Y con qué amor me amáis, Luca? decídmelo.

El joven movió doloresamente la cabeza.

—No me lo preguntéis, prima—contestó;—no sé mentir, y os lo diría.

—Pues decídmelo.

—El amor que siento hacia vos me infunde miedo y vergüenza—contestó Luca bajando la frente—y os sonrojaréis vos, señora, por haberlo inspirado.

—¡Ahora me insulta!—exclamó la Marquesa estremeciéndose cual si la hubiesen abofeteado.— ¡Muy bien! ¡He sido bondadosa con él hace un momento! ¡Quizá por primera vez en mi vida he sido mujer un instante! Porque lloraba, le he hablado con interés, y ya me cree su amante y me insulta. ¡Ah! ¡qué necias son las mujeres!

—¡Señora! ¡por favor! ¡por piedad!—exclamó el joven, tendiendo sus trémulas manos hácia la Marquesa;—¡pensad en lo que era y en lo que hago! ¡no os ofendáis por el amargo recuerdo que dedico á mi pobre vida pasada, tan dulce, tan tranquila, á mi fe apagada, á mi alma perdida! Os he acusado; perdonadme, he hecho mal. Si el amor que siento por vos me quema las venas como filtro de fuego, bien sé que es culpa mía y no vuestra, y que el mal está en mi propia sangre. Os decía que mi vida había sido feliz, y esto no es verdad: quiero deciroslo todo. Hasta en el pavimento de las iglesias donde clavaba mis rodillas, hasta delante de Dios, oía murmurar en mis oídos á nuestro demonio hereditario. Soy un Dolci, ya lo sabéis. Extrañas imágenes, vagas voluptuosidades, desconocidos vicios se deslizaban en mi cerebro haciéndole hervir, y bañaban mi frente en cáldido sudor. Veinte veces he visto alzarse delante

de mí, en la sombra de las capillas, formas que me embriagaban, estatuas que se animaban inclinándose hácia mí sus cuerpos temblorosos, sus bellezas palpitantes y medio desnudas; las Vírgenes á cuyos piés me arrodillaba se destacaban de sus cuadros y tomaban repentínamente ante mis turbados ojos actitudes de impuras bacantes. Aspiraba el perfume de sus cabellos, rozábanme los excitantes pliegues de su ropaje, y á este contacto parecíame que mi alma huía de mi cuerpo profanado. Esto he oído, esto he visto, esto he experimentado y sufrido durante quince años. Pues bien: un día vi ó creí ver, señora, realizados todos estos sueños en un cuerpo, en una mirada; ¿comprendéis? Todos estos filtros, todos estos venenos se habían reconcentrado en una sola flor; Dios la arrojó en mi camino y la aspiré. ¡Este es el amor con que os amo!

Al terminar estas palabras dejó caer Luca la cabeza en las manos; pero no ya para ocultar lágrimas, porque sus ojos estaban secos y abrasados.

—¡Vamos!—dijo la Marquesa, que había escuchado las febriles palabras del joven con extraña sonrisa.—¡Vamos, he ahí una declaración preciosa! Sois un monstruo extraordinario y sin segun-

do. ¡Os amo! Tenéis indudablemente diabólica imaginación, primo; verdaderamente diabólica. Pero hablemos un poco en razón. Vuestra señora madre— como todas las mujeres en último caso— no sabía lo que hacía; quiso que fueseis fraile, y ¿por qué? Porque, según dicen, los de vuestra familia mueren de muerte violenta á manos de mujeres. ¡Y qué! ¿Vacilariais vos, Luca, entre una puñalada que cortase brillantemente el dorado hilo de vuestra existencia, y una vida de setenta años, cuyas noches turbaran los amables sueños que me haciais el favor de contarme hace un momento? Necesario es admitir, primo, que no nace todo el mundo para entrar en conventos. Á no ser así, comprenderéis que habría decaído mucho la serenísima República. Pues bien, vos sois de los que no han nacido para eso. Ved á mi confesor Fra Mozzo; ese es un fraile feliz. Pero ese no ha visto jamás á las vírgenes trocadas en bacantes, porque no se inclina su espíritu á esa metamorfosis. Si yo hubiese entrado en un convento, fatalmente le habria prendido fuego— maquinalemente— así como respiro sin querer. Siguiendo la inclinación natural de vuestra vida, hubieseis sido hombre de costumbres elegantes y algo ligeras: esto es todo. Habéis querido ser santo, y todas vuestras pasio-

nes comprimidas desbordan un día como verdadero torrente de corrupción. Cuando pienso en ello, veo que me habéis dicho cosas inauditas. Ahora, ¿qué queréis saber? ¿Si os amo? No. ¿Si os amaré algún día?....

— Es decir— interrumpió Loca Dolei fijando en la Marquesa sus ojos casi extraviados— si estaré vivo ó muerto dentro de media hora.... Sí, decidmelo.

— ¿Si estaréis vivo ó muerto? Mirad, Luca: es consuelo muy necio el de matarse, de la misma manera que es necia venganza el asesinato. En toda alma apasionada, el primer pensamiento de la desesperación es el suicidio, como el primer movimiento de odio es el homicidio. Contened vuestro brazo, primo; creedme y esperad á mañana. El mañana nos trae siempre lucidez muy grande para el consuelo ó la venganza. — ¿Conocéis á Miguel Gritti, messer?

— ¿Quién no le conoce en Venecia?

— Yo — contestó la Marquesa. — He oído decir que todas las mujeres están enamoradas de él. ¿Y sabéis la razón? La razón es que en la serenidad de la mirada más pura no existe, ni aun para la mujer más casta, tanto atractivo como en el fuego sombrío que brilla en los ojos del libertino;

porque una potencia extraña ha dotado á la corrupción y al vicio de misteriosas seducciones, á las que no escapa ni el alma mas inmaculada. Y por esta razón, entre el caballero de frente pálida por la orgía, marchita por impuras vigiliias, que pasa estrechando el talle de una cortesana, y el joven de rostro apacible y sonrosado que reza en el pavimento de una iglesia, no vacilarán los ojos ni el amor de la mujer. Porque todas llevamos viva en el corazón la curiosidad fatal y voluptuosa de nuestra primera madre. Es que todos, hombres y mujeres, tenemos en las venas la sangre maldita que vos, débil y orgulloso niño, consideraréis como uno de los privilegios de vuestra familia. — Me preguntáis si os amo, si os amaré, cuando basta que os mire á la cara para que cambiéis de color. Solamente amaré al hombre que me enloquezca y domine con su mirada, como os domino yo en este momento. Llegad á ser ese hombre, y os perteneceré. Esta es mi respuesta.

Cuando terminó la Marquesa, acometió á Luca Dolci un acceso de hilaridad nerviosa y extraña como la risa de los locos.

— ¡Muy bien! ¡muy bien, prima! — dijo. — He reflexionado mucho mientras hablabais. Tenéis razón; parezco un aprendiz de sacristán, un mó-

naguillo moffetudo. Pero, descuidad, yo cambiaré. Esta noche se me presentará soberbia ocasión. Mañana á la aurora asomaos á la ventana y veréis..... ¡Ah! ¡ah! héme aquí decidido, al menos: lo difícil es decidirse. En cuanto se toma una resolución, aunque sea la de ir al infierno, se experimenta admirable tranquilidad. ¡Adiós, prima! Os ruego que al amanecer estéis en la ventana.

— Estaré. Adiós, primo — contestó la Marquesa.

Luca salió del salón y en seguida del palacio, marchando á pie á su casa. Su cerebro estaba muy perturbado y parecía que los nervios de su semblante estaban estirados hasta el punto de estallar. Tenía toda la vida reconcentrada en la cabeza, y no estando sometido su cuerpo á su paralizada voluntad, obraba por una especie de instinto maquinal. Producíase á sí mismo el efecto de un fantasma, porque no se sentía vivir ni se oía caminar. Así llegó á su palacio, subió á la habitación donde le esperaba don José, y al entrar cayó rígido sobre el pavimento de mármol, como la espiga cortada por la hoz.

VI.

LA FIESTA DE LA DOLFINA.

—¿Y bien?—le preguntó D. José en cuanto vió renacer la vida y la inteligencia en los ojos de Dolci.

—Y bien—dijo Luca—es necesario que nos separemos, amigo mío.

—Os comprendo, Dolci; pero creo que habla vuestra cabeza y no vuestro corazón. No os abandonaré. He previsto todo cuanto podéis tener que decirme, y no os abandonaré.

—Es preciso, José, es preciso, á fin de que, para suprema desesperación mía, no llegue á oiros maldecir en vuestro lecho de muerte ó en el mío el día en que se estrecharon nuestras manos y se unieron nuestros corazones. Es preciso para que la voz de un amigo no sea la primera que se alza contra mí en el valle del supremo y terrible juicio.

—Todo eso está muy bien—replicó D. José;—pero aunque peligre el cuerpo y el alma, no abandonaré jamás al amigo que he elegido.

—Escuchad, pues—dijo Luca.

Y le repitió palabra por palabra la conversación

que acababa de tener con la Marquesa, no ocultándole á qué condiciones había comprado la esperanza de que le amase.

—Bien está—dijo entonces D. José;—haré lo que hagáis. Seremos cómplices como hemos sido amigos. Pero, por favor, Luca, seamos hombres en todo como lo hemos sido hasta el presente. No perdamos la única virtud de las almas caídas, el orgullo. Os confieso.... Pero, mirad, aquí tenemos una botella de Chipre viejo, del que os he hecho beber algunas gotas hace un momento para devolveros la vida. Vaciad ese vaso y dádmelo. Os confieso—decía—que no soy hombre de pecados ni de virtudes á medias. De la misma manera que vacio este vaso, me conduciré en la vida con franqueza y á grandes pasos. Sufro de buen grado el odio, pero no el desprecio, y el desprecio cae igualmente, Luca, sobre el que se oculta para llegar á un confesonario, como sobre el que busca hipócrita sombra para abrazar á una mujer. No hemos sido cristianos débiles; pues bien, creedme, tampoco seremos medianos libertinos.

Y el joven bebió otro vaso de vino.

—El mejor entre los buenos ó el peor entre los malos, esta es mi opinión—dijo Luca.—No temáis en mí debilidad ni vacilación. Este amor me ha

vencido y dominado, pero ésta será mi última debilidad. Además quedáis conmigo, y si hace un instante he perdido el conocimiento, ha sido únicamente porque creía veros por última vez. Ahora que estáis resuelto, querido amigo, puedo decíroslo francamente.

— Lo sospechaba; pero bebed, Luca; es necesario que nos acostumbremos á beber. Estoy dispuesto á no dejarme vencer en nada. Y á propósito, ¿no me habéis dicho que en otro tiempo os ejercitasteis en la esgrima?

— Sí, para robustecerme, porque mi salud era débil. Hasta había llegado á adquirir cierta habilidad de la que me envanecía más de lo conveniente para mis ideas de entonces. Por esta razón renuncié á este ejercicio el año pasado.

— Pues bien, volveremos á dedicarnos á él— contestó D. José— y por mi parte os haré apretar los puños cuanto queráis..... ¡Y bien, ya estáis otra vez pensativo! Nada de eso. Bebed. Ahora es necesario caminar sin volver la cabeza y no dudar del éxito.

— No es que dude, no. Esa mujer orgullosa y corrompida, á la que amo locamente, juzgándola á sangre fría, se entregará dentro de un mes en cuerpo y alma al galán más famoso de Venecia, y

ése seré yo; entregaráse al libertino más desenfrenado, y yo seré ese libertino. Yo lo seré, amigo mío, porque para ostentar todos los vicios no se necesita la cuarta parte del valor que es indispensable para practicar una sola virtud, y hasta hoy las he practicado todas, aunque á costa de muchos combates. Ser vicioso es dispensarse del trabajo incesante y viril, del esfuerzo continuo y vigoroso que se llama voluntad. Es arrojar el remo y abandonarse á la corriente. La pasión nos arrastra con bastante rapidez sin necesidad de que se la ayude; juzgad, pues, qué sucederá si se secunda con algo de voluntad el impulso de las pasiones, tan fuerte ya por sí mismo, si se dedica valor al vicio, que en la generalidad no es más que debilidad, sistema y premeditación al libertinaje, que comunmente no es más que estúpida indolencia. ¡Con cuánta facilidad debe llegarse á ser maestro entre tantos imbéciles cobardes! He dicho «dentro de un mes»; no, amigo mío, mañana, esta misma noche nos pertenecerá ese reinado, si queremos conquistarlo. No es esto lo que me inquieta y hace pensar, sino que me pregunto si esa mujer, que después de todo tiene talento, cuando haya visto qué fáciles son esos vergonzosos triunfos y cuán poco cuesta coronarse con ellos, no los apreciará al fin en lo

que valen; si su espíritu, ilustrado por esta luz, no se abrirá al amor de lo que es bello y verdaderamente digno del hombre, las luchas y victorias de la voluntad; si no habré sido elegido yo para realizar esa conversión hasta con peligro de mi alma, y si vos y yo, querido José, no volveremos pronto á Dios trayéndole por excusa esta magnífica presa.

— Esperémoslo así — contestó gravemente don José levantándose.

Pero estaba demasiado tranquilo para no ver que esta esperanza de Dolci era uno de esos argumentos especiosos que inventa la pasión para dar á la conciencia conmovida un pretexto de reposo.

— Vamos, pues, á vestirnos — dijo Luca. — ¡Dios es grande! La esperanza es como el cielo de las noches; no hay rincón, por oscuro que sea, en el que, si se obstinan los ojos, no concluyan por descubrir alguna estrella.

Era más de media noche, y ya hacía algunas horas que el palacio de la Dolfina lanzaba á los canales, puentes y calzadas resplandores de incendio, apareciendo blanco y transparente en medio de su espléndida iluminación. Entre aquel resplandor, bajo los árboles del jardín, cuyas hojas parecían inflamadas, á través de las ventanas encendidas

como hogueras, y hasta sobre las terrazas envueltas en luminosa bruma y rojizos vapores, veíanse desde lejos pasear y moverse los innumerables convidados de aquel palacio encantado, paseando como hadas y genios en morada luminosa y fantástica. Deslumbrábase la vista al querer seguir en la soberbia confusión los penachos de mil colores balanceando sobre las tocas ó anchos sombreros, las cadenas de oro brillando sobre los justillos de terciopelo, los ondulados reflejos del satén prensado, las flores en la cabeza y bajo los pies de las mujeres, las perlas, las flores de mar, adornando en guirnaldas frentes jóvenes, y por encima de todo la magnífica variedad de trajes orientales. Porque en casa de la Dolfina, como en el palacio del Dux de Venecia, estaban representadas todas las naciones, y frecuentemente ocurría que los mismos embajadores servían para el Dux y para la cortesana.

Durante la primera parte de la noche se había jugado como se jugaba en aquel tiempo, en el que eran pocos los ricos, pero lo eran asombrosamente. Mercaderes judíos habían perdido flotas enteras: un príncipe de Italia se había visto cruelmente obligado á hipotecar su principado. Un armenio había perdido en un cuarto de hora una caravana

de pieles que empleaba seis meses en completar su cargamento. Otro extranjero que pasaba *in petto* por ser pirata del archipiélago, había ganado en un golpe de dados todo un barrio de Venecia; verdad es que al siguiente golpe había perdido dos islas griegas, Chio y Samos. Aquel buen hombre estaba arruinado, si el ladrón puede estarlo alguna vez.

Á una señal de la Dolfina, señal que tuvo el efecto de golpe de varilla mágica, sobrevino una invasión de esclavos negros vestidos con túnicas de seda roja bordadas de oro; mesas suntuosamente servidas llenaron las galerías, los jardines y las terrazas, y todos se sentaron, comenzando la cena.

Vestida la Dolfina con traje de bacante, reinaba en la galería principal del palacio, en el centro de una mesa en la que había colocado á sus convidados más ilustres y á las mujeres más hermosas de la fiesta. Pero la Dolfina, en medio de su triunfo, parecía pensativa; tenue arruga surcaba su frente estrecha y tersa como el mármol; sus ojos, por extraordinario prodigio, parecían perseguir un pensamiento en el espacio; pero, á pesar de esto, vaciábanse las botellas en derredor suyo, reían las mujeres, los hombres equivocaban los vasos, y

la orgía aumentaba poco á poco como la tempestad.

—¡Ah señora!—exclamó el conde Rafael Angelmente, que estaba sentado casi enfrente de la Dolfina—acabáis de suspirar. Es la segunda vez que lo hacéis esta noche y en vuestra vida. ¡Tened cuidado! ¡los suspiros producen la tisis, niña divina! Esa piel de tigré os sienta maravillosamente. ¡Diantre! esta noche os amo de un modo furioso. ¡Pero he aquí un vino que no conozco! ¡Dolfina mía, diosa ó mortal, mujer ó tigre, en vano contemplo y bebo este vino; por Baco, no le conozco! ¿Habéis descubierto alguna cueva perdida del abuelo Noé? ¿Ó bien, esencia de belleza?.....—¡Hola, señoras! que aquellos ó aquellas que dicen que estoy achispado, se dignen escuchar el giro que voy á dar á esta frasecilla, ¿ó bien, esencia de belleza..... hablo á la Dolfina..... este vino os lo ha enviado el mismo Sol como galanteoría de amante á su amada, ó como regalo de igual á igual?

—¡Bravo! ¡no! ¡no! ¡no está achispado!—exclamaron los comensales.

—Bien lo sabía yo—dijo el conde Rafael;—y vos también lo sabíais, señora, ¿verdad?—añadió abrazando cordialmente á una hermosa griega sentada á su lado.

—¿Qué?—preguntó la hermosa griega.

—¡Nada, á fe mía!—contestó el Conde.—Escuchad, magnífica Dolfina: decidme el nombre de este vino, y os diré dónde ha pasado el día Miguel Gritti.

La Dolfina se echó á reir.

—Monseñor—dijo—¿sabéis que un portugués llamado Vasco de Gama descubrió hace unos cien años una punta de tierra en África, á la que llamó cabo de las Tempestades?

—No, á fe—contestó el conde Rafael;—pero me importan poco él y su cabo.

—Pues bien, monseñor: en ese cabo plantaron viñedos; de aquellos viñedos hicieron vino, y de ese vino estáis bebiendo.

—He conseguido lo que deseaba—dijo Angelmonte;—en cuanto á Miguel Gritti, señora, ha pasado el día en el palacio de la joven Contarini, esperando sin duda pasar alguna vez la noche.

—¿La niña Julia? ¡pero si es fea!

—No, rubia bacante, porque si me atreviese á decir.....

Estrepitoso ruido de bravos y aplausos brotó repentinamente de los jardines, interrumpiendo al conde Rafael.

—¡Él es!—exclamó la Dolfina.—No hay en el

mundo otro hombre á quien pueda recibirse de esa manera.

Y se levantó radiante sobre su trono para ser la primera en ver á Gritti cuando apareciese en lo alto de la escalera interior. Todas las miradas se fijaron en el mismo sitio, y en la extensa galería reinó profundo silencio.

Entonces se presentaron Luca Dolci y D. José en el último peldaño que formaba ancho descanso de mosaico delante de la puerta de la galería. Antes de entrar se detuvieron los dos jóvenes en la puerta, la mano izquierda apoyada en la cadera y sosteniendo la capa, la pierna derecha extendida y la cabeza echada atrás.

En aquel país del arte y la belleza hubiese bastado sin duda el carácter gracioso y altivo de aquellos jóvenes semblantes, la actitud elegante y orgullosa que habían tomado los dos caballeros, el exquisito gusto que revelaban sus trajes sencillos y ricos como el de los nobles españoles, para arrancar á todas las bocas un murmullo de aprobación. Pero Luca Dolci y D. José tenían, además de su belleza, su nombre y la reputación de su vida inmaculada, que daba á su visita á aquella hora y en aquel lugar el precio de favor inaudito y el resplandor de un prodigio. Así fué que, con

movimiento unánime, todos los convidados se levantaron y aplaudieron con las manos y la voz, excitando el entusiasmo por embriaguez incipiente y agradabilísima sorpresa.

Entonces desprendieron los jóvenes el brazo izquierdo y se quitaron las tocas, saludando á la concurrencia con la exquisita elegancia, el soberano aplomo y la estudiada gracia que en aquel tiempo hacia de un saludo una ceremonia por la que en todos los países se reconocía al gran señor.

—Señores—dijo la Dolfina dando un paso para recibirles—¡mucho honor me dispensáis! ¿Vos señorías en mi casa? Espero que cenaréis con nosotros.

—Hasta morir, señora—contestó Luca.—No cenamos de otra manera el señor de Frías y yo. Vuestros brazos, señora—añadió besando la mano á la Dolfina—son dignos de adoración. ¿Verdad, D. José?

—Deslumbran—dijo D. José de Frías, besando la otra mano á la cortesana.

—¡Sois de veras amables, señores!—exclamó el conde Rafael;—y parece que para jóvenes que se dedican al estado monacal, la cosa promete. ¿Recitáis el *Pater noster* en los brazos de esa dama?

Luca Dolci acababa de sentarse sin cumplimiento al lado de la Dolfina, sin que el príncipe alemán á quien usurpaba el puesto opusiese otra resistencia que sordos murmullos.

—Messer Rafael—contestó el joven—ruégoos que creáis que nada prometemos el señor de Frías y yo que no estemos dispuestos á cumplir. Así, pues, nos propusimos, á consecuencia de una historia demasiado larga para referida, llevar durante algunos meses vida seráfica, y todo el mundo sabe que la hemos llevado. Ahora nos proponemos que nos amen todas las señoras presentes sin ninguna excepción, y nos amarán, ¿verdad, D. José?

—Sí—contestó el español.—¿Verdad, señoras? La risa de las mujeres brotando en toda la galería con franca sonoridad dió á la pregunta halagüeña respuesta.

—¡Ya lo veis, caballero!—repuso Luca Dolci dirigiéndose al conde Rafael.

—Pero, joven—dijo de pronto el príncipe alemán despertando de su entorpecimiento—creo que habéis ocupado mi puesto.

—¿Lo creéis?—exclamó Dolci, que desde su llegada vaciaba vaso tras vaso.—¿De veras lo creéis, vecino? ¡Ocupo vuestro puesto al lado de la primera belleza del universo, y un cuarto de

hora después comenzáis á sospecharlo! ¿Y tal vez pretenderéis que os la devuelva? Nada de eso, caballero; os serviré de beber y estaréis pagado. ¡Qué diablo! beberéis igualmente bien al lado mío que al de la diva. Además, si tenéis algo que decirle, cosa que dudo, decídmelo, noble extranjero, y se lo transmitiré fielmente y hasta en mejores términos que podríais hacerlo vos. Dicho esto, bebamos..... ¡A vuestra gloria, Príncipe!

— ¡Estáis achispado, joven! — dijo el alemán con dignidad.

— Sin duda; pero vos estáis ebrio. — Pero, reina mía — añadió Luca volviéndose hacia la Dolfina — ¿no decís nada? En último caso, tenéis razón. Dejad que charlen las mujeres que tienen medianos eucantos; vos, señora, no necesitáis más que existir para agradar, respirar para ser amada. ¿A qué hablar, verdad? ¡Miradla, Frías! ¿No es divina? ¿no debo de enloquecer de alegría al pensar que la semana que viene seré su amante?

— Pero, monseñor..... — dijo la Dolfina riendo é inclinándose hacia el joven en su sillón.

— ¿Pero qué, hermosa mía? No os incomodéis; será antes si gustáis.

— ¡Hola, Dolci! — exclamó en este momento don José, que estaba sentado enfrente de Luca entre

dos mujeres hermosísimas, una granadina, según decían, y otra esmirniota. — ¡Holá, amigo mío! sacadme del apuro en que me encuentro: ¿á cuál de estas dos damas debo amar?

— A la más hermosa.

— Lo son las dos.

— ¡A la más necia, en ese caso! — replicó Dolci.

— Las dos lo son á más no poder. Pero una habla turco, y como no lo comprendo, me parece mejor. ¡Salamalee, señora! — añadió el joven rozando con los labios el hombro de la esmirniota.

— Por mi parte — dijo el conde Rafael — prefiero las mujeres de talento.

— ¡Bah! — exclamó Luca — ¿para qué? ¿No es la mujer una distracción?

— Hasta ahora he creído que sí — dijo Rafael.

— ¡Pues bien! en ese caso, es preciso no hacer de ellas una ocupación. Una mujer de talento, querido Rafael — os llamo familiarmente querido, porque los dos estamos achispados — una mujer que tiene talento se separa de su objeto y viene á ser un trabajo estar á su lado. El amor debe dirigirse á todos los sentidos y nunca á la inteligencia. Que una mujer halague los ojos, los oídos, la nariz y los labios, que sea hermosa y toque el bandolín, que se perfume y tenga la piel fina, este

es su derecho y su deber. Pero que no tenga talento, ¡sangre de Satanás! porque si tiene talento, hará versos—escuchadlo bien, Rafael—si hace versos, me los recitará, y comprenderéis que si se pasa el tiempo al lado de una mujer en estas necesidades, tanto valdría pasar la noche en conversación con una flor ó una estrella, esas dos inspiradas amantes de los poetas, esas dos eternas machacadoras de sonetos.

—Perdonad, messer—dijo un joven alto, pálido y vestido de negro, que estaba sentado al otro lado de la mesa, enfrente de Dolci—pretendo hacer sonetos bastante aceptables, y hago profesión de no soportar impertinencias.

—¡Pues yo la hago de decirlas á los necios!—replicó Dolci.

—¡Bien! ¡bien! ¡hurra!.... ¡Adelante, señor poeta—vociferó el conde Rafael, agitándose en la silla.

El joven pálido se había puesto encendido y se levantó desenvainando el puñal.

—¡Monseñor! ¡señores, por favor!—dijo Dolcina, lanzando un grito de terror que repitieron todas las mujeres.

—Vamos, explicaos, amigo mío—dijo Luca Dolci, levantándose á su vez y desenvainando el suyo.

—¡En guardia, messer!—dijo el poeta.

—A vuestras órdenes, caballero.

—Ahí tenéis mi guante—repuso el joven.

Y al mismo tiempo la aguda y brillante hoja de su puñal desapareció entre los pliegues de la capa con que Dolci se había hecho rápidamente un escudo.

—¡Tomad el mío!—replicó Luca.

Y al mismo tiempo su puñal, que balanceaba cogido por la punta entre el pulgar y el índice, fué á clavarse en medio de la frente del poeta; la sangre brotó bajo la pedrería incrustada en el pomo, y el joven cayó como aturdido por un mazazo.

Momento de agitación siguió al fatal desenlace de la disputa; pero en cuanto los criados sacaron al herido de la sala é hicieron aspirar esencias penetrantes á algunas mujeres que se habían desmayado, los comensales, como habituados á escenas de esta clase, comenzaron á hacer resonar de nuevo la galería con ruidosas carcajadas y confusas declaraciones de amor. Solamente D. José observó que en el momento en que el joven poeta cayó con la frente y el rostro ensangrentados, Luca Dolci palideció espantosamente y bebió de un trago enorme copa de vino.

—¡Bravo, Dolci!—exclamó D. José;—podiais

haberle picado en el corazón, y habéis preferido aturdirlo provisionalmente; ¡eso es muy laudable!

— ¡Bah! hablemos de otra cosa—contestó Dolci.—¿En qué consiste, señores, que no se encuentre aquí el caballero Miguel Gritti?

— Monseñor—dijo la Dolfina—soy tan curiosa que daría ahora mismo mi vida por saber dónde está ser Gritti y qué hace.

—¿Vuestra vida, señora? Pues me pertenece—repuso Luca levantándose—porque os lo diré muy pronto. ¿Venís, Frías?

—¿Dónde?

—En primer lugar, al palacio Gritti.

—Vamos todos allá—exclamó Rafael;—todos en nuestras góndolas, y tendremos cierto parecido con la flota de Cleopatra.

—¡Vamos!—dijo la Dolfina levantándose y blandiendo una antorcha:—imitadme, señores, ¡prendamos fuego al mar!

Cogiendo antorchas todos los convidados se precipitaron detrás de la Dolfina lanzando alegres gritos, y la brillante comitiva comenzó á bajar las escaleras como torrente de oro y diamantes.

Antes de llegar al borde de la laguna, el grupo aumentó con todos los que se encontraban en los jardines, y un momento después una flotilla de

innumerables góndolas surcaba el canal, cargada de multitud de caballeros, mujeres, flores y luces, lanzando entre el silencio de la ciudad dormida canciones y gritos de fiesta y reflejando hasta el fondo de las aguas los millares de antorchas que hacían brotar una selva submarina de cristalizaciones luminosas y radiantes columnatas.

Luca Dolci había saltado, durante el camino, de su góndola á la de la Dolfina, que bogaba á la cabeza.

—Así, pues, señora—le decía—es cosa convenida; si os hace traición, ¿nos amaremos?

—Sí, monseñor—contestó la cortesana, lanzando una carcajada según su costumbre.—¿Y cuánto tiempo?

—Preguntad á las estrellas cuánto tiempo brillarán. Apuesto á que no lo saben. ¿Vale por eso menos su resplandor?

La Dolfina comenzó otra carcajada que interrumpió bruscamente al ver en las gradas de Santa María Formosa dos siluetas gigantescas.

—¿Qué ocurre?—preguntó Dolci.

—Ocurre—contestó la Dolfina—que allá arriba están, como dos santos en sus nichos, el señor Gritti y el caballero Vespasiano.

La noticia circuló de góndola en góndola, y la

flotilla se detuvo. Al mismo tiempo se entreabrieron dos ventanas, una á cada lado del canal. Los cantos y los gritos cesaron, y la góndola de la Dolfina se acercó sola hasta el borde de la calzada.

—Acercaos, messer Miguel; tengo que hablaros—exclamó, la Dolfina subida á la proa de su barca y agitando la antorcha como un tirso.

Gritti bajó lentamente los peldaños de la escalinata y se acercó al canal.

—¿Qué queréis, hermosa?—dijo sin estrechar la mano que le tendía la Dolfina.

—Monseñor, en nombre del amor y de mi belleza, os intimo que me sigáis.

—Imposible, hija mía.

—¿De veras, monseñor?

—Muy de veras, querida.

—¡Ay!..... ¿Habré de tomar amante?

—Como gustéis.

—Gritti, ¡estrangularé con mis manos á la Contarini!

—Mala palabra para boca tan bella—dijo Gritti sonriendo.

—¡Ay! ¡yo os amaba!—repuso la Dolfina mandando á Gritti un beso con la mano y haciendo señal á los remeros para que bogasen.—Adiós, monseñor.

—¡Adiós, buena muchacha!—contestó Gritti.

—¡Volvamos á casa, señores!—exclamó la Dolfina colocándose á la cabeza de su cortejo flotante.

—¿A vuestra casa, hermosa dama?.....—murmuró Dolci al oído de la cortesana.

—¡Por las trescientas mil! noble Miguel—dijo Vespasiano á su amigo, que había vuelto á su lado.—Esa escena me ha partido el corazón.

—¡Bah! ¡bah! ¡Otras muchas habéis de ver! Si esa encantadora niña quiere, hombre soy para cantar misa mañana, y vos la cantaréis también, amigo mío.

—¡Yo cantaré el diablo y sus quinientos mil tridentes!

—¿Queréis, pues, que nos separemos, Vespasiano?

—Pero decidme—replicó Vespasiano con tono plañidero:—¿no es cosa cruel para un militar que ha combatido á los turcos durante diez años de su vida, venir á pasar la noche en el pórtico de una iglesia como un monaguillo? ¿No es esto ridículo?

—Vamos, amigo mío, dormid tranquilamente,—contestó Gritti envolviéndose en su capa y acostándose en el suelo.

—¡No, no dormiré! ¡mejor me pondré á bailar!

—Bailad, si os place.

—A fe mía que quisiera—dijo el desventurado caballero paseando precipitadamente por el pórtico;—á fe mía que quisiera viniese ahora mismo un tunante á reirse en mis barbas; le haría pasar un buen rato.

—Os advertiré—dijo Gritti—que alguien se ha acostado cerca de vos.

—¡Pronto! levantaos, Miguel—exclamó alegremente el caballero;—he aquí el alba, y he visto abrirse una ventana.

—En efecto—dijo Gritti levantándose precipitadamente y sacudiendo el polvo de la capa.

Los dos jóvenes bajaron entonces al borde del canal y saltaron á la góndola de Gritti que les esperaba. Pocos golpes de remo bastaron para llevarles al pie del palacio Contarini, del que estaba entreabierta una ventana: por entre el balaustre de mármol del balcón pasó una manita, cayendo á la góndola un ramillete. Gritti se lo llevó vivamente á los labios.

Pocos momentos después, otra góndola, guiada también por criado con librea patricia, avanzaba entre las brumas de la mañana, deslizándose cerca de la opuesta orilla.

—¡Baco y San Marcos! ¿estoy soñando?—exclamó Vespasiano.—¡Mirad, Miguel!

—¡Luca Dolci!—dijo Miguel lanzando un grito de sorpresa.

—Y D. José—añadió Vespasiano.—¡Borrachos como dos odres!

Luca y D. José estaban tendidos en el fondo de la góndola, y por la livida palidez de sus rostros se les hubiese creído cadáveres, á no ser por los convulsivos estremecimientos que les agitaban por momentos.

Los rastros de desenfrenada orgía, impresos en la alteración de sus facciones y en el desorden de sus trajes, formaban penoso contraste con el aspecto distinguido y delicado de sus personas.

—¡Triste espectáculo!—murmuró Miguel Gritti.

Cuando decía esto, la góndola de Luca se detuvo ante el palacio Giustiniani, cuya morisca fachada blanqueaban los primeros rayos del sol. Abrióse misteriosamente una ventana, y un ramillete cayó á los piés de Dolci. Recogiólo, saludó con la cabeza y volvió á caer inmóvil en el fondo de la góndola.

—Esta mañana llueven flores—dijo Vespasiano.—Pero ¿qué diabólica mano ha arrojado aquéllas?

—Diabólica, esa es la palabra—contestó Miguel.—Esa mano es de la Marquesa romana, la

Giustiniani, que habita ese palacio desde que murió su tío el Conde.

—¡Ah! dicen que es muy hermosa, messer.

—Extraordinariamente—contestó Miguel.

En aquel momento, cambiando de rumbo, se cruzaron las dos góndolas.

—Salud, señores—dijo Miguel cuando las barcas estuvieron bordo á bordo.

Luca y D. José se levantaron vacilando y saludaron.

—¿Puede saberse, messer Luca, de qué alegre sitio salís esta mañana?

—De casa de la Dolfina—contestó Luca—donde esperaba encontraros, señores.

—No, amables jóvenes: nosotros salimos de la iglesia, donde creíamos veros.

—Yo no voy á la iglesia ya—messer Miguel.

—Ni yo á casa de la Dolfina—messer Luca.

—Celebraré que obtengáis buen resultado, caballero.

—¡Muerte y demonio! siempre lo obtenemos, joven—exclamó Vespasiano;—me alegraré de que lo sepáis, y tengo el honor de desearos igual fortuna.

—¡Amén!—contestó D. José cuando las góndolas se separaron entrando cada una por distinto canal transversal.

VII.

LA ÚLTIMA CONDICIÓN.

A partir de aquella noche, sea que Luca Dolci hubiese cobrado gusto á su nueva vida, sea que le impulsase la violencia de su amor, siguió con ardimiento el camino que le había trazado la Marquesa.

A los dos meses no había juego extravagante que no hubiese jugado, orgía monstruosa con que no hubiese escandalizado la opinión pública, aventura que no hubiese paseado, mujer honrada que no hubiese comprometido, duelo de que no hubiese sido héroe implacable. Asombraba á todos, y hasta á D. José de Frias, la especie de crueldad que ostentaba Luca en su conducta, tanto en amor como en desafíos. Sus perfidias con las mujeres eran bárbaras, y en los combates ostentaba valor salvaje que rayaba en ferocidad. En vano se buscaban en él esas cualidades secundarias, pero brillantes, que algunas veces adornan los grandes vicios y casi hacen perdonarlos. Dolci se dedicaba al libertinaje con conciencia implacable; jugador sin freno y duelista sin generosidad, perseguía la

Giustiniani, que habita ese palacio desde que murió su tío el Conde.

—¡Ah! dicen que es muy hermosa, messer.

—Extraordinariamente—contestó Miguel.

En aquel momento, cambiando de rumbo, se cruzaron las dos góndolas.

—Salud, señores—dijo Miguel cuando las barcas estuvieron bordo á bordo.

Luca y D. José se levantaron vacilando y saludaron.

—¿Puede saberse, messer Luca, de qué alegre sitio salís esta mañana?

—De casa de la Dolfina—contestó Luca—donde esperaba encontraros, señores.

—No, amables jóvenes: nosotros salimos de la iglesia, donde creíamos veros.

—Yo no voy á la iglesia ya—messer Miguel.

—Ni yo á casa de la Dolfina—messer Luca.

—Celebraré que obtengáis buen resultado, caballero.

—¡Muerte y demonio! siempre lo obtenemos, joven—exclamó Vespasiano;—me alegraré de que lo sepáis, y tengo el honor de desearos igual fortuna.

—¡Amén!—contestó D. José cuando las góndolas se separaron entrando cada una por distinto canal transversal.

VII.

LA ÚLTIMA CONDICIÓN.

A partir de aquella noche, sea que Luca Dolci hubiese cobrado gusto á su nueva vida, sea que le impulsase la violencia de su amor, siguió con ardimiento el camino que le había trazado la Marquesa.

A los dos meses no había juego extravagante que no hubiese jugado, orgía monstruosa con que no hubiese escandalizado la opinión pública, aventura que no hubiese paseado, mujer honrada que no hubiese comprometido, duelo de que no hubiese sido héroe implacable. Asombraba á todos, y hasta á D. José de Frias, la especie de crueldad que ostentaba Luca en su conducta, tanto en amor como en desafíos. Sus perfidias con las mujeres eran bárbaras, y en los combates ostentaba valor salvaje que rayaba en ferocidad. En vano se buscaban en él esas cualidades secundarias, pero brillantes, que algunas veces adornan los grandes vicios y casi hacen perdonarlos. Dolci se dedicaba al libertinaje con conciencia implacable; jugador sin freno y duelista sin generosidad, perseguía la

suerte hasta el extremo y tiraba todas las estocadas á fondo. El mundo no podía atribuir esta conducta más que á natural dureza de corazón; pero, en opinión del joven español, Luca se esforzaba de intento en templar su alma tan vigorosamente, que pudiese llegar algún día á destrozar la de la Marquesa Onesta.

Pero D. José estaba reducido á conjeturas acerca de las disposiciones y sentimientos de Luca. Aunque continuaban los dos jóvenes habitando bajo el mismo techo, á consecuencia del cambio de su vida exterior habíanse alterado profundamente sus relaciones íntimas, pasando en silencio y casi con mutua desconfianza los escasos momentos de soledad que les dejaban los placeres de fuera. Cuando Dolci tenía un desafío, era cosa corriente que D. José le sirviése de segundo. Dos veces fué herido D. José, y Dolci veló muchas noches junto á su lecho; pero desde su última conversación, jamás cambiaron una palabra que pudiese aludir á las preocupaciones que evidentemente agobiaban sus espíritus.

Asombrábase la Marquesa de no haber vuelto á ver á su primo, de quien tanto se hablaba: el rumor público no la había dejado ignorar ningún detalle de la metamorfosis que había provocado.

Día por día había podido seguir los progresos de aquella profunda caída, cuyo último término con complacencia recordaba ser ella. Los triunfos de Luca, los gritos de celos, de odio ó de envidia que se alzaban en torno de su insolente reputación, eran, á los ojos de la Marquesa, dote que reunía su joven amante para pagar su persona, y este montón de orgullos quebrantados comenzaba á parecerle pedestal digno de ella. Pero aparte de esta ambición, medio satisfecha ya, y de su coquetería salvaje, el corazón de aquella mujer estaba impresionado ante la pasión extraordinaria que veía en el fondo de los extravíos de Luca. Recordaba al débil niño que un día cayó moribundo de amor á sus pies, y se preguntaba con interés y también con curiosidad qué había sido de la pureza de aquella frente en contacto con tantos alientos impúdicos, la virginidad de aquellos ojos al reflejo de tantas miradas corrompidas, y qué cambio extraño, en fin, habían impreso en aquella delicada fisonomía los aprendidos secretos de tantos impuros amores.—Así era la Marquesa, mujer honrada por otra parte.

Luca, entretanto, no daba á su prima ninguna señal de vida, y hasta se prevenía de modo que no lo encontrase en ninguna parte. Después de

dos meses de esperar con suma impaciencia, la Marquesa le escribió para que fuese á verla. El joven dió á la carta la siguiente contestación:

«Señora: Dentro de un mes, es decir, el 20 del próximo Noviembre, tendré el honor de presentarme en vuestra casa para arreglar amistosamente, si es posible, los asuntos de la herencia de nuestro tío. No me hago ilusiones, y sé que todavía no soy digno de vos. Hasta el presente sólo puedo inspiraros curiosidad, y aspiro á algo más. Por esta razón me resigno á permanecer aún por un mes vuestra respetuoso primo.»

No quedó contenta la Marquesa con esta contestación; estrujó violentamente la carta, y la arrojó al suelo; pero en seguida recogió el arrugado papel, lo leyó atentamente de nuevo y concluyó por guardarlo.

El mundo, que de todo se entera sin que se sepa cómo, había repetido algunas frases vagas relativamente á la pasión que la Marquesa Giustiniani había alentado por Miguel Gritti; pero la actitud de esta señora cuando se hablaba delante de ella de los amores de Miguel Gritti y Julia Contarini desmentía en absoluto los rumores. Bien fuese que real indiferencia relativamente al caballero hubiese sucedido á los violentos arre-

batos del odio que su desprecio había provocado al principio en el corazón de la dama, bien fuese que la tranquilizara alguna resolución sombría de cuyo resultado estuviese segura, la Marquesa acogía con plácida sonrisa todo lo que se hablaba relativamente á la conversión ejemplar de Miguel Gritti.

Solamente algunas veces decía con negligencia, al hablar de los dos amantes:

—Son demasiado dichosos; siempre he visto que el cielo no se complace en estas grandes felicidades usurpadas á las que él nos promete, y que tarde ó temprano se expían cruelmente.

Sin embargo, en la apariencia al menos, era felicidad bastante ordinaria aquella á que la Marquesa aludía.

Los amores de Miguel Gritti y de Julia, después de su romántico principio, habían seguido curso muy sencillo. La joven era muy prudente y muy diestra á su manera; no careciendo de la astucia que tienen igualmente todas las mujeres, siendo el primer instinto de las mejores como de las peores, y con tal que se sirvan de este instinto natural, como la abeja de su aguijón, para defenderse y no para atacar, necesario es resignarse á amar las astutas ó á no amar á ninguna. La co-

quetería no es en el fondo otra cosa que variación ingeniosa é infinita sobre el tema inocente del pudor, y quiero que me digan si el pudor, ese primer movimiento de las mujeres, no es en sí mismo astucia involuntaria y encantadora.

Julia, que era una de esas profundas pensadoras en las que las meditaciones de los largos ocios femeninos maduran muy pronto la delicadeza y tacto especial de este sexo, desde su primera entrevista con Gritti había comprendido que la coquetería más hábil para con aquel joven, hastiado pero generoso, sería no usar ninguna. Así, pues, aunque amenazando á Gritti con grandes pruebas, tomó desde el principio el prudente partido de no cansar la pasión de su amante con vanas humillaciones.

Pero el fanatismo religioso que se mezclaba al amor de la joven no le permitía perdonar á Gritti la especie de satisfacción de que fué teatro el peristilo de Santa María Formosa. Formal y sincera, en su ardor de conversión estaba empeñada en representar la parte del cielo relativamente á su amante, y no quería el amor del pecador sino después de la penitencia.

Sin embargo, á la mañana siguiente de aquella noche de prueba, cuando Gritti calculaba la dura-

ción probable de su vida de expiación, recibió un mensaje que le llamaba al palacio Contarini; y el joven, al mismo tiempo que se dirigía apresuradamente á él, tuvo la ingenuidad de inquietarse ante la aparente torpeza que veía en aquel paso de Julia.

—Porque es desgraciadamente cierto—se decía—que hasta la mujer más honrada y más hermosa necesita algo de coquetería caprichosa, y esto es precisamente lo que esa pobre niña ni siquiera sospecha.

Miguel olvidaba que aquella niña era una mujer, y que es necesario que una mujer sea completamente necia para no tener más agudeza que el hombre más agudo en asuntos del corazón.

Gritti encontró, como la víspera, á la señora Caracalla sobre su pedestal, y á Julia de rodillas sobre el tapiz tropical, obra indefinida de su anciana tía. La joven se ocupaba en desenredar madejas de seda que la galguita había pretendido dividir con las patas.

—¡Dios os bendiga, messer!—dijo la anciana señora.

—Ese deseo lo realiza vuestra querida presencia, señora, al mismo tiempo que os dignáis formar lo—contestó Gritti.

—Caballero, Julieta ha querido veros; siempre he reconocido en esta niña, no obstante su malicia, señales que me manifiestan que Dios la ama y hace que los ángeles la guien en su camino. Deseo que esto sirva de justificación á vuestros ojos por la debilidad que muestro por sus caprichos más extravagantes.

Ruborizóse Julia, y rechazando con ambas manos los rubios y sedosos bucles que cubrían sus mejillas,

—¡Tía, querida tía!—exclamó—¿acaso queréis demostrar á ser Miguel que son inconvenientes sus visitas? Escuchadme, messer, porque necesito daros una explicación: desde ayer he reflexionado mucho.... He reflexionado que debía ser muy cruel para un caballero que ciñe espada atravesar la ciudad de rodillas, por orden de una niña, aunque esto fuese á nombre del cielo y á vista del mismo, porque no es el cielo sólo quien lo ve; los hombres lo ven también, y esto es cruel, sí, muy cruel. Así, pues, he pensado que basta con el acto público de arrepentimiento de que Dios ha sido testigo esta noche. Y ahora.... ahora solamente os pido una cosa: así como habéis aprendido á conocer la vida de desorden y pecado, tened valor para vivir un poco tiempo en nuestra intimidad, el su-

ficiente para que podáis comparar y elegir. Esto es todo, messer; ya no os hablaré de más pruebas.... Verdad es que ésta será muy dura, puesto que habréis de vernos casi todos los días á mi tía Caracalla y á mí.... Pero, en último caso, el caballero ha sido soldado, á lo que creo.... ¿Sabéis el resultado que tendrá todo esto?.... Concluiréis por profesarnos verdadera amistad á las dos.—¡Vamos! ¡quieta, Fiamma! deja en paz á esos pobres pájaros; solamente tú en el mundo puedes tomar en serio los pájaros de mi tía....

Así hablaba Julia, interrumpiéndola de tiempo en tiempo conmovidas é inciertas palabras de Gritti, mezclando con chispeante viveza rasgos de entusiasmo con reflexiones graves, y verdadera delicadeza con afectada insensibilidad.

A partir de aquel día, Miguel Gritti comenzó á llevar en la intimidad de aquellas dos señoras vida llena de desconocidos encantos. Las gracias naturales y variadas de Julia, animando aquella casa, en la que la benévola austeridad de la anciana Contarini formaba el lado serio, hicieron experimentar ó presentir á Gritti la felicidad nueva para él, y tan grata al corazón, de la vida de familia. Su alma elevada y buena, como lo es la de los varones fuertes, comprendía que se encontraba

en el término de sus investigaciones: como esos brillantes insectos que revolotean largo tiempo en derredor de corolas envenenadas sin manchar sus antenas antes de llegar á la flor que contiene el rocío de miel, aquella alma escogida, después de haber tocado sin viciarse todos los placeres del mundo, reconocía al fin su centro y plegaba las alas.

Nada de esto agradaba al caballero Vespasiano, que había enronquecido á fuerza de jurar contra las jóvenes devotas, los rosarios, los frailes y el Santo Padre.—Un día le dijo Miguel Gritti que, por lo que le había dicho de él, la joven deseaba conocerle: Vespasiano juró, rugió y dijo que no iría, que jamás había podido dar honradamente la mano á una señora, y que toda lo echaría á rodar; pero concluyó por acompañar á Miguel á casa de la señorita Contarini. Julia, que de antemano apreciaba al caballero por lo que éste quería á Gritti, lo recibió con agasajo, preguntándole por sus campañas, felicitándole por su marcial aspecto, y suplicándole, por último, le permitiese llamarle en adelante su buen amigo. A pesar de sus terribles apariencias, Vespasiano no era de hierro, y al salir dijo á Gritti que aquella hermosa niña estaba hecha á la imagen de los serafines más hermosos de que había oído hablar en su infancia.

—En cuanto á la tía—añadió el caballero—no salgo de mi asombro por su pedestal, y sobre todo por su tapiz. ¿Qué plan puede tener, noble Miguel? Confieso que no puedo comprenderlo.

Al poco tiempo Miguel Gritti no pudo ir al palacio Contarini sin que le signiese el caballero Vespasiano, y á los pocos días el caballero había ocupado su puesto en aquella vida sin acontecimientos, pero llena de detalles encantadores, debidos á la fecunda é ingeniosa fantasía de Julia. El caballero Vespasiano tenía hermosa voz, que Julia descubrió complaciéndose en acompañarle al clave, porque tocaba este instrumento como la reina Isabel de Inglaterra. Frecuentemente, apoyado Gritti en el sillón de la anciana, á la que llamaba ya madre, pasaba largas veladas escuchando y contemplando á Julia y á Vespasiano, extraña pareja cuyos contrastes, así como su armoniosa unión, formaban ante sus ojos imagen querida de su propio destino. Algunas veces se afeminaba Vespasiano hasta el punto de tener las madejas á la señora Caracalla, y era de ver en estas circunstancias á la hermosa Julia palmotear y prodigar infantiles caricias al bravo caballero.

—¡Vamos, vamos, hija mía! —decía la señora.
—¡Qué niña! —añadía paternalmente Gritti,

riendo á pesar suyo del aspecto sandio y apurado de Vespasiano al querer defenderse de las amistosas chanzas de la joven.

Otros días los empleaban en paseos por el mar y en visitas á la isla de Torcello, donde tenían una quinta las Contarini. En estas ocasiones no era cosa rara que Julia, animada por la presencia de su amante, exaltada por la serena belleza de las noches italianas, por las frescas brisas marinas y por los perfumes de las próximas costas, comenzase á catequizar á los dos caballeros con cierta ternura melancólica. Sentábase sobre cojines amontonados en la proa de la barca, y los dos jóvenes se colocaban á sus pies, casi tendidos en el tapiz, y en tanto les explicaba las cosas de la religión con profundo fervor, en tanto se enternecía hasta derramar lágrimas al referirles ingenuas leyendas y milagrosas conversiones. La voz de la mujer amada que os habla en horas de silencio y misterio, bajo el cielo centelleante y en el majestuoso mar, tiene soberano y penetrante poder. Así, por efecto pues de estos sencillos relatos y tiernas enseñanzas, Gritti y el mismo Vespasiano adquirían mayor gravedad de espíritu, más gusto por la meditación y mayor inclinación hacia Dios.

Un día, el 6 de Noviembre, Julia estaba más

grave que de costumbre, y llamando aparte á Miguel Gritti, le dijo jugando con un pergamino sellado que tenía en la mano:

—¿Sabéis que el Dux es algo pariente mío por mi madre y que me quiere mucho?

—¿Quién no ha de quererlos, Julia?

—Es un anciano muy sabio—continuó diciendo Julia—y me ha aconsejado, messer, que no dé mi mano á un hombre que no tenga ocupación en el mundo. No os repetiré todas las razones que ha alegado; pero me han parecido tan convincentes, que decido permanecer soltera.

—¡Por Dios, señorita!.....—exclamó Miguel fuera de sí.

—Sí, decididamente—añadió Julia—hasta el día en que regreséis de Nápoles, á donde os envía la serenísima República á llevar un mensaje al virrey Duque de Osuna. Aquí tenéis vuestras cartas credenciales, señor embajador—continuó diciendo la joven, entregando el pergamino sellado.—El Dux, á quien iréis á ver en seguida, os dirá lo demás. ¡Así empezarán vuestras ocupaciones! ¡Oh! ni una palabra, messer, ni una palabra de despedida sobre todo. Odio mortalmente las despedidas. Dentro de quince días podéis estar de regreso, y entonces....

Julia vaciló.

—¿Y entonces, querida niña?—preguntó Gritti mirando á Julia con profunda emoción.

—Entonces, messer—repuso lentamente y bajando la cabeza á medida que hablaba—entonces vuestra amiga será.... vuestra esposa....

Y Julia huyó como culpable hacia la puerta de la sala; pero cuando tenía ya el portier levantado, se volvió de pronto y mandó con la mano un beso á su amante.

Aquella misma noche Miguel Gritti, acompañado del caballero Vespasiano en calidad de secretario, se puso en camino para el reino de Nápoles.

Entretanto la Marquesa Onesta, desde que recibió de Luca Dolci la fría y casi irónica respuesta que conocemos, vivía en extraordinaria agitación de espíritu, comprendiendo que no gozaría de tranquilidad hasta que conociese los sentimientos de su primo relativamente á ella, y conociendo á la vez que por su propia imprudencia había llegado al punto, si no de amar al joven, al menos á dar importancia suma á ser amada por él. Deploraba amargamente haber dejado á un hombre tomar aquel imperio sobre su pensamiento y su vida; pero era ya tarde para impedirlo. A toda

costa quería ver á Luca, y en la impaciencia febril con que esperaba el día que fijó su primo para la entrevista, agitábanse mil confusos sentimientos, deseo de venganza mezclado con ardiente curiosidad, y tal vez por encima de todo una pasión más tierna que no quería confesarse la orgullosa Marquesa.

Al fin llegó el día 20 de Noviembre. En toda la noche anterior no pudo cerrar los ojos la Marquesa. Las horas de aquel día pasaron para ella como pasan todas las horas en que se espera, mortalmente lentas para el placer, cruelmente rápidas para el dolor. Llegó la tarde, llegó la noche, y Luca Dolci no parecía. Entonces no esperó ya, y sombría desesperación siguió á las emociones del despecho, de incertidumbre y de cólera que la habían agitado durante el día. Eran las diez; decidida la Marquesa á ocupar, en cuanto le fuese posible, una noche que presentía había de ser de insomnio, pasó á un salón inmenso que en otro tiempo servía de biblioteca á su tío el Conde. Mandó encender la chimenea, y en seguida, sacando al azar de los polvorientos estantes un libro con grapones de plata, sentóse junto al fuego. Colocado sobre la alta chimenea, alumbraba la estancia un candelabro con varias bujías. La Mar-

quesa, con el libro sobre las rodillas y apoyada la cabeza en la mano izquierda, abrió los grapones con indolencia; pero las primeras palabras que leyó despertaron poderosamente su atención. Era un tratado de apariciones sobrenaturales ocurridas en diferentes puntos. Con involuntario movimiento levantó Onesta la cabeza y miró en derredor y á los oscuros rincones de la antigua sala; hecho lo cual, sonrió y continuó hojeando el libro. Satisfecha con haber encontrado ocupación bastante fuerte para distraer sus pensamientos, absorbióse en la lectura y concluyó por prestar interés á aquellos lúgubres relatos escritos con simpática buena fe. Cuando seguía con profunda emoción los detalles misteriosos y terribles de una antigua leyenda alemana, parecióla oír de pronto cerca de ella extraño ruido: á ciertas horas, y cuando el espíritu se encuentra impresionado, los ruidos que oímos en derredor no tienen nada de humanos. La Marquesa miró no sin miedo hacia el punto donde había sonado el rumor, y vió delante de ella, de pié contra el portier, á Luca Dolce mirándola. Lanzando entonces ligero grito, levantóse bruscamente, y el libro de las leyendas cayó al suelo.

—¡Yo soy, prima!—dijo Luca con voz cuyo aire y casi sarcástica sonoridad podía ayudar á la ilu-

sión que retenía aún á la Marquesa en el mundo sobrenatural.

Onesta no respondió, absorta completamente como estaba en la contemplación tan inesperada de aquel joven que ella había entregado puro é inocente á las pasiones del mundo, y que el mundo le devolvía cargado con celebridad voluptuosa y sangrienta. La vida de desórdenes no había alterado la belleza de Luca Dolce, pero había cambiado su carácter. La dulce finura de sus facciones había llegado á ser, por decirlo así, acerada; los contornos de su pálido rostro habían perdido la ingenuidad, pero habían ganado en atrevimiento. Parece que la inocencia extiende en derredor de un hermoso rostro, como la luz del día de verano sobre la Naturaleza, un no sé qué de vago y vaporoso que dulcifica los ángulos y tempera la crudeza de los contornos. Las facciones de Luca estaban despojadas de esta especie de aureola ó de atmósfera virginal, mostrándose fríamente recortadas, por análogo efecto al que dibuja sobre el cielo con mayor dureza las líneas de un paisaje á la caída de la tarde. Á través de sus largas pestañas, siempre semiinclinadas, brillaba su mirada fría y penetrante como hoja de acero al salir de vaina de terciopelo. Sus

labios adelgazados parecían apretados por contracción habitual, dándole aspecto de resolución meditada y firme. Nada, en último caso, podía explicar los prodigios de aquel joven para con las mujeres, como la extrañeza en cierto modo provocativa de su semblante, en el que se descubrían aún los rastros de delicadeza y dulzura femeninas bajo la expresión casi feroz que le habían impreso las costumbres de insolente libertinaje.

—Yo soy, prima—repitió Luca Dolci después de dar tiempo á la Marquesa para que apreciase los cambios que había sufrido su persona;—no me hacíais el favor de esperarme, puesto que tan maravillada os veo.

—Perdonad, primo—contestó Onesta—os esperaba..... Es decir, no, no os esperaba..... En último caso, no lo sé. Leía. Sentaos. Como véis, he mandado encender fuego: ¿sabéis que el frío es precoz este año?

—¡Bah!—dijo Luca sentándose indolentemente delante de su prima;—me esperabais.

—¡Muy presumido os habéis hecho, primo!—contestó la Marquesa procurando sonreír.

—¡Dios mío, no!—dijo Dolci recogiendo el libro y soprándolo para quitarle el polvo; hecho lo cual, lo colocó sobre la mesa.

Reinó entonces un momento de silencio, durante el cual permaneció cabizbajo Luca Dolci, mirando vagamente al hogar. La Marquesa jugaba con los graponos del libro, que había vuelto á coger.

—¿Habéis observado alguna vez, señora—dijo de pronto Luca levantando la cabeza—que las cosas son más fuertes que los hombres?

—Me cuido poco de eso, messer.

—Es locura, querida prima, decir: «En tal época haré tal ó cual cosa.» Deberíamos decir: «Las cosas harán de mí esto ó lo otro.» Esto es más seguro.

—Lo cual viene á decirme que el hombre no es más que hombre—dijo la Marquesa—y que las cosas son el poder de Dios. Ya lo sabía.

—¿El poder de Dios, Marquesa?

—Sin duda.

—Como gustéis.—¿Estabais leyendo un libro de filosofía? ¡Vive Jesús! ¡hacíais bien! No hay nadie que no se alegre de tener en ciertos momentos algunos átomos de filosofía en el cerebro. La filosofía, prima, es cosa que encuentra de seguro su agujero como la bala de una pistola. ¿Sin duda sabéis tirar la pistola, señora?

La Marquesa se levantó bruscamente con el seno

agitado y temblorosos los labios, diciendo con voz breve á Luca:

—¿Queréis decirme, messer Luca, qué juego estamos jugando?

Luca se había levantado también, y permaneció durante algunos segundos inmóvil, fijando en su prima incisiva y glacial mirada; enseguida, por efecto de repentino cambio, variaron de expresión sus facciones, relámpago abrasador de pasión brilló en sus ojos enternecidos, atrajo furiosamente á la Marquesa sobre su pecho y apoyó los labios en la boca de la joven, que se estremeció y echó atrás ante aquel beso, pero no para huir, porque Luca sintió que se lo devolvía. Viéndola desvanecida y casi sin conocimiento, la dejó caer blandamente en el sillón, y arrodillándose delante de ella:

—¡Qué hermosa y altiva sois!—dijo—¡cuánto os amo!

La Marquesa se inclinó entonces hacia él, miróle algún tiempo en silencio, y cogiéndole de pronto la cabeza entre las manos con febril energía:

—¿De veras?—dijo—¿de veras?

—¡Bien lo véis, alma mía! Quise asustaros al principio, y he sido yo quien ha tenido miedo;

he querido haceros dudar, y yo soy á quien la duda arroja á vuestros pies. Lejos de vos, señora, soy altivo, desdeñoso y vencedor; pero aquí, delante de vuestra sublime belleza, por mucho que haya hecho y sufrido por ella, pareceme que continúa siendo inmenso el abismo que nos separa y que solamente vuestro amor puede llenarlo.

—¡Luca!—murmuró la Marquesa rozando con los labios y su abrasador aliento la frente del joven.

Pero en seguida, y antes de que hubiese podido pensar en retenerla, retiró el sillón y se colocó á seis pasos de él. Dolci se levantó estupefacto.

—Luca—añadió la Marquesa—no os acerquéis. Decís que soy altiva; es verdad, y á causa de ello no quiero ser amante de nadie, ni siquiera de vos. Y en cuanto á ser vuestra esposa—dijo aquella singular mujer bajando los ojos con confusión—ahora soy yo indigna de vos.

—¿Qué ocurre, pues?—preguntó Luca, que, mordiéndose los labios hasta brotar sangre, recordaba poco á poco su aspecto impasible.

—Ocurre que he sido imprudente y loca. Tal vez me amáis hoy lo bastante para casaros conmigo á pesar de mi falta; pero llegaría un tiempo

en que causaría vuestra desgracia y mi muerte.

—¿Habéis dicho vuestra falta?

—¡Sí, mi falta! ¡falta y vergüenza!—contestó amargamente la Marquesa—porque existe un hombre á quien he dicho que le amaba, que no se ha cuidado de ello, y que podría vanagloriarse diciendo que os habíais casado con el objeto de su desprecio.

—¡Sangre y muerte! ¿quién es?—preguntó Luca.

—El noble prometido de Julia Contarini.

—¡Miguel Gritti!

—Sí, Luca, el prometido de Julia Contarini, la única mujer tal vez que no habéis pensado en marcar con el sello de vuestra conquista, primo mío.

Tan evidente parecía la provocación que encerraban estas palabras, que Luca Dolci interrogó largo espacio á la Marquesa con la mirada para saber hasta qué punto acababa de ser juguete de una astucia infame, de una comedia de pasión inspirada por el espíritu de venganza. Pero la Marquesa, ora encorvase su frente la humildad ó la hipocresía, ora real desesperación ú odioso cálculo agitase su seno, permanecía impenetrable.

—Así, pues—dijo Luca haciendo con la cabeza y la mano el gesto de quien se abandona á un

destino más fuerte que él—así, pues, ¿ese obstáculo es el último entre nosotros?

—El último, Luca, pero invencible.

—¿Y si mato á ese hombre?

—¡Tú, tú, niño!—exclamó la Marquesa.—¿Sabéis de quién habláis? ¿Comprendéis lo que decís?

—Sí, prima; pienso en todo y lo comprendo todo. Pero os amo con terrible pasión. No temáis censuras de mi parte. Decidme en seguida si en el caso de que sobreviva seréis mi esposa.

—¡Tu esposa! ¡tu amante! ¡tu sierva, Luca mío! ¡Porque eres más fuerte y más grande que todos ellos, y te amo! Pero es necesario, y tú lo comprendes como yo, que ese hombre orgulloso no pueda burlarse de nuestros amores y de nosotros.

—No, no, sin duda—contestó fríamente Dolci.

—Llamad en seguida á Fra Mozzo.

Asombrada la Marquesa, sonó tres veces el timbre.

—Muy bien—dijo Luca;—un fraile que obedece á la misma señal que los lacayos; eso es lo que se necesita.

Fra Mozzo entró.

—Prima—continuó Luca—haced el favor de decir á este buen padre que lo que voy á hacer es en servicio vuestro.

—Sí, padre mío, haced lo que os diga messer Luca Dolci. Ya le habéis visto aquí otras veces, y debéis recordar que es un joven digno y piadoso.

Fra Mozzo estornudó. Sin duda tenía noticias más exactas relativamente á Dolci.

—Os lo mando—añadió la Marquesa.

—¿Sabéis por casualidad, reverendo padre—dijo Luca—si ha regresado de Nápoles ser Miguel Gritti?

—No; pero se le aguarda de un día á otro—contestó el fraile—para celebrar su matrimonio con la signorina Contarini.

—En ese caso, no perdamos tiempo. Adiós, prima. No me ofrecéis vuestra hermosa mano, señora; no es hora esta de enternecerse. Venid, padre.

Luca Dolci salió del palacio seguido de Fra Mozzo: en la parte inferior de la escalinata estaba amarrada una góndola, y en ella entró el joven con el fraile.

VIII.

EL INSULTO.

Luca Dolci se sentó, pensativo y silencioso; Fra Mozzo se colocó enfrente de él. El aire de la noche era frío y silbaba tristemente, viniendo del mar. La ciudad se dormía, y apenas de tiempo en tiempo alguna góndola retrasada, negra silueta con un ojo de fuego, se deslizaba por los canales. En la débil luz que reflejaba el farol en el rojo terciopelo del interior de la cámara, veía flotar Fra Mozzo, en fantástica atmósfera, las pálidas facciones de su compañero. Violento estremecimiento corrió por todos los miembros del fraile, que se caló la capucha para sustraerse á aquella aparición continua.

Desembarcaron en la ribera de los Eselavones, y Luca Dolci, haciendo sentar á su lado al fraile en una grada del muelle, comenzó á hablarle en voz baja. El gondolero no pudo oír nada de lo que le decía, pero observó que el joven mostraba con insistencia al fraile la segunda casa de la calzada; observó además, durante la conversación, que el fraile estornudó con frecuencia, lo que el gondolero atribuyó á la frialdad del aire. Al cabo de un

—Sí, padre mío, haced lo que os diga messer Luca Dolci. Ya le habéis visto aquí otras veces, y debéis recordar que es un joven digno y piadoso.

Fra Mozzo estornudó. Sin duda tenía noticias más exactas relativamente á Dolci.

—Os lo mando—añadió la Marquesa.

—¿Sabéis por casualidad, reverendo padre—dijo Luca—si ha regresado de Nápoles ser Miguel Gritti?

—No; pero se le aguarda de un día á otro—contestó el fraile—para celebrar su matrimonio con la signorina Contarini.

—En ese caso, no perdamos tiempo. Adiós, prima. No me ofrecéis vuestra hermosa mano, señora; no es hora esta de enternecerse. Venid, padre.

Luca Dolci salió del palacio seguido de Fra Mozzo: en la parte inferior de la escalinata estaba amarrada una góndola, y en ella entró el joven con el fraile.

VIII.

EL INSULTO.

Luca Dolci se sentó, pensativo y silencioso; Fra Mozzo se colocó enfrente de él. El aire de la noche era frío y silbaba tristemente, viniendo del mar. La ciudad se dormía, y apenas de tiempo en tiempo alguna góndola retrasada, negra silueta con un ojo de fuego, se deslizaba por los canales. En la débil luz que reflejaba el farol en el rojo terciopelo del interior de la cámara, veía flotar Fra Mozzo, en fantástica atmósfera, las pálidas facciones de su compañero. Violento estremecimiento corrió por todos los miembros del fraile, que se caló la capucha para sustraerse á aquella aparición continua.

Desembarcaron en la ribera de los Esclavones, y Luca Dolci, haciendo sentar á su lado al fraile en una grada del muelle, comenzó á hablarle en voz baja. El gondolero no pudo oír nada de lo que le decía, pero observó que el joven mostraba con insistencia al fraile la segunda casa de la calzada; observó además, durante la conversación, que el fraile estornudó con frecuencia, lo que el gondolero atribuyó á la frialdad del aire. Al cabo de un

cuarto de hora, Fra Mozzo entró solo en la góndola.

—Al palacio Contarini—dijo Luca Dolei.

En cuanto partió la góndola, marchó Luca á la casa que había señalado tantas veces al fraile; llamó á la puerta, abrióle D. José, y entró.

No había recorrido el gondolero la mitad de la carrera, cuando le llamó el fraile.

—¿Qué ocurre, padre?—dijo el buen hombre volviéndose.

Tan lívido le pareció el rostro del fraile asomado á la ventanita de la cámara, que añadió con viveza:

—¿Estáis malo, reverendo padre?

—No, no, hijo mío—contestó Fra Mozzo;—solamente quería decirte que no vayas tan de prisa; la noche está negra como el pecado, y podría estrellarse la góndola sin poder evitarlo.

—Tranquilizaos, padre, conozco el camino—contestó el gondolero empuñando el remo.

Fra Mozzo, á pesar de que Luca nada le había dicho de sus proyectos, comprendía por infalible presentimiento de conciencia que iba á servir de instrumento á alguna obra reprobada. Su egoísmo y debilidad de carácter le sometían al ascendiente de la Marquesa y á las instrucciones de Luca,

como el buen musulmán se somete á la fatalidad; pero lo mismo que todos los caracteres enfermos de su clase, quería ganar tiempo, esperando ganar valor.

Eran las once y media (no contamos las horas venecianas por no confundir las ideas del lector) cuando llegó Fra Mozzo á la puerta del palacio Contarini. El gondolero, á quien encargó le esperase, en cuanto le vió en la escalinata, hizo fuerza de remo y se perdió en el dedalo de los canales laterales: al buen hombre no le había pagado; pero prefería la pérdida á verse mezclado en alguna aventura de mal género, como la que presentía en vista de los sospechosos movimientos de los dos pasajeros.

Un criado anciano, llamado Beppe, el mismo que había servido de confidente á Julia al principio de sus amores, acudió á abrir la puerta á Fra Mozzo. A pesar de lo avanzado de la hora, y en contra de su costumbre, Julia velaba aún, porque esperaba el próximo regreso de Miguel Gritti y quería terminar una gola á la francesa que estaba bordando para él. Enterada de que quería hablarla inmediatamente un fraile, mandó introducirle sin vacilar, y la desgracia quiso que Julia hubiese visto muchas veces á Fra Mozzo en Santa María Formosa,

de manera que le reconoció, no ocurriéndole por tanto duda alguna acerca de la sinceridad del fraile y de la verdad de su traje.

—Bien venido seáis á cualquier hora, padre mío—dijo la joven.—Tengo el sentimiento de deciros que mi tía se retiró hace ya tiempo y está durmiendo sin duda. Pero si venís para asuntos de la iglesia ó de los pobres, me agradecerá que la despierte.

—Hija mía—contestó Fra Mozzo—me envían á vos sola, y deseo estar solo con vos.

El criado se retiró.

—Hablad, padre—dijo Julia.—¡Pero estáis temblando!..... ¿Tenéis frío?..... ¿Estáis malo? ¡Dios mío! ¿venís á anunciarme alguna desgracia?

—Sí, hija mía, una desgracia: vos lo habéis dicho.

—¡Miguel!.....—exclamó la pobre niña dando un paso hacia el fraile.

—Hija mía, poned vuestra confianza en el que no engaña jamás.

—¡En nombre del cielo de que habláis, no me atormentéis más, padre mío!..... ¡Tengo valor, con el auxilio de Dios!—¿Ha muerto ser Miguel Gritti, padre, ó me ha hecho traición?

—Os ha hecho traición, señorita, y va á morir.

Al escuchar estas palabras quedó Julia inmóvil, con los labios entreabiertos y sin poder hablar, y en seguida miró al fraile de pies á cabeza cual si buscara pretexto para dudar de su veracidad. Al fin lanzó desgarrador grito, sus lágrimas mancharon la blanca gola que tenía aún en la mano, cayó de rodillas y oró llorando durante algunos minutos con la frente en el suelo.

En seguida se levantó más tranquila.

—Ahora, padre mío—dijo—contádmelo todo.

—Hija mía—dijo Fra Mozzo temblándole todos los miembros—hace dos días que está en Venecia ser Miguel Gritti, á pesar de que lo ignoráis. Esta misma noche lo ha herido mortalmente un caballero de quien era rival con la Marquesa Onesta Giustiniani, y el pobre joven rehusa reconciliarse con el cielo, á causa de vos, hija mía, á quien dice ha ofendido mortalmente y cuyo perdón no puede ni quiere obtener. Viéndole en tan suprema miseria, su amigo el caballero Vespasiano, á quien conocéis, me envía secretamente á vos con objeto de recomendar al pecador moribundo á vuestra misericordia, que debe preceder á la de Dios.

Así habló Fra Mozzo, repitiendo rápidamente palabra por palabra el mensaje que le había confiado Luca Dolci.

Julia le escuchó con aparente calma, pero agitábanla violentos estremecimientos como si á cada momento se rompiese algo en su interior.

—Gracias, padre mío, gracias. Habéis hecho bien en venir. Os sigo. Guiadme; Beppo nos acompañará.

Julia se echó un manto sobre los hombros, y el viejo criado, sin atreverse á preguntar, salió del palacio detrás de su señora y del fraile.

—¿A dónde vamos, padre?—preguntó Julia.

—Á la ribera de los Esclavones, segunda casa de este lado. Me espera una góndola.

Pero, como sabemos, la góndola había desaparecido, y Julia no quiso despertar á los gondoleros de su palacio, temiendo se alarmase su tía. Partió, pues, á pie, atravesando calzadas y puentes con tal precipitación, que apenas podían seguirla Beppo y Fra Mozzo. Á mitad del camino próximamente se encontraba Julia cuando creyó oír ahogado grito á cierta distancia á su espalda. Volvióse y no vió á Beppo ni á Fra Mozzo. Quiso llamar; pero tan espantosa angustia oprimía su garganta, que sus labios no pudieron articular sonidos. Entonces, mirando con terror la profunda oscuridad de calles y canales, ensordecida por la desolada voz de la brisa de media noche, la joven

sintió que se doblegaba su alma bajo el peso de su dolor, aumentado con la soledad. Solamente Dios pudo ver la mirada de profunda angustia que dirigió al cielo antes de desfallecer. Pero sin duda vió aquella mirada, porque en seguida oyó Julia ruido de pasos y vió llegar al puente en que se había parado á Beppo y al fraile, que venían corriendo.

—¿Qué ha ocurrido?—exclamó.

—Nada, nada, señorita—contestó Beppo;—he caído, y el buen padre me ha ayudado á levantar; esto nos ha retrasado un poco.

Julia emprendió entonces su rápida marcha, y pocos minutos después llamaba á la puerta de la casa de la ribera de los Esclavones, abriendo una matrona con largas tocas.

—¡Benditos sean el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, señora!—dijo la vieja;—os esperan como á la paloma del arca.

—Buena madre—preguntó Julia—¿dónde está el que me espera?

Y diciendo esto, entró, siguiéndola el fraile y Beppo.

—Por aquí, por aquí—dijo la vieja marchando con una lámpara en la mano delante de Julia, que iba recobrando la tranquilidad á medida que se

acercaba el momento más cruel; porque á los seres delicados y sensibles Dios dispensa la gracia de enviarles en las horas solemnes del peligro no sé qué paz de corazón que reemplaza y frecuentemente sobrepuja á la firmeza muscular más enérgica.

—Señora—dijo la vieja—el señor Vespasiano desea que el digno fraile entre solo con vos.

Julia hizo una señal con la mano á Beppo, que quedó en el vestíbulo, mientras que el fraile seguía á las dos mujeres.

Después de atravesar dos ó tres habitaciones, la vieja introdujo á Julia en un salón en cuyo extremo se veía una puerta cubierta con un tapiz. En aquel momento, bien por casualidad, bien de intento, la vieja dejó caer la lámpara, que se apagó. Julia sintió entonces en la oscuridad que una mano cogía la suya, y oyó una voz que creyó la de Vespasiano, decirle al oído:

—Venid, señora; á Dios gracias, aun es tiempo.

En seguida levantó aquel hombre el tapiz, abrió la puerta que estaba al extremo de la sala, y Julia se encontró de pronto en una habitación iluminada, en cuyo centro y en derredor de una mesa bebían una docena de personas entre mujeres y caballeros.

Ante aquel espectáculo la joven lanzó un grito de sorpresa y dió un paso hacia atrás; pero Luca Dolci retuvo su mano y alzando la voz:

—Amigos míos—dijo—os prometí presentaros esta noche á mi nueva querida, y aquí la tenéis: ¿qué os parece?

Murmullo de asombro contestó á la presentación, y entre los comensales circuló el nombre de Julia Contarini.

Inmóvil, reconcentrada en sí misma y con los ojos extraviados permaneció Julia durante algunos momentos sin poder hablar, hasta que de pronto dijo:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿qué es esto?

Y volviéndose hacia Fra Mozzo, que permanecía cerca de la puerta muy inclinado á causa de la hipocresía ó de la vergüenza:

—¡Padre! contestad: ¿dónde me habéis traído?..... Pero toda esa horrible historia..... ¡mentáis!..... ¡Ay, Dios mío! ¡gracias, gracias si ese hombre ha mentado!.....

—Perdonad, señoras—dijo Luca;—esta querida niña solamente tiene un defecto: el de fingirse loca por momentos. Ninguna hay tan alegre como ella. Vamos, hermosa mía, ven á sentarte con estas señoras, y mañana lloraremos despacio.....

También tengo yo esa costumbre después de las noches de amor.

Julia se arrancó violentamente de los brazos de Luca, y le dijo mirándole frente á frente:

—¿Qué miserable loco sois vos, caballero?

—¡Vamos!—exclamó el Conde de Angelmonte desde su silla;—¡haced las paces, angelitos! ¡Ea, niña, bebed una copita para tranquilizaros, y en seguida hablaremos como amigos.

—Mirad, hija mía, todo eso es pura niñada—dijo la Dolcina con su gravedad ordinaria;—venid y sentaos aquí. ¡Por las trescientas mil! como decía Vespasiano, ¿de qué os quejáis? ¿De que tenéis aquí una docena de testigos de vuestra felicidad? Porque lo es verdaderamente, y no muy común, la de tener por amante á ese demonio, hermoso como un ángel.

—¿Qué mujer es esa?—dijo Julia.

—Sois impertinente, tesoro mío—repuso la Dolcina. — Sin embargo, á vuestra salud, porque no soy quisquillosa.

—Lo que más me divierte—dijo un caballero—es el fraile. ¿Qué diablo hace allí? Parece un caracol replegado bajo su concha. ¡Fraile, enséñanos los cuernos! ¡Bravo fraile! ¡bravo toro! como dice el español.

Y cada comensal á su vez lanzó su chiste de borracho en inmunda porfia: solamente D. José guardaba silencio.

Recobrada Julia entretanto de su primera sorpresa, comenzaba á comprender la naturaleza del lazo en que había caído; estremeciöse, y todo su cuerpo tembló ante la idea de que su sola presencia en aquella casa había de ser deshonra pública, de la que no habría otro testimonio que el suyo para disculparla ante los ojos de Miguel Gritti. Llevöse con viveza las dos manos á las sienes cual si sintiese que perdía la razón, y se precipitó hacia la puerta gritando:

—¡Beppo! ¡Beppo! ¡á mí! ¡socorro!

—¡Sangre de Belcebú! Señorita, hace un momento erais más razonable. Pero sabed que todas esas hipocresías á nadie engañan aquí. Vamos, niña—continuó diciendo Luca, mientras que Julia, aterrada, huía delante de él entre las carcajadas de los de la mesa;—vamos, no conseguiréis que me enoje (y no tengo carácter muy paciente), porque estáis encantadora con vuestro fingido terror; pero un beso de esos hermosos labios nos va á reconciliar como dos tortolillas.

Al terminar estas palabras, Luca Dolci estrechaba ya en sus brazos á la joven, que, sintiendo la

abandonaban las fuerzas, balbuceó con loco terror:

—¡Perdida!..... ¡perdida! ¡Oh, Gritti!

En aquel momento el fraile, que durante toda esta escena no había abandonado su humilde actitud, se lanzó desde el punto en que estaba, y cogiendo con la mano izquierda á Luca Dolci que le volvía la espalda, lo abofeteó con la derecha con violencia tal, que el joven, soltando su presa, fué á chocar con la cabeza contra la pared.

En seguida, pasando un brazo en derredor de la cintura de Julia, se echó atrás la capucha y mostró al que acababa de castigar y á todos los comensales, estupefactos, el noble rostro, terrible en aquel momento, de Miguel Gritti.

Transcurrió entonces un momento de profundo terror, durante el cual lloraba Julia, reclinada en el pecho de su amante. Todos los caballeros estaban en pie. Luca, apoyado en la pared, jadeante, con la boca entreabierta y silbando su aliento entre los dientes.

Miguel Gritti fué el primero que habló:

—¡Hola!—gritó;—¡caballero!

En el acto se abrió la puerta y entró el caballero Vespasiano, calado el sombrero, contra su costumbre de extremada cortesía. Cerrada la puerta, se apoyó en ella con los brazos cruzados.

—Señores — dijo Gritti — no os extrañe que llame al caballero; puesto que me encuentro en casa de un cobarde, puedo suponer que estoy en la de un asesino.

—¡Y supones bien! — exclamó Luca tirando de la espada.

Pero antes de que diese un paso, le sujetó el poderoso brazo de Vespasiano, que le cogió la mano y le quitó gravemente la espada. Don José hizo un movimiento para lanzarse en auxilio de Dolci; pero Angelmonte y otros dos ó tres caballeros le contuvieron.

—He tenido mucha paciencia—continuó diciéndolo Miguel Gritti—y pido humildemente perdón á esta señorita. Pero en verdad, hubiese creído ofender al cielo, que ha criado á ese hombre, si hubiese osado prever hasta qué grado de infamia llegaría. Ahora debo decir que comprendo el vicio y la corrupción y el crimen; pero de lo que acabáis de hacer, joven, no tenía yo idea. Caballero—continuó diciendo con energía—estabais de espaldas cuando os he abofeteado.....

—¡Miserable!—rugía Luca.

—Me volvíais la espalda y os he abofeteado—continuó violentamente Gritti;—los que me conocen, y aquí veo más de uno, os dirán que jamás, ni

en la guerra, ni siquiera en la caza — ¡y reían de ello! — he atacado á mi enemigo por la espalda. Pero el escrúpulo que sentía ante un pagano, un bandido y hasta una fiera, no lo he sentido ante vos. ¡Para acciones como lo vuestra, la muerte no es bastante castigo! Si no hubierais sido más que criminal y feroz, juro á Dios que os hubiera rogado me mirárais á la cara antes de tocaros; pero sois vil, y por eso os he escrito esta palabra en la mejilla; os he deshonrado y mareado públicamente en el rostro. ¡Muerto ó vivo, desde este momento lleváis la infamia en la cara! Tenedlo así entendido, porque yo explico todo lo que hago. — Ahora, Vespasiano, quedaos aquí para escuchar lo que ese hombre tenga que deciros. — Venid, señorina.

Y Miguel Gritti salió de la sala, llevando, más bien que guiando, á Julia medio desmayada. Beppo se reunió á ellos, y los tres se encaminaron al palacio Contarini.

La frescura del aire ayudó poco á poco á Julia á recobrar el conocimiento, y Miguel, á quien abrumaba á preguntas, le refirió que, habiendo llegado aquella misma noche y no atreviéndose á presentarse á ella en hora tan avanzada, quiso al menos pasar bajo las ventanas del palacio. Al acercarse con Vespasiano, la vió salir con Beppo y el fraile;

asombrados é inquietos los dos caballeros, la siguieron, y pudieron interrogar á Beppo sin que ella lo notase, gracias á lo que se había adelantado. Habiendo querido huir Fra Mozzo durante la explicación, Vespasiano le rompió la cabeza con el pomo de la espada; Gritti se disfrazó con el hábito de aquel malvado, y continuó la aventura hasta el fin, habiendo conseguido con gran trabajo disimular su elevada estatura haciéndose el humilde.

En seguida Beppo, después de amordazar á la vieja, introdujo al caballero Vespasiano en la casa.

Habiendo perdido Julia el conocimiento durante la escena que siguió á la aparición de Gritti, ignoraba lo que había ocurrido, y preguntó por qué no venía con ellos Vespasiano, contestando Gritti que el caballero se había quedado en la casa para explicar el asunto á los que no estaban enterados del indigno complot de Luca.

—¿Pero ese miserable joven no querrá reparación por la afrenta que le habéis inferido?— preguntó Julia.

—No se atreverá—contestó Gritti sonriendo;— por otra parte, habréis podido observar, Julieta, que es un niño; lo desarmaría con una varilla.

No ignoraba Gritti que Luca era la mejor es-

pada de Venecia; pero no quería turbar el espíritu de la pobre niña con otra inquietud.

Habían llegado á la puerta del palacio, y los dos amantes se separaron después de hacer prometer Julia á Miguel que iría temprano á la mañana siguiente á ver á su tía y á Fiamma.

Cuando salían Julia y Gritti, el caballero Vespasiano entregó á Luca Dolci su espada con la misma gravedad que se la había quitado, y en seguida le dijo:

—Señor, en el caso de que no estéis satisfecho, tengo plenos poderes de mi amigo el noble Miguel Gritti para convenir con vos acerca de las consecuencias que queráis tenga este asunto.

—D. José—dijo Luca—hacedme el favor de arreglar este asunto con el caballero. Comprenderéis cuáles son mis descos.

Entonces D. José dió cortésmente dos pasos hacia Vespasiano.

—¿Vuestro nombre, si os place, caballero?—le dijo.

—El caballero Vespasiano, capitán al servicio de la Serenísima República.

D. José se descubrió.

—¿Vuestro nombre, caballero?—dijo entonces Vespasiano.

—D. José de Aguilar, Duque de Frías.

—Os saludo, señor Duque—dijo el caballero descubriéndose á su vez.

—Sin duda no pensaréis, capitán—repuso don José—que este asunto pueda arreglarse con excusas.

Vespasiano sonrió sin responder.

—Supongo—continuó diciendo el joven—que serviréis de segundo á vuestro amigo, caballero, y que yo tendré el honor de sosteneros la partida.

Vespasiano sonrió otra vez y se inclinó.

—Pero—añadió D. José—habiendo sido la ofensa casi igual por las dos partes, ninguno de los dos adversarios tiene derecho para imponer condiciones. Así, pues, hablad, caballero, decidme vuestro parecer y os diré el mío, para que las cosas se arreglen amistosamente.

—Amistosamente, sea—dijo Vespasiano.—Mi parecer es que ni uno ni otro de los dos señores que representamos puede dignamente, después de lo que ha pasado, dejar el terreno hasta que el otro quede enterrado en él.

—¿Enterrado!—exclamó D. José.—¿Cómo entendéis eso de enterrado?

—Pues, enterrado, caballero.

—Muy bien—dijo D. José.—Convenido esto, falta saber cuáles son las armas, el sitio y la hora.

—¿Las armas? Creo que no hay otras dignas más que la espada y la daga.

—Lo mismo creo yo. En cuanto á la hora.....

—La salida del sol, señor Duque, me parece hora muy conveniente—contestó Vespasiano.

—Muy bien, muy bien, caballero; no me dejáis nada que desear. ¿Y en cuanto al sitio? ¿El Lido sin duda?

—¡Hum!—murmuró el caballero después de un momento de reflexión.—En el Lido se está bien; pero es paraje público, y hay tantos desocupados que pasean por la mañana, que no se podría dar cima con tranquilidad á nuestro asunto, sobre todo cuando se quiere, como queremos, llevarle hasta la sepultura inclusive. Y confieso, señor Duque, que tengo verdadero empeño en cumplir esta cláusula.

—Ya os he dicho, caballero, que la aceptamos, así como todas las condiciones, por extravagantes que sean, con que queráis adornar este combate.

—¿Extravagantes, señor Duque?—replicó Vespasiano.—Extravagantes, caballero, es una palabra que tiene en la lengua articulada el mismo puesto que en la de los gestos un puñetazo sobre

la nariz: ahora bien, monseñor puede aprender de un soldado de fortuna que cuando se ha llegado al terreno en que nos encontramos nosotros, es costumbre dejar la ofensa en el punto en que está, sin añadirle un ápice.

—Verdad es, caballero, y os ruego me excuséis—contestó D. José.—Reconozco que ese capricho que tanto os interesa me ha hecho traspasar los límites de la cortesía.

—Basta, señor Duque: caprichosa en efecto puede pareceros esta cláusula, y creo deber explicaros su significación. Monseñor no ignora que en los encuentros que suelen tener los caballeros se hieren con más frecuencia que se matan. Esto basta, sin duda, en lances ordinarios á ese tirano que se llama honor; pero ¿no os parecería risible en el caso presente, señor Duque, que los dos ofendidos sobreviviesen?

—Risible, esa es la palabra.

—Pues bien; esa probabilidad la suprime mi cláusula. Una vez enterrado uno de los dos adversarios, seguro es que está muerto, y si no lo está, peor para él.

—Positivamente—contestó D. José.—Pero supongamos que los dos caen heridos hasta el punto de no poder servirse de las armas, y sin embargo,

vivos: en este caso no es aplicable vuestra cláusula.

—Os engañáis, señor Duque. Mi cláusula, por el contrario, es muy aplicable á ese caso. En otro tiempo tuve en Nápoles una cuestión personal con un capitán de vuestro país, caballero, y ocurrió lo que acabáis de decir. Mi adversario y yo caímos gravemente heridos, pero muy vivos: entonces en el mismo terreno nos levantaron una tienda, en la que pasamos el tiempo necesario para restablecernos. Á las tres semanas continuamos nuestro interrumpido combate; y puesto que tengo el honor de hablaros en este momento, comprenderéis, señor Duque, que el cuerpo del capitán español yace en aquel punto.

—Muy bien, caballero. ¿Pero cuál es en Venecia ó fuera de Venecia el terreno que elegís?

—Tengo, señor Duque, una casa con jardín detrás de la iglesia de San Silvestre, á orillas del canal; el jardín es grande, abrigado por todos lados y decente; si no os es sospechoso porque me pertenece, lo pongo completamente á vuestra disposición.

—Á las seis de la mañana, capitán, estaremos allí. He aquí mi mano.

—He aquí la mía, señor Duque, y ¡salud á todos!

Dicho esto, Vespasiano giró sobre los talones y salió de la sala.

Los convidados, hombres y mujeres, comprendiendo que la alegría habia desaparecido por aquella noche, le siguieron; y poco después Luca Dolci marchó á su casa con D. José para arreglar, según dijo, sus asuntos, pero en realidad para sustraerse al recuerdo del crimen y de la afrenta de que las paredes de aquella casa le hablaban elocuentemente.

IX.

VELANDO LAS ARMAS.

Luca y D. José caminaron en silencio, y cuando llegaron al palacio subieron sin hablar la oscura escalera adornada con los blasones de la familia. Precediales un lacayo con una antorcha en la mano, y deteniéndose en lo alto de la escalera, esperó las órdenes de su amo. Luca, en vez de dirigirse á la cámara, abrió una puerta que daba entrada á una galería corta, de arquitectura severa, llamada galería de los antepasados, por los retratos que la adornaban. Don José le siguió sorprendido, porque habia observado que Luca, des-

vivos: en este caso no es aplicable vuestra cláusula.

—Os engañáis, señor Duque. Mi cláusula, por el contrario, es muy aplicable á ese caso. En otro tiempo tuve en Nápoles una cuestión personal con un capitán de vuestro país, caballero, y ocurrió lo que acabáis de decir. Mi adversario y yo caímos gravemente heridos, pero muy vivos: entonces en el mismo terreno nos levantaron una tienda, en la que pasamos el tiempo necesario para restablecernos. Á las tres semanas continuamos nuestro interrumpido combate; y puesto que tengo el honor de hablaros en este momento, comprenderéis, señor Duque, que el cuerpo del capitán español yace en aquel punto.

—Muy bien, caballero. ¿Pero cuál es en Venecia ó fuera de Venecia el terreno que elegís?

—Tengo, señor Duque, una casa con jardín detrás de la iglesia de San Silvestre, á orillas del canal; el jardín es grande, abrigado por todos lados y decente; si no os es sospechoso porque me pertenece, lo pongo completamente á vuestra disposición.

—Á las seis de la mañana, capitán, estaremos allí. He aquí mi mano.

—He aquí la mía, señor Duque, y ¡salud á todos!

Dicho esto, Vespasiano giró sobre los talones y salió de la sala.

Los convidados, hombres y mujeres, comprendiendo que la alegría habia desaparecido por aquella noche, le siguieron; y poco después Luca Dolci marchó á su casa con D. José para arreglar, según dijo, sus asuntos, pero en realidad para sustraerse al recuerdo del crimen y de la afrenta de que las paredes de aquella casa le hablaban elocuentemente.

IX.

VELANDO LAS ARMAS.

Luca y D. José caminaron en silencio, y cuando llegaron al palacio subieron sin hablar la oscura escalera adornada con los blasones de la familia. Precediales un lacayo con una antorcha en la mano, y deteniéndose en lo alto de la escalera, esperó las órdenes de su amo. Luca, en vez de dirigirse á la cámara, abrió una puerta que daba entrada á una galería corta, de arquitectura severa, llamada galería de los antepasados, por los retratos que la adornaban. Don José le siguió sorprendido, porque habia observado que Luca, des-

de su cambio de vida, había evitado, por una ó otra razón, pisar aquella galería que antes era su sitio predilecto. Á una señal de Luca, el lacayo encendió uno de los candelabros sostenidos por manos de bronce que salían de la pared, y se retiró.

Entretanto Dolci cargaba un par de pistolas que había descolgado de una panoplia.

Dos filas de sillones de encina decoraban los lados de la galería. Luca se sentó en uno y don José ocupó otro enfrente.

—Don José — dijo entonces Luca — este sitio es solemne como la hora en que os hablo. No sé qué habrá pasado en vos desde que nuestras dos almas se perdieron de vista, y por vuestra parte no estaréis mejor informado relativamente á mí. Dignaos, pues, decirme si en conciencia estáis dispuesto á escuchar mis palabras como dichas por un hombre de honor y brotando de un corazón leal.

—En este sitio y á esta hora, de vos á mí, sí — contestó D. José.

—Creeréis, pues, sin reserva que os hablo con franqueza, y me contestaréis de la misma manera.

—Sí, messer.

—Pues bien; sabed que, salva vuestra opinión, no pienso batirme.

—¿Cómo? — exclamó D. José estupefacto.

—Vais á saberlo — repuso Luca Dolci. — Me habéis seguido en mi vida de desórdenes, y lo he consentido; cosa convenida era que seríamos impíos y libertinos. Muy bien. Pero no convinimos jamás en ser infames, Duque: desde el momento en que yo lo he sido, no os liga conmigo ninguna promesa, y en una palabra, sois libre. Si me ser-vís de segundo en este duelo, os convertiréis en sostenedor y cómplice de lo que he hecho. Esto no es justo, y declaro que tenéis derecho para negarme vuestro auxilio, para rechazar mi querella, y declaro además que tal es vuestro deber y que yo lo haría así en vuestro caso. Pero como os repugnaría sin duda la idea de dejarme acudir solo al combate, he decidido no batirme. Voy á escribiros ahora mismo una carta en que expondré todo esto, y en seguida me voy á saltar la tapa de los sesos con una pistola de esas, y si sobrevivo, vos me rematáis con la otra. Esto os propongo, y habéis prometido creer en mi buena fe. Esto es lo que os propongo, y repito que en vuestro lugar aceptaría.

—En cuanto á eso, messer, mentís — dijo fríamente D. José.

Luca Dolci no replicó; permaneció algún tiempo con la cabeza inclinada sobre el pecho, y le-

vautándose bruscamente al fin, descolgó de la paño-plia dos espadas de esgrima.

—En ese caso, veamos—dijo;—tenemos dos horas aún: tiremos las armas. No es ésta noche de dormir. El asunto no tiene nada de agradable, ¡no á fe mía! ¡nada de agradable! Bromea el que quiera mañana; mas ¡por Dios que no he de ser yo! ¡Ah! ¡ah! ¿qué estoy diciendo?.... Creo, querido Duque, que hace algún tiempo se permite mi espíritu algunos paseos fuera de mi cabeza, y si vuelve á ella es solamente por costumbre: que pierda esta rutina, y héteme loco de atar.

—Vamos, Luca—dijo D. José cogiendo la mano al joven:—¿tenéis miedo acaso?

—¡Miedo! ¿de qué? ¿de morir? ¡Bah! ¡no hay dos infiernos! y suponiendo que haya uno, me encuentro en él, querido.....—Dicen que ese Vespasiano es gran tirador.

—Grilli es más peligroso—dijo D. José;—tiene más sangre fría.

—Caliente ó fría, pronto veré su color. En cuanto á vos, paráis admirablemente, lo he observado; pero no atacáis nunca, y en este caso.....

—No me gusta hacer heridas mortales, y cuando se ataca no se puede contener el golpe.

—En buena hora. Pero si en este lance os en-

tretenéis en parar, os encontraréis embotado de pies á cabeza antes de que ese coloso tenga siquiera calor. Atacadle vigorosamente de punta, y no retrocedáis ni una pulgada. No la echéis de magnánimo en esta ocasión, amigo mío. Estocadas, nada de tajos, y procurad derribarle al segundo asalto. Ahora, veamos: colocaos contra la pared. ¡Bien! ¡atacad! ¡por vuestra vida, atacad!

Y diciendo esto, Luca cruzó el hierro con don José, que, dócil al consejo que acababa de darle su amigo, le tiró rápidamente dos ó tres estocadas que, no obstante su consumada habilidad, paró con trabajo.

—¡Bien!—exclamó, enardeciéndose poco á poco;—lo esperaba; y á no ser así, me hubierais tocado. Pensad ante todo que es necesario concluir pronto. ¡Así! ¡cuerpo á cuerpo! ¡hacedle comer vuestra guardia! De esta manera no hay coloso que resista. Cara contra cara, Duque, y no olvidéis la mano izquierda. ¡Peinadle la barba con la daga! ¡Hola! ¡sangre de Barrabás! me habéis tocado.—¡A vos!—¿No? Pues bien, será con ésta.

Y enardeciéndose Luca con el juego, se tiró á fondo sobre su amigo, y su espada, rozándole ligeramente el hombro, se rompió contra la pared, después de atravesar uno de los retratos colgados

en ella. Al verlo palideció Luca más aún que de costumbre; soltó la espada y quedó inmóvil con los ojos fijos con espanto en el trozo de acero que temblaba clavado en el lienzo y la pared.

—¿Qué ocurre?—exclamó D. José.

Luca le mostró con el dedo el cuadro horadado por la espada, y D. José vió, al volverse, que era el retrato de la madre de Luca y que el hierro había agujereado el pecho en el sitio del corazón.

Luca Dolci continuaba con la mano tendida, como petrificado, en dirección del retrato, temblando y con los ojos extraviados; entreabriéronse sus agitados labios y entrechocaron sus dientes.

—¡Luca! ¡Luca!—exclamó D. José tratando de asir la rígida mano de su amigo.

Pero Dolci lo rechazó suavemente.

—¡Morirá!—dijo en voz baja.—¡Miradla! ¡Morirá, sí, y bien sabe Dios que no lo merecía!.. Sin duda corre la sangre por dentro, porque no la veo, y no es extraño, porque la estocada es á fondo.—Vedlo, caballero, vedlo; yo no me atrevo á acercarme. ¡Qué estocada! ¡Qué estocada tan soberbia! ¡Pero es una mujer! ¡Esa es la desgracia! ¡Es una mujer!

—¡Dios poderoso!—exclamó D. José.—¡Se vuelve loco!

—Escuchadme—continuó diciendo Luca;—acercaos más.... más aún.

Y atraía á D. José sobre su pecho; en seguida acercó la boca á su oído y murmuró muy bajo y con plañidero acento:

—¡José, tengo miedo!

En el acto, cual si le espantase lo que acababa de decir, retrocedió precipitadamente cuatro pasos, lanzó agudo grito y cayó sobre el mármol, rodó y se retorció con espantoso estertor. Las convulsiones cesaron al fin, y quedó rígido é inmóvil sobre las losas. Don José se arrodilló entonces á su lado; gotas de sudor caían de su frente sobre el livido rostro de Luca; cogióle las manos y lo llamó varias veces, pero Luca no dió señales de vida.

En aquel momento dieron las cinco: D. José se estremeció y se levantó; cogió de la mesa donde las había colocado Luca, las dos pistolas, y las armó.

—¡Una hora aún!—murmuró;—menos de una hora, porque se necesita tiempo para llegar allá. Pues bien; si dentro de una hora no está dispuesto, sé lo que debo hacer: esta para él, y la otra para mí.

En seguida el rígido joven comenzó á pasear por la galería, deteniéndose de tiempo en tiempo

para humedecer con agua las sienes de Luca, que continuaba desmayado.

Mientras pasaban estas cosas en el palacio Dolci, Miguel Gritti se había reunido con el caballero Vespasiano, marchando los dos á la vieja casa del caballero, cuyo jardín había de servir de campo cerrado al amanecer. Hasta aquella noche jamás había puesto los pies Miguel Gritti en la humilde morada de su amigo. Desde el día en que le sorprendió pescando con caña, oprimíasele el corazón al pensar en la estrechez habitual con que el caballero compraba el honor de figurar á su lado en la alta sociedad; pero siempre había evitado cuidadosamente aludir á aquella estrechez, comprendiendo que un hombre como el caballero todo lo soportaría con gusto, menos la compasión. Háblale dejado, por consiguiente, vivir á su antojo como en el pasado, y Vespasiano, aunque nada decía, no dejaba de conocer que aquella delicadeza de su noble amigo había aumentado el cariño y abnegación que por él sentía en el fondo de su pecho.

Vespasiano cogió á Miguel por la mano para guiarle en la obscuridad hasta la habitación principal de su casa; diciéndole en seguida que no se moviese hasta su regreso, marchó á encender una antorcha en el farol que ardía en la calzada delante

de una Virgen, y volvió á clavarla en una escarpia de hierro. A la vacilante luz de la antorcha vió Gritti el pobrísimo menaje de aquella casa. Las cuatro paredes, caprichosamente grieteadas por la humedad, no tenían otro adorno, además de las escarpias, que media docena de armas de mano, sables moriscos, daimoras escocesas y largas espadas españolas formando trofeo. En un rincón estaban las cañas de pescar. Una estera de junco colocada en otro extremo y una maleta de piel de vaca puesta á guisa de almohada, indicaban que el caballero utilizaba como lecho aquellos objetos. Cuando Miguel Gritti comprobó la existencia de una mesa y escabeles de madera en medio de la habitación, nada tuvo que ver ya en ella.

Vespasiano había seguido con visible contrariedad los ojos de Miguel Gritti durante aquel breve examen.

—Pasaréis una noche de vivac, noble Miguel—dijo con sonrisa que desmentía la emoción de su voz.

—Esta es la casa de un amigo—contestó Miguel.

Y se volvió bruscamente, tosiendo cual si se le obstruyese la garganta. En seguida se soltó la hebilla del cinturón y fué á colocar la espada junto á la pared.

Cuando volvió á la mesa, vió al caballero Vespasiano, que había permanecido de pié en el mismo sitio, acariciándose el bigote con extraña precipitación. Al encontrarse las miradas de los dos jóvenes, los ojos del pobre caballero dejaron escapar gruesa lágrima que corrió lentamente por su morena mejilla. Gritti le cogió la mano, y estrechándola con fuerza:

—¡Vamos! ¿Acaso os avergonzáis de ser pobre delante de mí?—le dijo.

—No, no, messer—contestó Vespasiano comprimiendo lo mejor que podía su emoción;—no, esto no es vergüenza..... No sé lo que es..... Pero, mirad, vos mismo estáis conmovido, y por más que me parezca inexplicable, ya veis que la cosa es muy natural.

—Muy natural, sin duda—dijo Gritti.—Vamos, amigo mío—añadió después de una pausa—sentémonos; á menos que no prefiráis acostaros. Por mi parte, no me siento con deseos de dormir esta noche.

—En ese caso, noble Miguel, esperadme—dijo Vespasiano.

Y en seguida salió de la habitación, volviendo dos minutos después con un frasco de forma extraña y dos vasos.

—¡Bravo!—exclamó alegremente Miguel.—¿Qué filtro traéis ahí, caballero?

—Probadlo—dijo Vespasiano, llenando un vaso que dió á su amigo y sentándose al otro lado de la mesa en el segundo escabel.

—Divino, pero desconocido—contestó Miguel, después de vaciar el vaso con recogimiento.

El rostro de Vespasiano se dilató al escuchar la respuesta.

—Pues sabed que el padre dispensero del convento de la Misericordia, en Smirna, me dió dos ó tres de estos frascos de vino del Carmelo.

—¡Muy bien! Gusta beber el vino con que se achispaba Matusalén á los ochocientos cincuenta y ocho años.

—¿Se achispaba verdaderamente á esa edad, noble Miguel?

—Al menos es agradable creerlo, amigo mío.

—¡Buena vejez, messer! pero desgraciadamente ya no se alcanza en nuestros días. Digo desgraciadamente, porque no me acostumbro á la idea de envejecer; y sin embargo, es lo que me sucede cada mañana y cada noche. Creo, noble Miguel, que moriré de tedio en un sillón de sexagenario.

—Dios todo lo ha hecho bien, Vespasiano. Los ancianos tienen goces que ni siquiera sospechan

los jóvenes. Muchas veces he visto viejos sentados en sus puertas y parecían dichosos.

—Sí, á fe mía, yo también lo he observado. Pero las viejas siempre tienen humor diabólico; así es que si tuviese que ser vieja alguna vez, ¡por las trescientas mil!....

Y Vespasiano concluyó la frase dando una palmada en la mesa; porque sus amigos, y especialmente Miguel, se divertían interrumpiendo al buen caballero en esta parte de su formidable juramento; de suerte que había adquirido la costumbre de no terminarlo, y nadie conocía el final.

—Pero, en fin—dijo Miguel invadido por repentina curiosidad—por las trescientas mil!.... ¿qué?

—¡Por las trescientas mil vírgenes, canario!

—¡Dios de mi vida! ¿dónde están?—exclamó Miguel.

—Pues en Colonia—contestó tímidamente Vespasiano, comenzando á inquietarse.

—¡Pero, hombre! ¡son once mil y no trescientas mil, Vespasiano!

—¡Once mil! ¿es posible, noble Miguel?—replicó el caballero estupefacto.

—Mucho más posible que trescientas mil, amigo mío.—Deciais que os contrariaría llegar á ser

vieja, accidente poco probable por cierto..... Pero, ¿qué es eso que entra por la ventana?

—La luna, messer.

—Creía que habían echado á la habitación un pedazo de lienzo blanco. Pero, sí, es la luna.... ¿Creeréis, Vespasiano, que nunca contemplo esa pálida claridad sin pensar en las almas de los muertos?

—¿Por qué?—preguntó el caballero.

—Sería cosa muy agradable—continuó diciendo Miguel sin separar los ojos de la blanca luz—sería cosa muy agradable para los que sobreviven, que aquellos que partieron habitasen ese mundo que parece mirarnos con benevolencia. ¡Se presenta tan cerca de nosotros en estas límpidas noches!.... La muerte no sería más que una ausencia.... Os suplico, caballero, que preguntéis á Julia si piensa así, y si lo permite la religión.

—¿Y por qué diablo, noble Miguel, no se lo habéis de preguntar vos mismo?

—Sí, yo se lo preguntaré—dijo Miguel con distracción.

—¡Caramba, messer! ¡quisiera tener un apagador bastante grande para calárselo á esa maldita luna hasta la barba! Palabra de honor, no os reconozco hace algunos minutos. Un rayo de luna

os encanta la vista hasta el punto de que parecéis un santo mal resucitado. Añadid á esto que me estáis hablando del otro mundo.

—Verdad es que no me encuentro como de costumbre, amigo mío. Experimento inaudito bienestar y admirable ligereza de espíritu y corazón. Parece que tengo ya un pie en el Paraíso, y en realidad, mañana entraré en él. Amo muchísimo á esa niña, Vespasiano.

—Y yo también, messer.

—No puedo pensar sin terror en lo que hubiese podido ocurrir de retrasar solamente algunas horas nuestro regreso. Y sin embargo.....

Miguel se detuvo é inclinó la cabeza con ademán pensativo.

—¿Y sin embargo?.....—preguntó Vespasiano.

—No puedo odiar á ese joven, y me batiré con él sin cólera y sin rencor. Esta es la verdad.

—¿Sin rencor, messer? ¿Es posible?

—Decidme, Vespasiano, ¿comprendéis algo de su conducta?

—Comprendo que es infame hasta el último grado.

—Sin duda. Pero tengo una idea que no puedo abandonar, y es, que ese joven no es responsable de sus acciones.

—¿Queréis decir que está loco?

—Escuchad, caballero: solamente un enemigo mortal mío ha podido armar á Julia tan odiosa celada. Ahora bien, ese joven no es enemigo mío en ningún concepto. No es él, Vespasiano, quien nos disparó un pistoletazo cierta noche.

—¿Sabéis que tenéis un enemigo, noble Miguel?

—Sí; siento un odio que pesa sobre mí; pero no es el odio de ese niño. Le maltraté mucho en el primer momento; pero á medida que reflexiono, solamente me inspira compasión.

—¿Cómo, demonio! ¿Sabéis que existe un hombre que se entretiene en dispararos pistoletazos y otras lindezas, y le dejáis dormir tranquilamente?

Reinó un momento de silencio y sonó el reloj de una iglesia inmediata.

—¿Qué hora es, Vespasiano?—preguntó Miguel.

—Las seis; la hora convenida: he aquí el día.

Gritti se levantó y comenzó á pasear por la habitación.

—Después de todo, es posible que no vengan—murmuró.

—¿Por qué, messer? He oído decir que en cuanto á valor, ser Luca y su amigo estaban al abrigo de toda sospecha.

—Ya os he dicho, caballero, que, en mi opinión, ese joven no es libre en sus acciones.

—¿Creéis, pues, Miguel, que ser Luca es agente de ese enemigo que conocéis?

—Así lo creo; tanto más, cuanto que todo lo que sé de ese niño me lo hace juzgar débil y extraordinariamente apasionado. A todo esto, ya es de día y no viene nadie. Siento mucho, Vespasiano, tener que batirme seriamente con ese joven.

—Hacéis mal, en verdad, Miguel: nada excusa lo que hizo, ni aunque le poseyese el diablo. Pero lo que no me explico es que vos, conociendo á un enemigo tan mortal como decís, y que parece demostrarlo la bala con que nos obsequió una noche, dejéis que ese personaje viva tranquilo.

—¿Recordáis, Vespasiano?..... Creo que no vendrán ya. Había tanta vergüenza mezclada á la cólera de ese joven, que no me extrañaría se hubiese hecho justicia por su mano. ¿Recordáis, os decía, aquella mañana que vimos la góndola de ser Luca llena de pronto de flores por mano misteriosa?

—¡Oidme!—exclamó Vespasiano, guiñando los ojos, abriendo la boca y poniéndose el índice sobre la nariz para dar á su rostro toda la agudeza que

podía tener.—¡Oidme! ahora comprendo; aquella mano es.....

Dos golpes dados en la puerta interrumpieron bruscamente al caballero. Miguel Gritti frunció el ceño y fué á coger la espada al rincón donde la había colocado, ajustóse el cinturón, y Vespasiano abrió la puerta.

Luca Dolci y D. José entraron entonces.

X.

LAS FLORES QUE BROTABAN EN EL JARDÍN
DE VESPASIANO.

—Señores—dijo al entrar D. José de Frías—nos hemos retrasado un poco; pero nos perdonaréis en atención á que hemos andado largo rato sin encontrar la casa.

—No importa, señores, no importa—contestó Vespasiano;—podemos disponer de todo el día.

Y abriendo en seguida una puerta que daba al jardín:

—Pasad, señores, pasad, os lo suplico; ved si os agrada el sitio.

Mientras Luca Dolci y D. José accedían á la invitación, Miguel Gritti quedó solo con el caba-

—Ya os he dicho, caballero, que, en mi opinión, ese joven no es libre en sus acciones.

—¿Creéis, pues, Miguel, que ser Luca es agente de ese enemigo que conocéis?

—Así lo creo; tanto más, cuanto que todo lo que sé de ese niño me lo hace juzgar débil y extraordinariamente apasionado. A todo esto, ya es de día y no viene nadie. Siento mucho, Vespasiano, tener que batirme seriamente con ese joven.

—Hacéis mal, en verdad, Miguel: nada excusa lo que hizo, ni aunque le poseyese el diablo. Pero lo que no me explico es que vos, conociendo á un enemigo tan mortal como decís, y que parece demostrarlo la bala con que nos obsequió una noche, dejéis que ese personaje viva tranquilo.

—¿Recordáis, Vespasiano?..... Creo que no vendrán ya. Había tanta vergüenza mezclada á la cólera de ese joven, que no me extrañaría se hubiese hecho justicia por su mano. ¿Recordáis, os decía, aquella mañana que vimos la góndola de ser Luca llena de pronto de flores por mano misteriosa?

—¡Oidme!—exclamó Vespasiano, guiñando los ojos, abriendo la boca y poniéndose el índice sobre la nariz para dar á su rostro toda la agudeza que

podía tener.—¡Oidme! ahora comprendo; aquella mano es.....

Dos golpes dados en la puerta interrumpieron bruscamente al caballero. Miguel Gritti frunció el ceño y fué á coger la espada al rincón donde la había colocado, ajustóse el cinturón, y Vespasiano abrió la puerta.

Luca Dolci y D. José entraron entonces.

X.

LAS FLORES QUE BROTABAN EN EL JARDÍN
DE VESPASIANO.

—Señores—dijo al entrar D. José de Frías—nos hemos retrasado un poco; pero nos perdonaréis en atención á que hemos andado largo rato sin encontrar la casa.

—No importa, señores, no importa—contestó Vespasiano;—podemos disponer de todo el día.

Y abriendo en seguida una puerta que daba al jardín:

—Pasad, señores, pasad, os lo suplico; ved si os agrada el sitio.

Mientras Luca Dolci y D. José accedían á la invitación, Miguel Gritti quedó solo con el caba-

llero en la sala, y le dijo vivamente en voz baja:
—¿No es vergonzoso cruzar el hierro con ese pobre espectro? Miradle, en nombre del cielo, Vespasiano.

Algo debió oír Luca Dolei de lo que decía Miguel, porque se volvió bruscamente como si un reptil le hubiese mordido el talón, y viendo el significativo gesto con que Gritti terminaba la frase, enrojeció hasta la frente y dejó ver en una semisonrisa sus blancos dientes entre sus pálidos labios como para dar á entender que estaba más vivo de lo que pensaban. Fingiendo al mismo tiempo contestar á las últimas palabras de Vespasiano,

—El sitio, caballero, me parece excelente para tirar estocadas—dijo.

Al oír estas palabras, Miguel Gritti, seguido del caballero, entró en el jardín, y de una ojeada reconoció su excelente posición. Espesa valla de cipreses, entre los que desaparecían dos senderos tortuosos, limitaba la vista por la parte del canal, oponiendo á las miradas de los curiosos barrera tan impenetrable como una pared. Entre aquellos árboles y la casa se extendía un espacio de terreno que parecía haber estado dedicado en otro tiempo al cultivo de hortalizas, pero que la negli-

gencia del caballero había abandonado á los caprichos de la vegetación espontánea. Este espacio libre tenía unos veinte pasos en dirección de la casa, y quince desde la puerta á los cipreses, formando explanada semicircular.

Mientras los tres jóvenes reconocían el terreno, Vespasiano arrancaba ó aplastaba con los pies algunos tallos demasiado altos que se cruzaban aquí y allá, pisando también en las elevaciones del suelo para igualarlas; hecho lo cual, dió pasos estirándose como si quisiese descuartizarse, con objeto de demostrar á sus huéspedes que el terreno resistía bien al pie, que no estaba demasiado blando ni demasiado seco, y que era digno del honor que iban á dispensarle.

Terminada esta maniobra, el caballero se acercó á D. José, que había estado contemplándole con gravedad suprema, la cabeza erguida, la mano izquierda en la empuñadura, el bigote tan tieso como su gola, y toda su actitud tan rígida como el bigote.

—Señor Duque—dijo Vespasiano—este terreno es modesto, como modestos son los recursos del que os lo ofrece; pero, como veis, está muy bien cerrado, y como me he ejercitado muchas veces aquí con amigos, el ruido que podamos hacer

no llamará en manera alguna la atención del vecindario.

—Muy bien, caballero—contestó el Duque;—ser Luca acepta el terreno.

—En ese caso—añadió Vespasiano—creo que sólo nos resta hacer cada cual lo que pueda.

Y diciendo esto, colgó en una rama el sombrero que hasta entonces había tenido en la mano.

—Una palabra, Vespasiano—dijo de pronto Miguel Gritti, interrumpiendo á su amigo en sus metódicos preparativos y llevándole á cierta distancia de sus dos adversarios.—Preguntadles—añadió—si quieren dar excusas.

Si ignominiosamente le hubiese caído sobre la cabeza la casa delante de aquellos huéspedes, no hubiese quedado tan aturdido Vespasiano como le dejaron las palabras de Miguel.

—¿Preguntadles qué?—dijo fijando en Gritti ansiosa mirada.

—Si están dispuestos á dar excusas. Id, Vespasiano; sé lo que hago.

El caballero no vaciló más, y se acercó á don José; pero sintió que el rubor le subía al rostro al repetir al Duque el mensaje de que estaba encargado. Don José se mostró casi tan sorprendido como el mismo Vespasiano, y dirigió á Dolci la pre-

gunta que le hacía. Luca reflexionó un momento, y alzando en seguida la voz,

—Messer Miguel—dijo—todas estas ceremonias están fuera de sazón; además, no me gusta permanecer mucho tiempo inmóvil por la mañana temprano. Si, por otra parte, para tranquilizaros la conciencia basta reconocer que he obrado mal, lo reconozco desde luego, y declaro que tenéis completa razón para matarme, si podéis, por supuesto.

Al oírle, retrocedió D. José algunos pasos, y relámpago de cólera brilló en sus ojos. Luca no se cuidó de ello y prosiguió:

—¿Necesitáis algo más, messer? Hablad.

—¿Reconocéis, pues, que habéis ultrajado villanamente á la doncella más noble de Venecia?—preguntó Miguel Gritti.

—Sí, lo reconozco. ¿Qué más?

—¿Creéis que después de nuestro combate, sea el que quiera el resultado, os considerará el mundo lavado del deshonor que vos mismo confesáis?

—No—contestó Luca.

—Messer—repuso Miguel Gritti con gravedad—si tuviese un hermano que en un momento de locura hubiese cometido el crimen que pesa sobre vos y que lo confesase como lo confesáis, le acou-

sejaría, por el honor de mi familia, que retractase públicamente el público insulto, que abandonase en seguida Venecia y fuese á hacerse matar en un campo de batalla. Daríale este consejo, y no el de correr las probabilidades del combate particular.

—¿Habéis concluido, messer?—preguntó Dolci.

—Añado—dijo Miguel—que si creéis que el miedo me dicta este consejo, me juzgáis mal.

—No os juzgo mal, y el consejo me parece bueno. Pero entended esto, messer—añadió el joven arrancando los alamares de su justillo:—he nacido bajo la influencia de un astro maligno; de suerte que si no os hubiese insultado mortalmente, os insultaría ahora. Por esta razón, mirad bien este suelo, porque uno de los dos quedará en él.

Terminadas estas palabras, Luca arrojó á lo lejos el justillo con cierta inexplicable rabia.

—Os comprendo más de lo que creéis—dijo friamente Gritti despojándose á su vez.—Cumplid vuestro deber, señores, añadió.

Y presentó su espada desnuda á Vespasiano, mientras D. José recibía la de Luca Dolci. Medidas las armas y vistas que eran iguales de largas, Vespasiano fué á buscar á la casa dos espadas españolas. Habiéndolas examinado D. José, dió una á Gritti y otra á Luca. Entonces los dos jóvenes,

empuñando con la mano izquierda la daga y con la derecha la espada con la punta en el suelo, se situaron uno enfrente á otro, á diez pasos de distancia, según la costumbre de la época de colocarse fuera de guardia. Al mismo tiempo Vespasiano y D. José, armados del mismo modo y sin colete ni capote, tomaban posición en línea paralela á sus amigos.

—Señores—dijo D. José—antes de pasar adelante, conviene que recordéis nuestras condiciones: el combate no cesará sino con la muerte de uno de vosotros dos.

—Y su enterramiento en el acto—añadió Vespasiano.

—Justo es decir que ningún terreno tuvo jamás mejor aspecto de cementerio—observó Luca cayendo en guardia y dirigiendo á D. José significativa ojeada en la que éste pudo leer á la vez odio desesperado y enérgica recomendación de no omitir nada para defender su vida.

En el momento en que las cuatro espadas se alzaban á la altura del pecho para comenzar su sangrienta misión, ligero ruido que se oyó entre los cipreses llamó la atención de los caballeros.

—¿Qué es eso, señores?—dijo D. José.—¿se prepara aquí alguna traición? Alguien hay detrás de esos árboles.

— ¡Rayos! ¡caballero! — exclamó enérgicamente Vespasiano — ¿no os he dicho que os encontraréis en mi casa?

— En vuestra casa, sí; pero no es menos cierto que alguien se oculta entre esos árboles, y ser Miguel lo ha oído como yo; le he visto estremecerse.

— Vespasiano, id con ese caballero á ver qué es eso.

— Con mucho gusto — contestó el caballero; — pero esa sospecha abre cuenta especial entre el señor de Frias y yo.

Y Vespasiano penetró entre los árboles detrás de D. José.

Quedando solo Luca Dolci con Miguel, se volvió con impaciencia y comenzó á cortar ramillas con la punta de la espada.

— Supongo, messer Luca — le dijo Miguel — que tiráis tan bien la espada como *ella* la pistola.

— ¿Ella? — repitió Dolci con extrañeza.

— Hablo — añadió Miguel — de una gran señora, muy bella, que quiso asesinarme una noche en la esquina de la calle del Moro.

Cada vez más sorprendido, acercábase Luca á Miguel con evidente intención de preguntarle, cuando le detuvo confuso ruido de palabras animadas, pronunciadas en voz baja entre los árbo-

les. Los dos jóvenes aplicaron el oído con inquietud, y como continuaba el cuchicheo, dieron un paso para enterarse de la causa; pero al mismo tiempo salieron Vespasiano y D. José, pálidos los dos y visiblemente conmovidos. Como Gritti interrogaba á Vespasiano con la mirada, el caballero hizo seña á D. José para que contestase, y después de cierta vacilación dijo secamente el Duque:

— No hay nadie; me he excusado con el caballero.

Y volvió á colocarse frente á Vespasiano.

— Perdonad, señores — dijo Miguel Gritti; — creo que messer Luca tenía algo que preguntarme.

— No, caballero — exclamó Dolci; — no, caballero; concluyamos; no quiero saber nada.

Y al mismo tiempo marchó al encuentro de Gritti, mientras que D. José, recordando los consejos de su amigo, se precipitaba con furor sobre Vespasiano. El robusto caballero le esperó, firme como una roca, oponiendo á sus rápidos amagos la fuerza sabiamente manejada de su puño. La táctica habitual del caballero consistía en causar á su adversario, porque era cosa rara encontrarse uno cuyo vigor igualase al suyo. Cuando tenía ya extenuado á su contrario, comenzaba á responder vigorosamente, á menos que desde el principio no

hubiese recibido algún arañazo, cosa que le hacía salir bruscamente de su carácter; porque, no siendo rico, le irritaba sobremanera ver su camisa rasgada ó agujereada por una bagatela.

Miguel Gritti seguía con Luca método complementamente contrario, hostigando al joven desde el principio con terrible viveza, le hirió al tercer pase en el hombro, pero demasiado levemente para que se interrumpiese el combate. Sin embargo, mancha escarlata, que aumentaba por momentos, apareció en la camiseta de Luca. Entonces comenzó Miguel á retroceder lentamente perseguido por Luca, á quien la herida había exasperado. Difícil hubiese sido reconocer al pálido joven que un momento antes parecía no poder sostenerse en pie, en aquel combatiente de mejillas encendidas y ojos de fuego, que brincaba alrededor de Gritti, replegándose é irguiéndose como un tigre sobre sus ágiles é infatigables piernas. Miguel continuaba retrocediendo delante de él, siguiendo con la vista y con la espada los ojos y el hierro del joven, y dirigiendo de tiempo en tiempo una ojeada á la mancha sangrienta de la camiseta, como para cerciorarse de sus progresos.

Miguel, continuando en retirada, llegó al fin, sin sospecharlo, al límite del campo cerrado, es

decir, á la barrera de árboles. En el momento en que su pie izquierdo chocó con el tronco de un ciprés, el joven caballero se distrajo un segundo, y la espada de Luca pudo llegar á su pecho, haciendo brotar la sangre. Pero entonces llegó la vez á Luca de retroceder ante Miguel. Los movimientos de Luca perdían sensiblemente algo de su impetuosidad; retrocedía á grandes pasos como deseando dar descanso á su mano, y en pocos instantes se encontró al otro extremo del jardín, estrechado á su vez contra los cipreses. Miguel vió que la causada mano del joven no defendía ya la parte superior del pecho, y para terminar dirigió una estocada á fondo al hombro herido ya. Luca cayó de frente, y Miguel le creyó atravesado; pero en el mismo instante sintió el frío mortal del hierro que le penetraba en el pecho. Luca había esquivado la estocada á tiempo, dejándose caer de rodillas, y clavando la daga en el suelo para formarse punto de apoyo, recibió el cuerpo de Miguel sobre la punta de la espada. Miguel tuvo fuerzas aún para levantarse, pero en seguida lanzó sorda exclamación, abrió los brazos y cayó pesadamente de espaldas.

En el mismo momento, el caballero Vespasiano, viendo que D. José estaba ya extenuado, juzgó

llegado el momento de aprovechar su elevada estatura, y después de una respuesta, dominando con su espada la del Duque, le atravesó la garganta de parte á parte.

Las dos terribles estocadas habían sido simultáneas, y cuando Luca Dolci avanzaba la mano para retirar su espada que temblaba en el pecho de Miguel, desgarrador grito que brotó entre los cipreses heló el alma del joven y detuvo su brazo. Volvióse y vió precipitarse dos mujeres vestidas de blanco, que vinieron á caer de rodillas á ambos lados de Miguel Gritti. Vespasiano acudió también con la ensangrentada espada en la mano. Luca vió á D. José tendido sin movimiento, y corrió á arrodillarse junto á su amigo. Levantóle la cabeza con la mano izquierda, y le llamó con voz anhelante. Al sonido de aquella voz se contrajeron las facciones de D. José con expresión de infinito sufrimiento: abrió los ojos y los fijó pensativamente en Dolci, rechazándole con la mano helada ya: extenuado por aquel supremo esfuerzo, suspiró hondamente, y Luca conoció que la cabeza que sostenía estaba muerta. Cuando le separó la camisa para cerciorarse de si palpitaba aún su corazón, vió el joven que el Duque llevaba suspendido al cuello un rosario cuyas cuentas tenían

puntitas de acero. Luca le quitó el rosario, alzóse, se apoyó contra un árbol, y restañando con el pañuelo la sangre que brotaba de su ligera herida, contempló la escena que tenía delante.

Como se recordará, la Dolfina había oído, así como todos los demás convidados de Luca Dolci, lo que convinieron D. José y Vespasiano, condiciones, sitio y hora del combate. Aquella alegre hija de la familia de la Magdalena, que jamás había engañado á nadie, se había conmovido con dolorosa sorpresa al ver que acababa de tomar parte, aunque involuntariamente, en una traición vergonzosa.

Durante la noche la atormentó cruelmente la idea de que Miguel Gritti podía creerla cómplice de aquella conspiración tramada contra su felicidad. Existen ciertos hilos por los cuales estas locas mujeres se adhieren á la vida en los momentos de sombrío disgusto que á veces suceden á sus atardimientos. Miguel Gritti era para la Dolfina este pensamiento consolador: sabía que Miguel era hombre excelente; sabía que había dicho de ella que solamente pecaba por bondad, que sus faltas eran limosnas y que con gusto se batiría por ella: más orgullosa estaba por estas palabras que por su belleza, y lloraba amargamente al pensar que

de aquella boca leal no brotarían en adelante para ella más que palabras de desprecio. Con brusca resolución levantóse antes de amanecer y corrió al palacio Contarini, y habiendo pedido hablar á Julia, refirió ingenuamente á su rival cuanto tenía en el corazón. Aunque contrariada Julia por aquella galante confidencia, le prometió justificarla ante su esposo, y haciéndola sentar junto á su lecho, la interrogó acerca de lo que había ocurrido entre los dos caballeros después de su marcha.

En cuanto supo que al amanecer iban á batirse, se vistió apresuradamente, ayudándola la Dolfina con el apresuramiento y cuidado de una camarera.

—¡Ah, querida señora!—le decía—¡ah, querida señorita, cuán buena sois! ¡Dios os ha hecho el uno para el otro! ¡Cuánto os amaré yo desde lejos!..... ¿Pero me prometéis que me perdonará?..... Si queréis dispensarme un gran favor, entrad alguna vez en mi jardín con él y coged un ramillete grande de flores. ¡Pobre niña, cómo tiembla!..... ¡Esta no es hora de salir!..... ¡Cuán graciosa es, Dios mío!..... ¡Pero, alma mía, estad tranquila; no le ocurrirá nada malo!.....

Al fin se pusieron en marcha las dos, guiando

la Dolfina, que recordaba las señas que había dado Vespasiano á D. José. Después de reconocer la casa, entraron en el jardín por la orilla del canal, y precisamente al entrar fué cuando oyó el ruido D. José y penetró entre los árboles con Vespasiano. Al ver á Julia, dijo D. José sonriendo irónicamente:

—Ser Luca y yo somos demasiado galantes para no ceder el puesto á estas señoras, y, visto que se desea este desenlace de comedia, nos retiramos.

Cogiendo entonces fuertemente la mano del Duque, le contestó Julia:

—Creed, caballero, que yo no vengo á deshonar al hombre á quien amo. Marchaos, señores, marchaos; detención más larga despertaría sospechas en vuestros amigos. No recordéis que nos encontramos aquí.

Los caballeros se retiraron en seguida conmovidos, como lo había demostrado la alteración de sus facciones, por aquella entrevista.

En el momento en que comenzó el combate, aquellas dos mujeres tan diferentes en rango y condiciones enlazaron las manos como dos hermanas produciendo aquella familiaridad el sentimiento de común peligro. Mirando por entre las

ramas, siguieron todas las peripecias de la lucha, y las dos, con el cuerpo inclinado, los labios entreabiertos, pálidas y aterradas, parecían, en su ansiedad por no perder nada del terrible espectáculo, dos víctimas antiguas y fatales de sacrilega curiosidad.

Cuando cayó Miguel Gritti, sus dos voces se confundieron en agudo grito que tan profundamente conmovió el alma de Luca; porque el grito que la angustia ó el terror arranca del alma de la mujer, es sin duda el sonido más lúgubre que puede escuchar el oído humano. Es indudable que el estremecimiento que se experimenta al figurarse el horror del caos acrece de pronto si se llega á imaginar que se oyen por intervalos, en medio de los vacíos espacios colmados por visibles tinieblas, gritos de mujeres aterradas que pasan.

Muerto ya D. José, volvióse Luca y vió á Julia y Vespasiano inclinados sobre el cuerpo de Miguel Gritti; la Dolfina, arrodillada como ellos, estaba algo apartada, apoyada la cabeza en las manos y cayendo sus largos cabellos hasta el suelo. Julia quiso hablar á Gritti; pero tanto temblaban sus labios, que no pudieron articular ni un sonido inteligible; en seguida adelantó la mano hacia la espada, que continuaba clavada en el pe-

cho de Miguel; pero aquella mano agitada no pudo cogerla. Entonces dirigió suplicante mirada hacia Vespasiano, mostrándole la espada; pero el caballero movió tristemente la cabeza en señal negativa, é inclinándose hasta el oído de Gritti, exclamó:

—¡Miguel, noble Miguel! ¡apretadme la mano si me oís!

Ligera presión respondió á la voz del caballero, que en seguida puso la delicada mano de Julia en la de Gritti. Este abrió los ojos, vió á Julia, y de sus párpados se deslizó una lágrima; al mismo tiempo vió á la Dolfina, que permanecía avergonzada á cierta distancia, y levantando penosamente la otra mano, la hizo seña para que se acercase; la Dolfina se arrojó sobre aquella mano, prorrumpiendo en amargos sollozos y repitiendo con dolorida voz:

—¡Oh monseñor!..... ¡Oh monseñor!.....

Entretanto enjugaba Julia con su pañuelo la rojiza espuma que aparecía en los labios de Miguel.

De pronto se alteraron las facciones del joven bajo el impulso de agudo sufrimiento, y entonces dijo con voz débil y con cierto apresuramiento cual si comprendiese que iba á faltarle tiempo:

—¡Querida niña! ¡querida niña, adiós!.... ¡Adiós, amigos míos!.... No creía dejaros tan pronto.... ¡Pobre Julia! ¡querida niña!.... ¡he querido tratar con compasión á ese joven, y veo que....

Una oleada de sangre que le llenó la boca le impidió terminar, dibujándose de nuevo en su rostro expresión de tremendo dolor; dirigió á Vespasiano mirada de suprema angustia que éste comprendió, y cogiendo por la empuñadura la espada que atravesaba el pecho de Miguel, la arrancó bruscamente, y en el acto se cubrió el semblante del herido de esas tintas fúnebres que invisible mano extiende como un velo sobre las facciones del que acaba de pasar á otro mundo. Este síntoma de muerte tiene tal carácter, que ni un niño puede engañarse acerca de él. Julia vió que todo estaba concluído; miró con extraviados ojos en derredor, y encontrando los de la Dolfina, levantóse con violento esfuerzo, corrió á arrojarse en los brazos de la sensible pecadora, que la estrechó convulsivamente y continuó llorando sobre su cabeza.

Entretanto cubrió Vespasiano con su propia capa el cuerpo de Miguel y paseó apresuradamente por la explanada. Cuando pudo dominar su emoción, acercóse á las mujeres y dijo dirigiéndose á la Dolfina:

—Señora, me dispensaríais gran favor llevándoos á la señorita Julia. Vuestras lágrimas me turban el espíritu en el momento en que más necesito ser hombre.

—Me la llevo, caballero, me la llevo—contestó la Dolfina procurando arrastrar á Julia.

Pero ésta resistió, mostrando con la mano el cadáver de su amante.

—Sí, sí, señora, os comprendo—dijo Vespasiano;—pero id tranquila sobre ese punto. Ya sabéis que el jardín es mío.

Y el caballero ayudó á la Dolfina á trasladar á Julia á la góndola que las había traído.

Hecho esto, Vespasiano volvió apresuradamente al cercado; recogió la espada que había arrancado del pecho de Gritti, y presentándola á Luca Dolci, que continuaba inmóvil en el mismo sitio,

—¡Ahora, messer—le dijo—tomad esta espada, y vamos nosotros!

—Caballero—contestó Luca—no se trata de eso.

—¡Misericordia celeste!—exclamó Vespasiano dando rienda suelta á la cólera que rugía en su pecho hacia una hora;—¿no se trata de eso? ¿No? ¿No se trata ya de eso? ¿Y de qué se trata, miserable traidor? ¿Acaso de reír, felón? ¡Sangre de

Satanás! Defiéndete, ó por ese pobre cadáver te juro que voy á asesinar-te!

—He ahí uno—dijo Luca con dolorosa solemnidad, mostrando el cuerpo de D. José—he ahí uno á quien yo quería mucho también; ¡mi vida ha concluido con él! ¡Pobre José!

Diciendo esto, se pasó Luca la mano por los ojos.

—Y su última mirada, su último gesto han sido para rechazarme—añadió.—No tenía más que un amigo, no podía tener más que uno, porque solamente él me conocía; y al morir, este amigo único ha renegado de mí, ha rechazado mi mano, ha querido morir solo.... como yo viviré solo....

Hablando así, inclinó Luca la cabeza sobre el pecho con profundo abatimiento.

—¡Vamos, vamos!—dijo Vespasiano, á quien la cólera hacía cruel;—no habrá muerto solo, y vos no viviréis solo, caballero; tranquilizaos sobre ese particular. Os suplico de nuevo que os pongáis en guardia, messer, ó voy á acuchillaros el rostro.

Pero absorto en sus pensamientos, no manifestó Luca ni oírle siquiera.

—¿Me he engañado, caballero, ó verdaderamente ha dicho ser Miguel que había querido tratarme con compasión?

—¡Sí, porque su corazón era demasiado generoso! ¡En guardia!

—Indudablemente conocía mi historia. ¿Puedo preguntaros si os la ha referido?

—¡No podéis preguntarme nada, mil rayos!

—Caballero, para vengar á vuestro amigo tenéis otro medio mejor que el de matarme. Escuchadme solamente un instante. Y ¡diablo!—exclamó Luca viendo que Vespasiano resistía á su petición—no por eso dejaré de ponerme á vuestras órdenes si no os parece buena mi opinión.

El caballero murmuró aún sordamente como tempestad que se aleja, y siguió á Luca hasta el banco de piedra adosado á la casa, sentándose en él los dos. Cerca de una hora estuvo Vespasiano escuchando á Dolci, que le hablaba con singular animación, y varias veces, durante el relato, dejó escapar el caballero exclamaciones de enojo. Cuando terminó Luca, levantóse Vespasiano, pinchó varias veces el suelo para limpiar la punta de la espada y en seguida la envainó.

—Espéreme vuestra gracia un poco aquí—dijo.

Y marchó á la casa, de la que salió á poco arrastrando varios utensilios de jardinería que seguramente dejó olvidados el último propietario. Vespasiano cogió un azadón, dió otro á Dolci, y co-

menzaron á abrir cada uno una sepultura en el cercado. A los pocos minutos interrumpió Vespasiano el trabajo, y acercándose á Luca, le dijo:

—Messer, perdéis mucha sangre por la herida; con vuestro permiso, voy á sujetar el vendaje que os habéis puesto; pero antes dejadme aplicar sobre la lesión algunas hojas de esta planta, cuya virtud he podido apreciar personalmente.

Y cogiendo dos ó tres hojas de la planta que acababa de designar, las colocó con paternal cuidado sobre la herida de Luca. En seguida cogió el azadón y continuó su trabajo. Al cabo de una hora tenían bastante profundidad las dos fosas. Vespasiano levantó la capa que había arrojado sobre el rostro de Gritti, contempló durante algún tiempo con grave tristeza aquel semblante amigo, y cogiendo la helada mano de Miguel, la estrechó por última vez. Después, con cierta precipitación, envolvió el cuerpo en la capa, lo colocó en la fosa que había abierto, y lo cubrió de tierra. Pero en el momento en que desapareció todo vestigio de aquel amigo querido, abandonaron al caballero las fuerzas; cayó más bien que se arrodilló sobre el borde de la sepultura, y gruesas lágrimas se deslizaron una á una entre los dedos de sus morenas y velludas manos.

Entretanto Luca Dolci había prestado á don

José igual servicio: cuando cubrió de tierra aquel cuerpo joven y hermoso que había vivido solamente para su amistad, los ojos de Luca permanecieron secos, y solamente ligero temblor de manos revelaba su agitación interior. Pero cuando habiendo llenado la fosa vió al caballero replegado sobre sí mismo en la postura de niño que sufre castigo humillante, no resistió al espectáculo de aquella desgarradora debilidad de un hombre endurecido en todos los dolores. Sintió que acerbo remordimiento le comprimía el corazón, turbóse su vista bajo húmeda niebla, y recogiendo el azadón que había abandonado el caballero, él mismo acabó de colmar la sepultura de Gritti.

— ¡Gracias, señor, gracias! — dijo Vespasiano moviendo la cabeza.

— Esta noche á las nueve, caballero; ¿verdad? — preguntó Dolci poniéndose el justillo con cierta dificultad á causa de la herida.

— A las nueve, messer. Os saluto.

Dicho esto, salió Luca Dolci del jardín y en seguida de la casa.

Cuando Vespasiano quedó solo, casi se tendió sobre la sepultura de Miguel, extendió los brazos como para abrazarla, y sollozó con tal violencia que parecía iba á estallar su pecho.

XI.

LA NOCHE DE BODAS.

Al salir de aquel lugar de desgracia, Luca Dolci se dirigió á su palacio, embozado hasta los ojos, pasando por los parajes más frecuentados, dejándose sospechar más bien que reconocer y excitando la curiosidad de todo el mundo. Al cabo de una hora todas las bellas ociosas de Venecia, es decir, todas las mujeres que tenían voz en aquella hermosa ciudad, sabían y referían cada cual á su manera el duelo habido entre los dos ilustres jóvenes. De esta manera, según deseaba Luca, la Marquesa oyó aquella misma mañana veinte historias del combate. Las damas con quienes mantenía relaciones de cortesía la Marquesa Giustiniani, unas le daban por amante á Miguel Gritti, otras á Luca Dolci; y como podía dudarse cuál de los dos había sucumbido, siendo diferentes las versiones del duelo, ninguna de aquellas señoras quiso privar á la Marquesa de la emoción que naturalmente había de experimentar en la alternativa.

Próximo Luca á conseguir su objeto, redoblaba

las precauciones, cuidando en aquel momento supremo de no abandonar nada á la casualidad. Cuando calculó que la Marquesa debía estar suficientemente dominada por la angustia, le dijo por medio de un billete que Venecia no le ofrecía suficiente seguridad y que pensaba marchar al momento. «Temo mucho, añadía, que hayáis destruído en mí más cosas que habéis edificado. Por esta razón os digo adiós. Al pronto tuve la idea de que celebrásemos esta noche nuestra unión en la capilla de vuestro palacio y no partir hasta mañana; pero sin duda pensaréis como yo, que hago mejor en deciros adiós.»

A este billete, que nada le decía sino que Luca no había muerto, contestó la Marquesa: «Esta noche, terrible señor mío, esta noche.»

Cuando llegó la noche, todavía experimentó la Marquesa un momento de inquietud. El sacerdote á quien había mandado llamar esperaba más de una hora ya en la capilla. Onesta, maravillosamente vestida de medio luto, estaba sentada bajo su solio en la capilla. Cuatro doncellas de su servidumbre, vestidas de fiesta, asombradas y respetuosas, esperaban de pié en derredor suyo.

A las ocho llegó al fin Luca Dolci, precedido por toda su servidumbre de gran librea. Risueño

y perfumado, ligero y atrevido, entró en el oratorio respirando su apostura fresca juventud y ardiente deseo. Ceñía su talle blanco justillo de seda recamada de oro, y por encima capa de terciopelo azul bordada de gruesas perlas. En derredor de su toca, del mismo color que la capa, veíase rico cordón de oro sosteniendo un penacho de plumas blancas. En cuanto entró, besó la mano á la Marquesa y la llevó ceremoniosamente á la capilla, recibiendo allí la bendición nupcial en presencia de las personas de la servidumbre. En seguida acompañó Luca á su esposa hasta la puerta de su cámara, y ante la petición que sonriendo le hizo la Marquesa, se retiró á una habitación inmediata, dejándola con sus doncellas.

Luca llamó entonces á un criado suyo en quien tenía especial confianza, y le dió algunas órdenes en vez baja. Marchó el criado, y Luca, abriéndose el colete, sacó el rosario de puntas de acero que encontró por la mañana en el cuerpo de D. José, besólo varias veces con cierto frenesí, y lo ocultó con viveza en su pecho al oír pasos que se acercaban. Una doncella le avisó que la Marquesa estaba dispuesta á recibir á su señoría, y Luca siguió á aquella mujer, que lo llevó á la cámara nupcial.

Esta cámara estaba tapizada de terciopelo car-

mesi; dos lámparas de alabastro, en las que ardía aceite aromático, difundían blanca luz y saturaban el aire de voluptuoso perfume. En el fondo de este santuario, apoyado el codo en una consola colocada entre dos ventanas, estaba la Marquesa jugando con el dorado cordón de su bata de terciopelo negro, cuyas mangas, abiertas desde el hombro, caían perdidas dejando desnudos sus deslumbradores brazos adornados con pulseras de oro. Fina camiseta de bordes de encaje caídos cubría de menudos y diáfanos pliegues su pecho y garganta; tenía también los desnudos pies calzados con zapatillas de terciopelo. La especial claridad de la cámara daba mayor y más enérgico realce á la belleza de la joven; su color aparecía más mate bajo su oscura cabellera, y al mismo tiempo sus ojos brillaban con resplandor más profundo bajo sus azuladas cejas, que parecían pintadas como las de las mujeres de Oriente.

Luca se prosternó á los pies de la Marquesa.

—Paréceme — dijo — que me encuentro favorecido por una reina.... ó una santa — añadió con torpe sonrisa de libertino.

—Pues bien, ¿no era éste uno de vuestros sueños? — dijo la Marquesa levantándole y teniéndole á cierta distancia con las manos como para verle

mejor.—¿No he oído yo hablar de un niño muy malo que andaba por las capillas cantando á los santos letanías completamente profanas?

En seguida le atrajo violentamente sobre su pecho, y echando la cabeza atrás añadió:

—Santa ó no, he aquí una pobre mujer que os ama, ¿comprendéis?

Luca lanzó ligero grito de dolor. Onesta separó las dos manos y retrocedió como ofendida.

—Perdonad, alma mía—dijo Luca;—debo decir que hace poco recibí un arañazo en el hombro y aun lo tengo dolorido.

—En ese caso, yo soy quien debo pedir os perdón, hermoso paje mío—contestó la Marquesa acariciando con la mano el hombro del herido.—Pero ¿cómo ha ocurrido eso? Me lo referiréis, ¿verdad?

—¡Curiosa! Sí, os lo referiré. ¡Oh, qué agradable cámara, hermosa primal! Permitid que la examine en detalle. Los sabios no cuentan más que siete maravillas en el mundo, y para todo enamorado existe la octava, la cámara de la mujer que ama. Antes de haber entrado en ella, ¿cómo se inclina la cabeza hacia ese paraíso! Y cuando al fin se le concede penetrar, no hay rincón que no atraiga sus labios..... el tapiz donde ella pone to-

das las mañanas los pies desnudos, las paredes saturadas de sus perfumes favoritos, y todo ese mundo encantador de elegantes bagatelas repartidas por los muebles, cosas de que formáis tesoros que se os piden de rodillas.....

Hablando de esta manera recorría Luca la cámara á pasos lentos, parándose delante de cada mueble, extasiándose ante cada objeto que tocaba. Sentada la Marquesa en un diván, le seguía con la vista, apoyada la cabeza en el tapiz de la pared y dejando pendientes los brazos.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó de pronto Luca Dolci levantando el tapiz que flotaba en un rincón de la cámara.—¿Qué veo aquí? ¿no es una puerta secreta? ¡Ah, señoras mujeres, por virtuosas que seáis, todas usáis más ó menos de la prudencia de aquel valiente que se hacía colocar un espaldar por sí le abandonaba Dios y se hacía cobarde!

—¡Ah! ¡Señor, qué hombre!—exclamó la Marquesa riendo;—esa puerta da á la habitación de mi mono Annibal, que ha muerto.

—¡Tanto mejor!—exclamó Luca;—¡así perezca todo lo que os agrada, Marquesa! Pero he aquí otra puerta. ¡Cuántas puertas!

—Querido inquisidor, esa es por la que acabáis de entrar.

—En ese caso beso su umbral—dijo Luca.

Y lo besó, en efecto.

—¡Por mi fe!—exclamó un momento después,—
¡otra puerta más! ¡Ah prima! ¡ah cruel! ¿nega-
réis que ésta tiene aspecto traidor?

—¡Protéjanme todos los santos!—exclamó la
Marquesa, riendo á carcajadas;—¿con qué conta-
dor de puertas me he casado? ¡Caballero, esa puerta
comunica con el departamento de mis camareras!

—¿De vuestras camareras? ¡Ah! ¿vuestras ca-
mareras están ahí?—dijo Luca con inquietud que
la Marquesa interpretó de un modo que no trata-
remos de determinar.

Pero ruborizóse al contestar:

—No, esta noche no están ahí.

Luca cogió una rosa de un vaso de China, la
deshojó con los labios y arrojó los pétalos á su
prima.

—¡Gracias, hermosa mía!—dijo.—Pero ¿qué
juguetes son estos?—añadió el joven, que en su
galante investigación había visto un par de pisto-
las sobre una consola.

—Esos juguetes están destinados á vengarme
de los que me hagan traición, mi querido señor.

—En adelante ya no las necesitaréis, amor
mío—contestó Luca.

Y antes de que la Marquesa pudiese prever su
designio, acercóse á una ventana entreabierta y
arrojó las pistolas al canal.

Irguiéndose Onesta en el diván, fijó en Dolci
descontenta mirada.

—Oid, prima: cuando queráis matarme, bastará
con que me miréis como me estáis mirando; no
necesitáis otras armas, creedme.

Y tomando un cojín del diván, lo colocó á los
pies de la Marquesa, sentándose humildemente en
él. Tranquilizada Onesta por la ferviente admira-
ción que leía en los ojos de Luca, dejó que su des-
nudo brazo quedase casi oculto bajo los bucles de
cabellos que la inclinada cabeza del joven derrama-
ba sobre el diván.

—¿Sabéis que, en el fondo, tenéis mal aspecto?
—repuso.

En aquel momento sonó el reloj de Santa Maria
Formosa.

—Dignaos decirme, prima, qué hora es esa que
suena, y os contestaré en seguida.

—¿Esa hora? las nueve; pero sois insolente al
preguntármelo.

—¡Ay! ¡he vivido en tan malas compañías! ¡Pen-
sad que no he conocido á ninguna mujer honrada!
¡Creo que ya no las hay, lo cual es una felicidad!

—Voy á ponerlos en la puerta— contesto la Marquesa.

—¡Qué!—añadió Luca jugando con el cordón de la Marquesa;—¿no es una felicidad que haya pocas mujeres honradas y pocos diamantes en el mundo? Suponed que todas las riquezas de la tierra consistan en diamantes y que todas las mujeres sean honradas, y os preguntaré en seguida: ¿con qué se hará el comercio?.....

—¡Oh Febo!

—A propósito: ¿decís que tengo mal aspecto? ¿Quién tiene la culpa, alma mía?—continuó diciendo Luca con ternura en la que la Marquesa comenzó á distinguir cierta ironía.—Ha llegado el momento en que os confiese, querida prima, que había resuelto convertiros. ¡Dios mío, sí! Yo mismo me río de ello; creí poder atravesar como triunfador entre los vicios del mundo sin que ninguna de esas serpientes me mordiese el corazón. Creía que los labios infames no dejaban huella; que el libertinaje era una embriaguez y no un veneno. Creía que podía blasfemar la boca y el alma continuar santa, y que la frente podía olvidar el rubor sin que el alma olvidase el remordimiento. Pues bien; prima, tan cierto como que vuestra belleza es única bajo el cielo, era yo un idiota. Mi

aspecto es malo, pero yo soy peor y de una manera incurable. Gran desgracia es, señora, que la forma sobreviva al fondo; que nuestro rostro y nuestro cuerpo, siendo cosas vanas, permanezcan inalterables, cuando todo cambia y se deforma por dentro. ¡Mal aspecto! ¿Cómo decís eso? Cuando me miro, me veo los mismos ojos y las mismas facciones; mi madre me reconocería; pero cuando penetra la mirada en mi interior, señora, encuentro vacío el lugar del corazón y me veo un alma extraña que Dios no reconocerá. Prima mía, hermosa prima, ¿quién tiene la culpa?

—¿Á qué se dirigen esas galanterías en este momento, messer Luca?

—A esto—contestó Luca sentándose en el diván y cogiendo con fuerza la mano de la Marquesa—á esto: que es preciso guardarse, si se quiere permanecer hombre honrado, de conocer y amar á ciertas mujeres.

—¿De quién habláis, Luca?

—De las mujeres orgullosas que saben mandar á sus pasiones, que no tienen debilidades ni perdonan las ajenas. Hablo de las mujeres que no tienen ninguno de los defectos de su sexo, y que desde lo alto contemplan con desdén los extravíos de unas y sonríen ante las desgracias de otras. Hablo

de aquellas que se dicen: «Poseeré y jamás seré poseída»; que lo dicen y tienen el heroísmo de no faltar á su palabra, porque estas prudentes personas piensan en el mañana. Para las necias, las traiciones, lágrimas y amargos arrepentimientos; para las necias que nada prevén, los desengaños y el abandono; ¡pero estas, estas amazonas todo lo prevén! Sin embargo, vos no habíais previsto lo que sucede, prima.

—Todo eso significa, sin duda— interrumpió la Marquesa, inquieta, pero siempre altiva— que os habéis aficionado á las cortesanas y que ningún atractivo tiene para vos la mujer honrada.

—¡La mujer honrada! vos lo habéis dicho— replicó Luca con voz más sarcástica y vibrante;— ¡vos sois una mujer honrada! En efecto, no tenéis amante.... La pobre Julia Contarini tenía uno; la Dolfina tiene ciento; así, pues, estas no son mujeres honradas.... pero son mujeres; ¿comprendéis? mujeres, y vos no lo sois.

—¿Estáis loco, Luca?— dijo la Marquesa, sobrecogida.

—Vos pertenecéis— continuó diciendo con salvaje violencia— á la especie peor que puede existir: el demonio de la vanidad amasó vuestro corazón con sus propias manos, y sin duda puso en él

cierta curiosidad viciosa que no me atrevo á nombrar. Sin haber amado, estáis hastiada como yo mismo. Todas las mujeres como vos tienen el alma libertina. ¡Oh! cuando Dios envuelve un ser tan infernal en cuerpo tan hermoso como el vuestro, señora, mejor sería podrirse toda la vida en el calabozo más atroz de nuestra inquisición de Estado, que encontrarse una sola vez á vuestro paso.... ¡Bah, prima, bah! no llaméis; aun tengo que decir algo. En dos palabras: sois una coqueta, una coqueta sin pudor; sois de esas mujeres que no quieren amantes, pero que gustan de arrebatarlos á las otras. No tenéis corazón y no amáis, puesto que ayer me mandasteis á una muerte casi cierta, únicamente por satisfacer vuestra vanidad. Hoy me habéis dado vuestra mano no sé por qué; para que no me casase con otra ó para conservar la herencia de nuestro tío. Por mi parte, Onesta, os amo, vuestra belleza me domina por completo. Procurad comprenderme bien; puedo ser vuestro amante esta noche, y si renunciase á ello, Dios es testigo de que haría el sacrificio más grande que puede hacer un hombre débil como yo. Pues bien, anoche y esta mañana he cometido dos crímenes que me pesan tanto, que voy á expiarlos con este sacrificio. ¡Ahora rezad una plegaria y encomen-

dad vuestra alma á Dios, si creéis en Dios y en vuestra alma, porque váis á morir!

Luca Dolci terminó estas palabras con terrible gesto de decisión. La Marquesa desprendió violentamente la mano y se lanzó al centro de la habitación.

—Si es una broma de libertino—dijo—haréis bien en no prolongarla, messer.

Luca se había levantado, arrancó los alamares del justillo y sacó del pecho el rosario de puntas de acero.

—He aquí—contestó—una reliquia que he recogido sobre el cadáver de D. José de Frias. ¡Pobre corazón, deshonrado y muerto por mí! Por esta reliquia os juro que dentro de diez minutos estaréis muerta.

—¿Qué clase de miserable y cobarde soís, si imagináis siquiera ese crimen?—dijo la Marquesa.

—Soy como me habéis hecho—contestó Dolci estrujando con furor el rosario en la mano—como me habéis hecho; ¡no tengo valor más que para el crimen! ¡Y puesto que puede haber uno útil, voy á cometerlo! Ya no haréis daño á nadie. Conviene ser que todas las mujeres que se os parecen fuesen las primeras víctimas de los miserables que hacen. ¡Pero esta vez, al menos, se hará justicia!

—¡Dios del cielo!—exclamó Onesta;—¡y es un noble, un Dolci, quien habla de asesinar á una mujer!

—¡Un Dolci, sí, prima! Los de mi nombre mueren á manos de mujer, y yo voy á matar á una; ésta es toda la diferencia—dijo Luca riendo.

Y desenvainó su puñal de aguda y afilada hoja.

—¡Ah! ¿así obráis?—replicó la Marquesa retrocediendo.—¿Creéis que voy á arrodillarme y á presentaros el pecho? ¡A mí, socorro, á mí!

—Vuestra servidumbre está lejos; vos lo habéis dicho. Mejor haréis en rezar.

—¡Acercáos, Luca! ¡tratad de acercaros, y veréis si tengo miedo! Habéis pensado en todo, ¿verdad? Pero no habéis pensado en que me defendería y que estáis herido..... ¡Acercáos, y os retuerzo los brazos!

—Creedme—dijo Luca con espantosa calma;—estáis irrevocablemente perdida. Suponed que os encontráis en el término de una enfermedad mortal, y resignaos. ¡Arrodillaos ahí!

—¡Vamos, messer, concluyamos!—dijo la Marquesa.—¡Estáis loco! ¡Me burlo de vuestro puñal! ¡Salid de mi casa! ¡Si quisiera, tendríais ya clavado vuestro mismo puñal en el corazón!

—Eso mismo había previsto—contestó Luca dando un golpe con el pie.

En seguida se levantó el tapiz que ocultaba una de las puertas, y entró el caballero Vespasiano, mudo, pálido y ostentando su rostro la expresiva belleza que las circunstancias solemnes de la vida prestan hasta á las facciones más vulgares.

Al aspecto de aquella figura, impasible como la de juez sobrehumano, la Marquesa cruzó las manos y cayó de rodillas aterrada.

—Caballero—exclamó—no os conozco; ¿qué os he hecho? ¿qué queréis de mí?

—Este es el amigo de Miguel Gritti. Rezad—dijo Luca con voz breve.

—¡No rezaré, no! Me mataréis sin que rece, y este crimen más pesará sobre vuestra alma.

—¡Que caiga sobre mí!—dijo el joven dando un paso hacia ella con el puñal levantado.

—Oh, caballero—exclamó la aterrada mujer abrazando las rodillas de Vespasiano:—¡defendedme!..... ¡tened compasión!..... Nada he hecho para morir, lo juro.....

La frente del caballero estaba inundada de sudor, pero no se movió.

Volviéndose entonces Onesta violentamente, se arrastró á los pies de su joven esposo y alzó hacia él sus hermosos ojos llenos de lágrimas:

—¡Luca!—gritó—¡mátame! ¡Te amaba! ¡mátame si quieres! ¡Te amaba con todo mi corazón! ¡Oh! ¡Luca..... mi amante..... mi esposo!.....

En aquel instante sintió Luca un vértigo de los que solían acometerle, y se llevó la mano á la frente.

La Marquesa se levantó bruscamente, lanzóse con desesperación hacia la puerta y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Socorro! ¡socorro!

Pero en el acto sintió sobre su cabeza la ancha mano de Vespasiano, y agobiada por aquella irresistible fuerza, cayó otra vez de rodillas.

—¡Arrepentíos, Onesta, arrepentíos! ¡ha llegado la hora!—dijo Luca, que estaba á su espalda levantando el puñal sobre su cabeza.

Y al mismo tiempo la hoja brilló como un relámpago, desapareciendo por completo entre el hombre y el pecho de la joven, que cayó muerta sin lanzar un grito.

—¡Caballero!—dijo entonces Luca á Vespasiano—apoyaos en mi brazo, en mi brazo izquierdo, porque me parece que os ponéis malo. ¡Venid!..... ¡salgamos de aquí!

FIN.



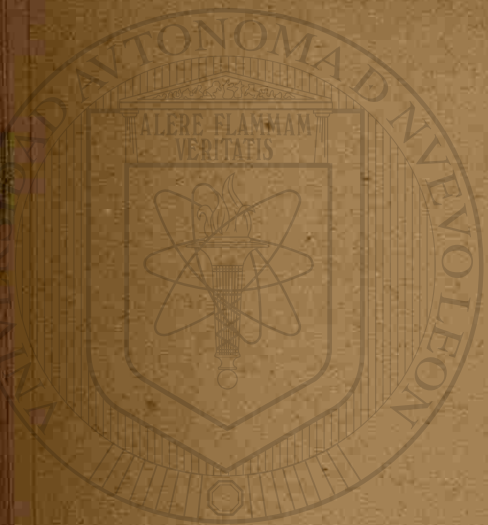
ALIX
LEYENDA ALEMANA.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO HAYES"
CARR. 1625 MONTERREY, MEXICO

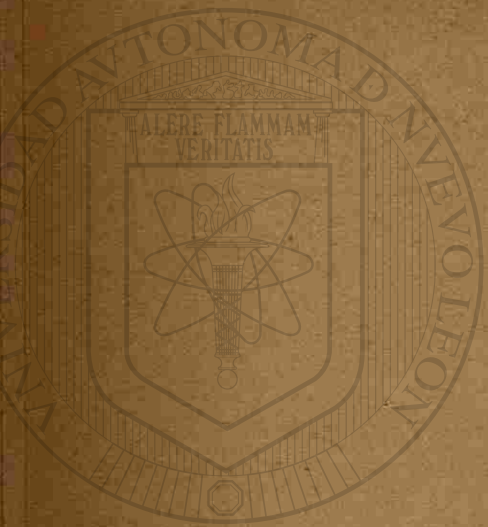


PERSONAJES.

OTOCAR DE ATLEMA, conde de Franconia.
ULRICO, estudiante.
ALIX, su querida.
MANSFELD.
SALADO.
ENRIQUE FRITZLAR. } CONJURADOS.
RAMUCIO DE BIZANCIO. }
MUNIUS, judío.
MUCEDIN, enviado de la Sublime Puerta.
CONJURADOS, CONDOTTIERI, PAJES.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE LERMA"
CALLE DE LA UNIÓN, NUEVO LEÓN, MEXICO



I.

La escena pasa en Nuremberg, en casa de Ulrico, y representa una salita con dos ventanas que dan sobre un emparrado; en el fondo, á la derecha, habrá una escalerilla de caracol, muy obscura, que va á perderse en el techo. Alix está haciendo labor junto á la ventana.

Entra ULRICO.

ALIX. (Levantándose.)

¿Conque?.....

ULRICO.

Pronto, pronto, hermosa conspiradora.

ALIX.

¿Cuándo?

ULRICO.

Pronto.

ALIX.

¡Pues! la respuesta de siempre. (Vuelve á sentarse y coge su labor.)

ULRICO.

¿No te he dicho que aguardo esta noche á Mansfeld?

ALIX.

¡Qué sé yo!

ULRICO.

Sí, esta noche vuelve de Praga. Aunque no le conoces, recíbele bien, Alix; es mi mejor amigo, un alma austera y buena, un alma antigua con la ternura cristiana.

ALIX.

No digas más; si trae á esta tierra valor, sea muy bien venido. Me gusta todo lo nuevo.

ULRICO. (Sonriéndose.)

Estás enfadada, Alix, de algunos días á esta parte, y á fe que no tienes razón; ¡se trata de un negocio de vida ó de muerte para toda una ciudad, para todo un pueblo, y esta hermosa niña ve en ello un motivo para ponerme mala cara!

ALIX.

Sí, estoy enfadada porque todos los conjurados son unos cobardes. Esta ciudad de Nuremberg está poblada de miserables; no hay en toda la Franconia más que un hombre, y ese es el Conde, que ha osado juzgaros en lo que valéis, que os ha subyugado con un puñado de bandidos italianos, y os hace humillar la frente hasta el arroyo con sólo miraros. Diez años ha que os hace sufrir esa afrenta; diez años hace, ¡diez! que os maneja como á sus perros, con un látigo y un silbato; por mi vida que no comprendo cómo son estos hom-

bres. Lo que es yo, sólo de oírle pasar cantando y silbando por en medio del gentío que se calla y le abre paso, me muero de vergüenza; no sé cómo sois; por vida mía que no lo sé. ¿No va ya para un año que estáis conspirando, y que vuelves todas las noches con el mismo estribillo en los labios: *pronto?* ¡Y eso se llama hombres! ¡Vaya unos hombres! Si me hubieras dejado conspirar sola á mi modo, hace un año que á todos os hubiera libertado del yugo la mano de esta hermosa niña que te pone mala cara.

ULRICO.

¿De veras?

ALIX.

Le hubiera agnardado abajo, á la puerta, á su vuelta de la caza; con una mano hubiera asido la rienda de su caballo, y con la otra le hubiera clavado un cuchillo en el corazón. El día menos pensado me exaltarán á tal punto el fastidio y la indignación, que haré lo que ya hubiera debido hacer; y puede que sea mañana, sin ir más lejos, Ulrigo, si vuelves á mirarme con esa sonrisa de desdén.

ULRICO.

Bien, pero reflexiona un poco. Nunca has querido ver al Conde; supongamos que en el mo-

mento de ir á herirle te sorprenda la expresión de su rostro, ó que te mueva á compasión su mirada tierna ó altiva; ¿has pensado en esto? Como todas las mujeres, te representas el objeto de tu odio bajo un aspecto singular y horrible; apostarías á que con sólo ver en el Conde facciones humanas, al hallarte con un hombre de buena presencia en lugar del monstruo que te imaginas, te sentirías enternecida y temblaría tu linda mano.

ALIX.

¿Se te figura, eh? Ya lo verás.

ULRICO.

Conque según eso, Alix, aborreces al Conde; ese sentimiento de odio ocupa todo tu corazón. Con tal que el Conde muera, todo va bien. Ya no me amas.

ALIX.

Te amo todavía, Ulrico; pero me siento á punto de despreciarte, y por eso quisiera morir esta noche. Pero tú que hablas de amor, ¿dónde está el tuyo? Que no te lleguen al alma la ignominia de tu patria y tu propia ignominia; que veas sin cólera á ese infame Conde poner una mano insolente en la honra, en las libertades, en las vidas de sus conciudadanos, creo que te lo perdonaría; pero ese Conde ha hecho morir á mis dos hermanos; pero

yo he engañado, he abandonado por tí á mi madre, desolada por la muerte de sus dos hijos, y la infeliz ha muerto maldiciéndome. Venga á mis hermanos, y mi madre me perdonará: esto es todo lo que deseo. Además, me lo has prometido; de otra suerte, ¿viviría yo acaso? ¿Tienes memoria á lo menos? Hace un año, el día en que murió mi madre del dolor que yo le había causado, harto comprendí que no me quedaba paz ni ventura que esperar en este mundo ni en el otro; entonces se me ocurrió el pensamiento de matar al asesino de mis hermanos y de romper al mismo tiempo el yugo de la Franconia. Yo conocía muy bien á mi madre; todo se lo hubiera perdonado al vengador de sus hijos, y además era una noble mujer que no podía sufrir la ignominia ni en su casa ni en su patria. Acordábame de que ella misma había armado la mano de sus hijos para la rebelión..... Sí, estoy segura de que su alma habría volado al encuentro de la mía, si yo hubiese cumplido lo que aquel día se me pasó por la imaginación..... Pero me dijiste que tú te encargabas de ello, que para tan grande obra se necesitaban hombres; parecías como inspiado por una súbita revelación; tus ojos brotaban chispas, tus labios temblaban al pronunciar nobles palabras, y te creí, consentí en vivir, en poner en

tus manos, entonces muy queridas, el cuidado de libertar á mi patria de su miseria y de libertarme á mí de mis remordimientos. Un año hace de esto, Ulrico, y sin embargo, ¿qué has hecho? Tu ardor, en vez de aumentar, parece que se va apagando; de un mes á esta parte ni siquiera me atrevo á hablarte de nuestros proyectos; tanto es lo que temo encontrar en mi amante un cobarde ó un traidor.

ULRICO. (Sonriéndose.)

Paciencia, hermosa mía.

ALIX.

¡Siempre lo mismo! ¡Siempre esa sonrisa!... Mira, una sola cosa tengo que decirte, y luego haz lo que quieras.

ULRICO.

Habla, habla.

ALIX.

El Conde me ha escrito.

ULRICO.

¿Á tí, el Conde? Tú sueñas.

ALIX.

Hace dos horas, cuando pasaba por la plaza, estaba yo sentada aquí, dondè estoy ahora, cuando cayó á mis pies un bolsillo lleno de florines, con este billete. Lee.

ULRICO. (Leyendo el billete.)

«Hermosa niña, si gustáis de ser Condesa soberana por un par de horas, contad para ello conmigo.—Otocar.» ¡Lenguaje propio de un corazón respetuoso y enamorado! ¿Le has respondido?

ALIX.

¿Estás loco? Pero.... ¿qué tienes? nunca te he visto así; nunca he visto en tí esa calma y esa sonrisa.

(Dan las siete en una iglesia cercana. Ulrico cuenta las horas; al dar la séptima se levanta.)

ULRICO. (Cogiendo la mano de Alix.)

Ves en mí esta calma y esta sonrisa, amor mío, porque la aurora del día de mañana alumbrará la tumba del Conde ó la mía.

ALIX.

¡Cómo! ¿Qué dices?

ULRICO.

He querido, hija mía, evitarte las inquietudes de semejantes momentos; he querido, por tí, como por mí, que fuesen lo más breves posible. Media hora nos queda; á las siete y media voy á reunirme con mis amigos.... Mañana seremos libres; esta noche mato al Conde.

ALIX.

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Esta noche! ¡Tan pron-

tol ¿Estás seguro de tus amigos?.... Esta noche.... ¡Pues si ya es de noche!.... ¿Conque es ahora mismo?

ULRICO.

No tengas cuidado, Alix; todos están prontos y son fieles. No se trataba únicamente de matar á un hombre, sino de sublevar á un pueblo, y esto es lo que nos ha cogido tiempo. Todas las ciudades en que tiene gobernadores el Conde, Furth, Bamberg, Wurtzburgo, Anspac, harán á la hora señalada lo que vamos á hacer nosotros. Mañana la Franconia se despertará libre en su lecho de esclava; mi patria muerta resucitará á la luz del sol sacudiendo su rota cadena. ¡Felices los que van á verlo! Sí, mi mente concibe, Alix, dos espectáculos igualmente espléndidos y dignos de las miradas de Dios: el uno es la creación de un mundo, y el otro la resurrección de un pueblo.

ALIX. (Echándose en sus brazos.)

¡Oh Ulrico, oh amado mío! (Le obliga á sentarse y se sienta á sus pies.) Ahora que pienso en ello, tú eres su jefe, tú, el más joven de todos. Sin tí nada se haría.... ¡Ah, qué feliz soy! Mira, voy á decirte una cosa en secreto. Eres gallado como un rey, eres bizarro como un emperador.... pero oye lo que va á suceder; mañana serás conocido y admi-

rado de todos, de las mujeres también. No habrá nadie que no te repita lo que yo te digo sola hoy: acuérdate de que yo te lo he dicho antes que ellas, antes que todos; ¿no es verdad, Ulrico?

ULRICO.

Sí, sí, hermosa.

ALIX.

En primer lugar, si amases á otra, te engañaría, y muy fácilmente. Tú has estudiado á los hombres, Ulrico, eres digno de ser el caudillo de una nación, eres un sabio y un filósofo; pero no conoces á las mujeres: te engañarían como á un niño.

ULRICO. (Riéndose.)

¡Holal ¿Y qué sabes tú? ¿Conque tú me has engañado?

ALIX.

Mucho que sí. Ahora mismo, por ejemplo, te estoy engañando, porque me río; esto te hace sonreírte, y no conoces que tengo ganas de llorar.... Hablo, hablo para aturdirme; pero si tú no estuvieras ahí, no haría más que llorar.

ULRICO.

Alix, ¿no has deseado con toda tu alma que llegue por fin esta hora que ha llegado?

ALIX.

¡Pobre de mí, verdad es! (Llora.) Perdóname, perdóname.

ULRICO.

¿Que te perdone, angel mío?

ALIX.

Si mueres, yo te habré dado la muerte. Por mí, por mi insensato odio te has lanzado á esa terrible empresa.

ULRICO.

Y eso más tengo que agradecerte, hermosa mía. Es cierto, y me acuerdo de ello, que antes de que iluminase mi alma tu generosa cólera, no me atrevía á levantar mi pensamiento á esta santa conjuración; ahora, ya viva, ya muera, dejaré, merced á tí, un nombre que los oprimidos pronunciarán en voz baja con amor, y los tiranos con espanto. Gracias, Alix mía; por lo demás, no te hagas tristes ilusiones; tengo fundadas esperanzas de sobrevivir al Conde.

ALIX.

¿Lo esperas?..... No, me engañas, no lo esperas..... ¡Dios mío! ¡Si me hubiera sido posible olvidar mis odios! Hay en los arrabales, á la orilla del río, casitas solitarias en el fondo de los jardines; allí hubiéramos podido vivir felices años y años, sin saber tan siquiera si hay tiranos en el mundo!..... La desgracia ha sido que viviéramos aquí, en esta plaza, por donde él pasa continua-

mente..... Esa fatal idea se me representaba un día y otro; mi cabeza ardía..... mi pobre corazón está lleno de tempestades. Ulrico, tengo ideas horribles; no sé si todas las mujeres sufren los tormentos que sufro yo..... No puedo decirte todos mis pensamientos; tengo algunos espantosos..... ¡Ah! es que no todas las mujeres arrastran como yo el peso de la maldición de sus madres!

ULRICO.

No pienses en eso, yo te lo ruego.

ALIX.

Hablemos de cosas alegres. ¿Te acuerdas de la tarde en que nos vimos por la primera vez?

ULRICO.

Me acuerdo muy bien. Fué en las orillas del estrecho lago que llaman la Alberca de las Garzas; el sol desaparecía á la derecha, detrás de la colina del Werra. Tú bajabas la colina dando el brazo á tu madre.

ALIX.

Yo bajaba la colina dando el brazo á mi madre, y tú subías por el mismo sendero. Cuando te hiciste á un lado metiéndote entre las viñas para dejarnos pasar, mi madre me dijo: ese joven es respetuoso con los ancianos; su ancianidad será feliz.

ULRICO.

Sí, y luego me senté en el sitio mismo en que os habíais hallado, y allí me quedé hasta la noche. Al día siguiente tuve buen cuidado de volver á la misma hora y os encontré de nuevo, tu madre me reconoció y me saludó, pero tú hiciste como que no me reconocías.

ALIX.

Hice como que no te reconocía, porque te amaba. (Llaman á la puerta; Alix va á abrir; entra Mansfeld.)

ULRICO.

¡Mansfeld! ¡Loado sea Dios que te trae á tiempo! Esta noche se da el golpe.

MANSFELD.

¡Loado sea Dios! (Alix ha vuelto á tomar su labor.)
¿Quién es esa niña?

ULRICO.

Alix. ¿No has recibido las cartas en que te hablaba de ella?

MANSFELD.

No la creía tan joven.

ULRICO.

Es valiente como un león. Sus ojos azules brillan como relámpagos cuando habla de sus hermanos.

MANSFELD.

¿Es tu mujer, no es así? ¿Su madre vive con vosotros?

ULRICO.

Su madre ha muerto.

MANSFELD.

La niña hubiera hecho mejor en quedarse al lado de su madre.

ULRICO.

¡Mansfeld!

MANSFELD.

Mejor hubiera hecho en quedarse al lado de su madre y en no vengar á sus hermanos.

ULRICO.

Mansfeld, mírala.

MANSFELD.

Sí, está dotada de belleza y de energía; pero no me gusta ver al lado del que camina al martirio una imágen tan dulce de la vida.

ALIX. (Acercándose de pronto.)

Eso sería bueno, señor Mansfeld, si yo no hubiera de seguirle.

MANSFELD.

Bien respondido, Alix. Venga esa mano. ¿Qué ruido es ése? (Tumulto de gente en la plaza. Ruido de caballos: cesa de repente, y en medio del silencio se oye silbar una cavatina.)

ULRICO.

Es el Conde que vuelve de la caza.

MANSFELD.

¡A ese extremo de imprudencia ha llegado!
¡En su ciudad natal! ¡El miserable abofetea á su madre!
¡Y ni una sola ventana se abre para responder á su provocación de palafrenero! Utrico, te has engañado. Ya es tarde ó todavía no es tiempo.

ULRICO.

Las nubes se apiñan antes de lanzar el rayo. Paciencia. (Pasa la esbalgata por delante de la casa. Alix se precipita á la ventana.) ¿Qué haces, Alix? ¿No has jurado evitar la vista de ese hombre?

ALIX.

Ahora ya puedo mirarle, puesto que va á morir. Quiero verle una vez.

ULRICO.

¿Levanta la vista? Dime si alza los ojos sobre tí.

ALIX. (A la ventana.)

¡Que pálido está! Parece la estatua de su sepulcro. ¿Es posible que sea joven todavía? ¡Hace tanto tiempo que practica el mal!.... No, no levanta la vista; va entretenido con sus galgos.... ahora se vuelve.... ¡Virgen María, qué mirada!....

(Se retira de la ventana, toda trémula, y cae sobre una silla.)

ULRICO.

Querida mía, su vista te ha hecho daño.

ALIX.

No es nada. Estaba yo mirando la gualdrapa carmesí de su caballo, cuando sentí de pronto su mirada fija en mí.

ULRICO.

Mirada y billete, Alix, todo lo pagará de una vez.

MANSFELD. (Que se ha quedado pensativo.)

Utrico, ¡ay de los pueblos que no practican la ingratitud! El padre de ese hombre había merecido bien de su patria; no era, como todos nosotros, más que el ciudadano de una ciudad libre, solo que era el más rico. En un año de escasez suma, gastó su caudal en dar de comer á Nuremberg y á toda la Franconia; á no ser por él, todos nuestros padres se hubieran muerto de hambre. Por salvarnos vendió todas las tierras que poseía en Suecia y en Livonia, y agradecidos nuestros padres le dieron ciertos privilegios y le edificaron ese castillo desde el cual su hijo exige ahora violentamente todos los atrasos de nuestra deuda. La gratitud de los pueblos, amigo, es un crimen para

con la libertad: la raza de los buenos ciudadanos debería condenarse al destierro como la de los grandes criminales. *Summa injuria, summum jus.* Supongo que no serán hombres de este país los que sirven de cortesanos á ese déspota.

ULRICO.

Los más son italianos, capitanes de su guardia.

MANSFELD.

Sí, la Italia es la que lo ha perdido. Seis años ha vivido en medio de aquellos cultos piratas y de aquellos feroces comediantes á quienes los italianos llaman sus príncipes. Me acuerdo de haberle visto antes de su viaje, aunque yo era todavía muy niño: lo mismo que una virgen se sonrojaba al dirigirnos algunas palabras afables; era delicado y enfermizo. Un día salvó á riesgo de su vida á un muchacho que se estaba ahogando en el Pegnitz, y mientras la madre le besaba las manos sin poder pronunciar una palabra, prorrumpió en sollozos y fué corriendo á ocultar su turbación. Grande impresión me hizo aquella escena. Aquella juventud prometía.

ULRICO.

Ahora hace llorar á las madres y sonrojarse á las doncellas; ahora tiene una cara impasible, en que la sangre no deja mancha, y que la crápula

no puede ajar: ni aun sé si el brillo de una daga que amenazase su garganta bastaría á labrar un pliegue en su máscara italiana. En fin, pronto lo veré.

MANSFELD.

¿Tú le vas á herir?

ULRICO.

Yo. Todos nuestros amigos lo ignoran aún, pues he querido guardar este secreto hasta el último momento. Á las siete y media nos aguardan en las ruinas de San Esteban para concertar las medidas supremas.

MANSFELD.

El Conde es suspicaz y está bien guardado.

ULRICO.

Lo sé. Sé también que su jubón está forrado de láminas de acero; pero guardo allí arriba en una cajita, como una joya sin igual, un talismán, delante del cual desaparecerán todos los obstáculos, y es una carta de nuestro antiguo maestro, el doctor Staumer, dirigida al Conde. Staumer se hallaba moribundo en Viena hace cinco meses, cuando el Conde le mandó llamar con toda urgencia: el Conde padece un mal interior que le roe el pecho, mal que también padeció su padre, y de que le curó Staumer. Staumer era un dios para él; al

mismo tiempo recibí la noticia de la muerte del doctor, y una carta en la que me recomienda al Conde como el mejor de sus discípulos. Delante del médico, claro está que se abrirá el jubón de las chapas de acero; con un mismo golpe le curaré á él de sus males y á nosotros de los nuestros.

MANSFELD.

Bien, pero ya se hace de noche: ¿no es éste el momento de la cita?

ULRICO.

Sí, vamos. (Se vuelve hacia Alix, que se ha quedado dormida con la cabeza apoyada en las manos.) Esa emoción la ha quebrantado. Ya no la veré más ni dormir ni velar.

MANSFELD.

Ven.

ULRICO. (Mirando á Alix con ternura.)

Volveré para tomar la carta.

MANSFELD.

Mejor harías en tomarla ahora.

ULRICO.

No, volveré, es más seguro; vamos..... (Vanse.)

II.

Una estancia subterránea en las ruinas del convento de San Esteban, en la que hay varias hileras de asientos de piedra y un púlpito enfrente de los asientos; encima del púlpito un crucifijo de medio relieve esculpido en la pared. La escena está iluminada por teas hincadas en argollas de hierro sujetas á las paredes. Como hasta veinte conjurados, algunos de ellos enmascarados, ocupan una parte de los asientos; van llegando otros nuevos y sentándose después de haber dado el santo á un hombre que está de pie á la puerta con una espada desenvainada en la mano.

Entran ULRICO y MANSFELD.

MANSFELD.

¿Quiénes son esos tres que llevan capuchas blancas como la tuya? ¿Los otros jefes?

ULRICO.

Sí. Ese que está más cerca de nosotros, el más gordo, es el síndico del gremio de los roperos, maese Enrique Fritzlar; con él contamos al comercio por nuestro. Es rico y tiene dos hijas hermosísimas; por ambas razones es enemigo del conde.

mismo tiempo recibí la noticia de la muerte del doctor, y una carta en la que me recomienda al Conde como el mejor de sus discípulos. Delante del médico, claro está que se abrirá el jubón de las chapas de acero; con un mismo golpe le curaré á él de sus males y á nosotros de los nuestros.

MANSFELD.

Bien, pero ya se hace de noche: ¿no es éste el momento de la cita?

ULRICO.

Sí, vamos. (Se vuelve hacia Alix, que se ha quedado dormida con la cabeza apoyada en las manos.) Esa emoción la ha quebrantado. Ya no la veré más ni dormir ni velar.

MANSFELD.

Ven.

ULRICO. (Mirando á Alix con ternura.)

Volveré para tomar la carta.

MANSFELD.

Mejor harías en tomarla ahora.

ULRICO.

No, volveré, es más seguro; vamos..... (Vanse.)

II.

Una estancia subterránea en las ruinas del convento de San Esteban, en la que hay varias hileras de asientos de piedra y un púlpito enfrente de los asientos; encima del púlpito un crucifijo de medio relieve esculpido en la pared. La escena está iluminada por teas hincadas en argollas de hierro sujetas á las paredes. Como hasta veinte conjurados, algunos de ellos enmascarados, ocupan una parte de los asientos; van llegando otros nuevos y sentándose después de haber dado el santo á un hombre que está de pie á la puerta con una espada desenvainada en la mano.

Entran ULRICO y MANSFELD.

MANSFELD.

¿Quiénes son esos tres que llevan capuchas blancas como la tuya? ¿Los otros jefes?

ULRICO.

Sí. Ese que está más cerca de nosotros, el más gordo, es el síndico del gremio de los roperos, maese Enrique Fritzlar; con él contamos al comercio por nuestro. Es rico y tiene dos hijas hermosísimas; por ambas razones es enemigo del conde.

MANSFELD.

¿Y ese que está encorvado en su asiento, con las rodillas casi en la boca?

ULRICO.

Es el banquero Munius.

MANSFELD.

¿Un judío?

ULRICO.

Sí, un judío, pero aborrece al Conde, su maestro en punto á usura. Munius nos da todo el barrio de judíos. El tercero, aquel largo y flaco, es una especie de aventurero, capitán nato de todos los pillos de la ciudad; lo hemos engançado para que no esté contra nosotros; es un matón de mala especie, pero bueno para un golpe de mano. Confío que morirá en la lid con la mayor parte de su cuadrilla. Se llama Ranucio de Bizancio.

MANSFELD.

¿De Bizancio? No me suena bien ese nombre. ¿Y quién es aquel personaje que está allá apartado de todos y tiene á su espalda dos espectros inmóviles?

ULRICO.

Salado, un estudiante de mala cabeza, pero de buen corazón. No sé quién son sus dos acólitos.

(Ya han entrado todos los conjurados y está cerrada la puerta.)

ULRICO. (Subiendo al púlpito.)

Amigos: si hay entre vosotros alguno que sienta en esta hora decisiva flaquear su corazón ó penetrar el menor escrúpulo en su conciencia, que lo diga ingenuamente; yo juro que se respetará su vida, y que sólo por pura precaución se le retendrá prisionero en esta estancia hasta mañana. Más vale ser débil que traidor; pensadlo bien: ¿nadie responde? (Silencio.) Ahora, en nombre de todos vosotros, yo, vuestro jefe libremente elegido, declaro traidor á cualquiera de los presentes que en el momento del peligro hase más en las palabras que en las obras, y doy poderes á todos y á cada uno de nosotros para herirle de muerte como á un traidor.

LOS CONJURADOS.

¡Amén!

ULRICO.

Ya sabéis que nuestros hermanos de Farth, Wurtzburgo, de Bamberg, fiados en nuestro empeño, van á levantarse esta noche y arrojar de sus ciudades á los gobernadores del Conde. Si demorásemos nuestra empresa un solo día, los venderíamos cobardemente, entregándolos á una muerte segura; vamos, pues, á consumir esta noche el grande acto para el que fraternalmente nos hemos conjurado.

TODOS.

¡Amén!

ULRICO.

Diga ahora cada jefe lo que ha resuelto hacer; luego hablaré yo por los estudiantes y por mí.
(Enrique Fritzlar sube al púlpito y se queda pensativo, con las manos cruzadas sobre su enorme barrigón.)

SALADO. (Gritando.)

¡Más alto! que no se oye.

FRTZLAR. (Desdeñoso y solemne.)

Dignáos, hermanos míos.

SALADO.

¡Bien, muy bien!

FRTZLAR.

A todo el mundo es notorio que maese Salado, por otro nombre Apura-botellas, me está siempre acosando con sus impertinencias, resentido de que lleva seis meses de rondar por debajo de las ventanas de mis hijas sin lograr obtener de ellas el más leve favor.

SALADO.

Una sola palabra va á confundiros, buen hombre. Vuestras amables hijas, de un padre hermoso vástagos más hermosos todavía, como dice Flaco, me echaron la otra noche, no ya un ramillete, sino todo un arbusto en flor; ¡ah!

FRTZLAR.

Sí, ¡con el tiesto! Parece que os olvidáis del tiesto, amiguito.

SALADO.

Un arbusto no prende en la palma de la mano; diciendo arbusto, creo que se subentiende suficientemente el tiesto. El tiesto era un favor más.

ULRICO.

¡Señores!

FRTZLAR.

Por mi parte cumpliré lo que he prometido. En cuanto se abran las puertas del castillo, y ni un minuto antes, tocará rebato la campana mayor; los gremios armados se reunirán en la plaza del Mercado, y los síndicos en el Ayuntamiento, donde redactaremos una exposición al Emperador para implorar su protección y reconocer su señorío mediante la conservación de nuestros fueros.

SALADO.

Excelente, pero contradictorio.

FRTZLAR. (Animándose.)

Sin embargo, no quiero ocultarlo: si Enrique Fritzlar conserva voz y voto en el Ayuntamiento, la ciudad de Nuremberg decretará su primera ley de policía contra esa clase turbulenta de mozos inselentes que, so pretexto de dedicarse á estudios

cuya importancia dista mucho de compensar los inconvenientes que la resiliencia..... (Murmillos en una parte del auditorio.)

SALADO.

¡Dejadle, dejadle! le desafío á que concluya su frase; prosigue, pozo de ciencia. (Fritzar baja del púlpito en medio de una risa general.)

MUNIUS. (Desde su asiento humildemente.)

Dignos señores, tengo tan poco que decir.....

SALADO.

¡Al púlpito!

MUNIUS.

Sólo dos palabras.

SALADO.

Ni una sola. Al púlpito.

MUNIUS. (Subiendo al púlpito.)

Diré una sola palabra.

SALADO.

Pues decidla.

MUNIUS.

¡Así me caiga un ojo de la cara á cada mentira que diga! Mis hermanos y yo marcharemos al socorro de los bizarros estudiantes y de los valerosos gremios de la respetable ciudad de Nuremberg; pero así me caiga muerto aquí mismo, y antes dos veces que una, si no sale de mis labios la pura ver-

dad; somos unos pobres infelices que nos quedamos á perecer con nuestros pobres hijos, si en el tumulto nos saquean nuestras pobres casas.

SALADO.

¡*Thesaurus lingue!* ¡Tesoro de elocuencia! *Et veritatis*, y de verdad. Proseguid, vírgen de Sión.

MUNIUS.

Esa es la razón por que deseáramos que se nos asegurase una protección para nuestras casas, mientras estemos ausentes.

RANUCIO DE BIZANCIO. (Con voz estentórea.)

Eso corre de mi cuenta. (Se precipita al púlpito, del cual baja Munius precipitadamente. Ranucio prosigue.)

De mi cuenta corre, digo, velar con mi gente sobre las casas de los judíos; mi propósito, además, es estar un poco á la mira de todo. Pienso cubrirme de gloria de pies á cabeza desde que empiece la danza hasta que salga el sol. Mi plan es sencillísimo; hèle aquí en dos palabras: coloco á ciento de mis leones á espaldas del castillo; apenas advierten que hay tumulto en el interior, se precipitan, acuchillan á la guarnición y derriban las tapias en los fosos. Otros ciento de mis perros de presa, desparramados con disciplina por el barrio de los judíos, se irán presentando sucesivamente á las puertas de todas las casas, que se ha-

brá cuidado de dejar abiertas de par en par para que las recorran militarmente y se aseguren de que todo está tranquilo, y en especial de que las mujeres obtienen el debido respeto. Entretanto yo, al frente de doseientos héroes, flor y nata de mi gente, me precipito en persona sobre los cuatro ángulos de la ciudad, con una tea encendida en una mano y esta espada en la otra. Como he batallado un poco por esos mundos, y he asistido á más de una toma de ciudad en que, por decirlo así, nadábamos hombres y caballos en sangre hasta las rodillas, no hay temor que me falte resolución. Es preciso espumar la olla mientras está hirviendo; tal era la opinión de mi abuela, tal es también la mía. Amigos ó enemigos, á nadie reconozco. ¿Es éste ó aquél? ¿Qué sé yo! ¿Se llama de un modo ó se llama de otro? Lo ignoro. En tales momentos el hombre no es hombre, es el filo de una espada. ¡Peguen fuego á su casa! ¡Un tajo á ese paisano! ¡Sus! ¡sus! ¡á mí! ¡Ranucio! ¡Ranucio! ¡cierra! ¡pillal! ¡mata! ¡saqueo, saqueo!

(MUCHAS VOCES.)

¡Fuera ese bárbaro!

RANUCIO. (Limpiándose el sudor de la frente.)
¡Cómo! ¿Qué dicen esos mercachifles?

LOS CONJURADOS.

¡Id muy moramala con vuestros leones, con vuestros héroes!

RANUCIO.

Hablemos claro, señores, y sepamos en qué quedamos. ¿Vamos á pelear, ó no? ¿Es costumbre batirse con almohadas y monjiles de viuda? Yo creía que íbamos á pelear.

ULRICO.

Señores, Ranucio es un soldado. Se ha explicado mal: lo que ha querido decir es que será inexorable con los partidarios del Conde.

RANUCIO.

Por supuesto.

MUNIUS.

Si la gente del capitán Ranucio entra en nuestro barrio, nosotros nos quedaremos en él para defender á nuestras mujeres y nuestras haciendas.

RANUCIO.

Judío, el que insulta á mi gente me insulta á mí.

MUNIUS.

Señores, señores, es un ladronazo. Me está debiendo doseientos florines que me ha sacado sobre hipotecas falsas.

RANUCIO.

Judío, eres un aleve traidor.

MUNIUS.

Salé á robar de noche por las calles.

RANUCIO.

Hay que convenir en que esto es insopportable.
(Descuza su espada y baja del púlpito.)

ULRICO. (Poniéndosele delante.)

Ranucio, y tú, judío, ¿queréis perdernos con vuestras miserables rencillas? ¿Tenéis alma? ¿Pensáis en la hora en que estamos? Judío, nada temas; yo te respondo de tus bienes sobre mi honor. Ya me entiendes, Ranucio; hay muchos modos de hacer traición, y la mayor para con la libertad es un crimen cometido en su nombre, una villanía cubierta con su escudo. Ranucio, abraza al judío.

RANUCIO.

Olvidemos lo pasado, digno Munius. (Le abraza.)

MUNIUS.

¡Socorro! ¡que me ahoga!

RANUCIO.

Te engañas, Munius, en orden á la significación de mi abrazo.

MANSFELD. (En voz baja á Ulrico.)

Créeme, mejor haríamos en dejarlo é irnos á vivir lejos de aquí.

ULRICO.

Ya es tarde. Está seguro, amigo, de que todas

estas mezquinas discusiones desaparecerán muy pronto ante el sentimiento de un deber común y de un peligro presente.

SALADO. (Desde su asiento.)

Señores y hermanos míos....

FRI TZLAR.

¡Al púlpito!

SALADO.

Es inútil. Sólo voy á dirigiros algunas palabras para daros aliento.

FRI TZLAR.

¡Al púlpito! ¡al púlpito!

SALADO.

Con mucho gusto. (Sube al púlpito, seguido de los dos enmascarados, que no se han apartado de él ni un momento en toda la sesión.) Hermanos míos, si hay alguna cosa capaz de conturbar un espíritu valeroso, es sin duda la imagen de una muerte cercana, sobre todo cuando esa muerte se representa escoltada con el horrendo aparato de una refinada tortura. Mi flaca humanidad se estremece á pesar mío, cuando al consideraros á todos vosotros los que estáis presentes, me digo: ¡Ah! todos esos rostros, de los cuales la mayor parte me son familiares, unos ovalados, otros redondos, todos animados por los colores de la salud, serán todos dentro

de algunos instantes caras igualmente lívidas, todas igualmente contractadas por la sorpresa de una muerte violenta. (Murmullos.) He ahí una porción de seres vivos y bien conformados, que acaban de cenar sosegadamente con sus familias, que andan y que digieren, cuyos órganos todos, en fin, disfrutan de movimiento sano y regular, y que mañana por la mañana estarán todos uniformemente tendidos sobre el polvo, masas inertes y tristes de ver, aun para los ojos de sus más próximos allegados. (Murmullos más violentos.) De un solo revés todas esas cabezas habrán caído de encima de todos esos cuellos! ¡Basta, basta! Los dientes apretados, las bocas horriblemente entreabiertas, los músculos encogidos, los ojos vidriosos ó sanguinolentos, todas habrán rodado confundidas con troncos agitados por espantosas convulsiones sobre la hierba húmeda con el nocturno rocío, al canto final de las avecillas. ¿Sobrevive tal vez la sensibilidad á la degollación? (Tempestad de gritos: ¡Fuera! ¡Fuera!

MANSFELD.

¿Qué es eso? ¿Habéis perdido la cabeza?

SALADO.

No, señor, pero la perderé muy en breve, lo mismo que vos la vuestra. No me sorprende cier-

tamente la impaciencia de los valientes que me interrumpen, y les perdono que hayan interpretado mal mis intenciones. Escasamente había llegado al fin del primer tercio de mi exordio; después de haber aludido á la miserable suerte que nos aguarda, proponíame, por medio de una brusca transición, demostrar la grandeza del hombre que sabe domar sus vivos instintos y sejuzgarlos con el freno de los sentimientos generosos: parecíame oportuno presentar con fuertes colores el cuadro de nuestros peligros, á fin de realzar tanto más el valor de los que los arrostran; plan por cierto tan bueno como otro cualquiera; pero pues no quieren escucharme, punto concluído.

FRITZLAR.

¡Es un traidor! ¡Los dos desconocidos que le acompañan son espías del Conde!

SALADO.

Ahí os esperaba yo, ¡oh rencoroso síndico! Estos dos hombres son, en efecto, dos reclutas de mi mano. Mucho tiempo ha que me parecía de desear que hubiera en nuestra sociedad dos individuos, por lo menos, cuya fidelidad no fuese dudosa, y los he hallado por fin, hermanos míos, y aquí os los presento. Vanamente atormentarian y descuartizarían á estos dos caballeros por arran-

carles una sílaba sola tocante á nuestra conspiración, y no tengo rebozo en decir que estoy más seguro de ellos que de ninguno de vosotros y aun de mí mismo; verdad es que disfrutan el discreto privilegio de ser sordo-mudos de nacimiento. (Risas y murmullos. Saludo baja triunfante del púlpito, al cual sube Ulrico.)

ULRICO.

¿Es esta una asamblea de hombres que preparan la libertad á su patria ante los ojos de Dios vivo, ó estamos en la antesala del tirano entre bufones que bromean y lacayos que disputan? Uno hay aquí ante quien todos debemos sonrejanos, porque movido á compasión de nosotros, movido á compasión de nuestras madres, de nuestras hermanas, de nuestros hijos, ha resuelto sacrificarse solo, tomar sobre sí el acto decisivo de la lucha, que es la muerte del Conde, y no dejar á los otros más que el peligro secundario de matar ó de hacer merced de la vida á hombres privados de su jefe. Sólo ese, ya le sirva bien, ya le venda su mano, tiene que morir precisamente. Tanto como vosotros, acaso más que vosotros, estaba apegado á la vida con dulces y poderosos vínculos.... ¡y este es el estímulo que le damos en su hora suprema! Por evitar un dolor á

nuestros corazones, rasga él su corazón con su propia mano.... ¡y este es el adiós que damos á la generosa víctima! ¡Oh amigos! yo conozco á esa víctima; junto á ella estaba hace un momento; tenía asida su mano y la sentía temblar. ¿Temblaba acaso de miedo? No, pero dudaba; su alma estaba traspasada de dolor; oyendo en tales momentos vuestras indignas disputas, dudaba de vuestra sagrada causa, dudaba de su sangre que va á derramar por ella.... ¿Osáis blasfemar en torno de un amigo moribundo? Estáis al pie de su lecho de agonía.... os tiende la mano, os dice por mi voz: «¡Amigos míos, apartad de mis labios ese cáliz demasiado amargo; tened misericordia de mi alma, devolvedle la fe! ¡No me dejéis morir desesperado, morir sin creer en los nombres por que muero, sin creer en la patria, en la libertad, en la santa fraternidad humana!....» Amigos, hermanos, escuchemos esa voz que no volveremos á oír ya más; si tenéis un corazón, vosotros, todos los que estáis presentes, yo os lo suplico de rodillas, pidamos perdón á Dios de haber infundido en esta solemne hora dudas tan impías en el alma de un mártir. (Se arrodilla.)

LOS CONJURADOS. (Arrodillándose.)

¡Viva Ulrico! ¡Muera el Conde! ¡Viva la patria!

ULRICO.

Gracias, gracias por él. Ya es llegada la hora: ¿no hay aquí algún sacerdote? (Se adelanta un sacerdote hasta el pie del púlpito.) Padre mío, esta noche va á morir el Conde Otocar de Altena, falsamente llamado Conde soberano de Franconia. Con la violencia nos ha robado la libertad que nos diera Dios, con la violencia le arrebatemos, en nombre de Dios, lo que nos ha robado. Vuestro puesto, padre mío, no está en la lid; toda la noche haréis oración delante de ese crucifijo por el alma del Conde, pues si es un acto impío dejarse despojar de la santa libertad que se ha recibido del cielo, también la vida es cosa santa, y debemos arrodillarnos delante de Dios cuando matamos, aunque sea un tirano. Al mismo tiempo, padre mío, pediréis á Dios por el que va á herir al Conde.

EL SACERDOTE.

¿Quién es, hijo mío? (Estremecimientos y murmullos entre los conjurados.)

ULRICO: (Se arrodilla y hace oración: luego levantándose.)

Yo.

SALADO.

¡Bravo!

ULRICO.

Mis amigos rodean el castillo y al primer grito

de alarma forzarán la guardia. Bueno sería que uno de vosotros tuviese el arrojo de entrar detrás de mí para dar la señal desde dentro. ¿Quién me seguirá?

MANSFELD.

Yo.

SALADO.

Señor forastero, yo os saludo.

ULRICO.

Amigos míos, ahora á vuestros puestos. Si dentro de un cuarto de hora no estoy en el castillo, llamadme traidor. Ven, Mansfeld. (Los conjurados se dispersan.)

SALADO. (Corriendo detrás de él.)

Mal me has tratado en tu filípica, pero no importa; permíteme que te dé un abrazo.

ULRICO. (Rechazándole.)

Déjame.

SALADO.

¿No? pues te arrepentirás, como hay Dios; te morderás las uñas que será un gusto. (Vase.)

III.

En casa de Ulrico. Entran Ulrico y Mansfeld. Alix se levanta como sobresaltada y permanece en pie, toda trémula, apoyada en el respaldo de un sillón. Ulrico se acerca á ella, la mira un momento en silencio, y luego la besa en la frente muy conmovido.

ALIX.

¿Ya ha llegado el momento?

ULRICO.

Mansfeld irá conmigo. Nos ayudaremos uno á otro, y Dios nos ayudará. Nada temas.

ALIX.

¿A qué hora?

ULRICO.

Ahora mismo. Vamos, hermosa mía, si quieres que conserve mi valor, no tiembles. (Á Mansfeld.) Voy arriba á tomar la carta de Stanmer. (Sube por la escalera de caracol y desaparece.)

MANSFELD.

Alix, valor, en nombre de Dios. De una sola lágrima de una mujer suele depender, hija mía, el

honor de un hombre, y á veces el destino de un pueblo. (Alix coge sin responder la mano de Mansfeld; en el mismo instante se oye un grito en la estancia superior, y Ulrico baja la escalera corriendo, pálido y desencajado.)

ALIX.

¡Dios mío! ¿qué es eso?.... Ulrico; ¿qué tienes?

ULRICO.

¡La carta!.... ¡No encuentro la carta!.... ¡La caja está vacía!.... Alix, alguno ha entrado aquí. Dí, ¿quién ha venido? ¡Habrás dejado la puerta abierta al salir, desgraciada!....

ALIX.

¡Es posible!.... Pero no, no me acuerdo.... Y luego ¿con qué interés pueden haber hecho ese robo? ¿No has ocultado á todo el mundo la existencia de esa carta? ¿Quién puede haberla cogido?.... ¿Has buscado bien?

ULRICO.

¿Si he buscado bien? Te digo que la caja está vacía. ¡Misericordia de Dios! ¡No hay remedio, no hay remedio! ¿Y cómo acercarme ahora al Conde? ¿Qué pretexto, qué medio queda? Me recibirá en medio de su guardia, con su coraza en el pecho. Es imposible.... ¡Soy perdido!!!

MANSFELD.

¿Dónde estaba la llave de la caja?

ULRICO.

Colgada de mi cuello, en esta cadena; ¡han forzado la cerradura!

MANSFELD.

¡Es extraño! ¿Y á nadie habías confiado el secreto de esa carta?

ULRICO.

¡Á nadie, jamás! Alix, ¿has salido esta tarde?

ALIX.

Un instante solamente; en cuanto he tenido tiempo para llegar á Santa Clara, encender una vela y volver. Además, estoy segura de haber cerrado la puerta.

ULRICO.

¡Dios mío!.... (Se llega corriendo á una de las ventanas.) ¿Quién ha roto este vidrio? ¿Lo has roto tú?

ALIX.

¿Un vidrio roto? No lo había visto. No, estoy segura de que no lo he roto.

MANSFELD.

Y por aquí fuera están tronchadas algunas ramas de la parra. Alguno ha entrado y ha salido por aquí.

ULRICO.

Sí, eso es.... mientras has estado fuera.... ¡Oh,

Dios mío, Dios mío! ¡Y yo que he prometido.... que he jurado!.... De seguro no me creerán; dirán que he faltado á mi palabra, que he quebrantado mi juramento, que he tenido miedo.... ¿Y qué hago? ¿qué puedo hacer ahora? (Su retuerce los brazos desesperado.)

MANSFELD.

No hay más que una cosa que hacer: avisar á los conjurados sin perder ni un instante. Á lo menos salvemos sus cabezas.

ULRICO.

¿Y á los de Bamberg? Y á los de Wurtzburgo? Y á toda la Franconia, ¿la avisarás también? Vivo el Conde, su levantamiento no servirá más que para designarle víctimas.... ¡Se han fiado en mi palabra de honor, y por ella van á morir! ¡Oh, miserable, miserable de mí!....! Y la verdad es que los vendo en efecto.... yo hubiera debido tener dispuestos varios medios.... ¡Dios mío! ¡He vendido á mis hermanos!.... ¡Cuando hablen de tí, pobre mozo, no te compararán á Bruto, no; te llamarán Judas! (Se cubre el rostro con las manos.) Mira cómo te vengo, Alix mía.... ¡Ah! razón tenías en despreciarme.... ¿Quién sabrá siquiera si ha existido nunca tal carta? He mentado, amigos míos, nunca he tenido esa carta.... Mira, Mansfeld, ve-

te..... Diles lo que quieras..... Es preciso acabar con este infierno que tengo en la cabeza. (Desenvaina violentamente la daga.)

ALIX. (Deteniéndole la mano.)

Dámela. Ve á reunirte con tus amigos, y estad todos prontos. Yo mataré al Conde.

ULRICO.

¡Estás loca, Alix!

ALIX.

Quedarías deshonorado, tú lo has dicho; serías un infame, y yo no quiero que lo seas, y quiero vengar á mis hermanos. Hace un momento abrí tu Biblia; Dios mismo me puso delante de los ojos la historia de Judit. Lo que ella hizo por su pueblo, voy á hacerlo por el mío. El billete que me tiró esta mañana el Conde me bastará para entrar.

ULRICO.

No, no puedo resistir á esa idea.

ALIX.

Pues qué, ¿no queda todo lo mismo? ¿Creías acaso haberme engañado? Bien sabia yo que era imposible que sobrevivieses á tu empresa: ¿no habíamos, por consiguiente, de morir ambos esta noche? ¿Qué importa lo demás? Déjame partir, amigo mío.

ULRICO.

¡Qué horrible, qué horrible pensamiento! Mansfeld, ¿crees que debo consentirlo?

MANSFELD.

Debes.

ULRICO.

Pues bien, Alix..... ¡Ah! ¿por qué te he conocido?..... ¿por qué te he amado?

ALIX.

El tiempo vuela; déjame salvar tu honor.

ULRICO.

¿Pero será posible, Dios mío, que no haya otro medio?

MANSFELD.

No lo hay.

ULRICO.

Pues bien, que vaya..... Un instante solamente; concédeme un instante..... Si encontrase esa carta..... voy á ver... no os pido más que un minuto. (Sube precipitadamente la escalera.)

MANSFELD.

Antes dudé de vos, Alix; perdonadme. Si queréis creerme, partid sin volverle á ver.

ALIX.

Sí, amigo, sí, tenéis razón..... pero, sin embargo, tendría que..... Estoy tan descompuesta..... y

necesito parecer hermosa á ese Conde. ¡Ah! conozco aquí cerca á una vieja judía que trafica en ropas y galas.... Entraré un momento en su casa. Adiós.

MANSFELD. (Se inclina y besa la mano á Alix.)

Adiós. (Vase.) Quisiera que me tragase la tierra antes de que baje ese desgraciado. (Baja Ulrico.)

ULRICO.

Nada, nada. ¿Dónde está Alix?

MANSFELD.

Se ha ido.

ULRICO.

¿Se ha ido? ¡Cómo! ¿Y tú la has dejado salir?

MANSFELD.

Yo le he rogado que se vaya.

ULRICO.

Sí, ella por sí no hubiera tenido valor.... Has hecho mal, Mansfeld, muy mal. Necesito hablarla; quiero volverla á ver.

MANSFELD.

Ulrico, sé hombre.

ULRICO.

No la disuadiré, pero quiero volverla á ver.... ¿Por dónde ha ido? Mansfeld, amigo mio, dímelo por Dios.

MANSFELD.

No lo sé.

ULRICO.

Cuidado, Mansfeld; mira que estoy decidido á volverla á ver. Voy corriendo al castillo y la aguardaré á la puerta.

MANSFELD.

No lo harás.

ULRICO.

Lo haré; por mi honor que lo haré. ¡Tú no has amado nunca, Mansfeld, cuando crees posible que me separe de ella así! Preciso es que la hayan hecho salir por fuerza.... Pero, loado sea Dios; nunca tendrá valor.... volverá, estoy seguro de que volverá.

MANSFELD.

No.

ULRICO.

Pues bien, yo iré á buscarla.

MANSFELD.

Ulrico, ahora sí que verdaderamente vas á ser traidor.

ULRICO.

Te engañas, ya te lo he dicho. Tú crees que voy á detenerla, á disuadirla!.... y no, no quiero más que verla y abrazarla por última vez.... Tú no comprendes nada.

MANSFELD.

Si la vuelves á ver, no la dejarás concluir.

ULRICO.

Pues bien, sí, tienes razón; la mataré, me mataré en seguida, y suceda lo que suceda. No quiero que sea del Conde..... Seré un traidor; ¿qué me importa? La amo, soy su amante..... sería un miserable si la entregase á otro. Déjame pasar.

MANSFELD.

Ulrico, ¿conque es decir que cuando hablabas de libertad y de patria mentías descaradamente?

ULRICO.

¡Ah, cruel, cruel! Bien sabes que yo estaba decidido á morir y á perderla; pero echarla en los brazos de otro..... no puedo..... ese sacrificio es superior á mis fuerzas..... Sólo de pensar en ello me parece que se me hiela el corazón. No puedo explicarte cómo la amo; toda la sangre de mis venas está llena de ella. ¡Comprende lo que te digo! Se me figura que su abrasado aliento corre por mis huesos y los quema. En fin, la amo como un insensato..... Déjame pasar.

MANSFELD.

No,

ULRICO.

¡Ira de Dios! Déjame pasar, Mansfeld.

MANSFELD.

No. (Desenvaina su espada.)

ULRICO. (Cogiendo su espada de encima de la mesa).
¡Ah! ¡No quieres, no quieres!

MANSFELD.

La traición no pasará por esta puerta mientras yo viva.

ULRICO.

Pues muere. (Riñen.) Mansfeld cae atravesado el pecho de una estocada. Ulrico empuja el cadáver con el pié y se precipita fuera de la estancia.

IV.

Una sala en el castillo de Reichsverta, residencia del Conde.
En medio de la sala una mesa cubierta de vajilla de oro.
El Conde está acabando de cenar.

OTOCAR DE ALTENA, MUZEDIN, enviado de la Sublime Puerta, Pajes, un CAPITÁN de la guardia italiana.

OTOCAR.

Sin lisonja, señor Muzedin, habláis el alemán como un verdadero purista. ¿Conque os volvéis á Constantinopla? Si tenéis por allá algun médico que entienda de dolencias del pecho, hacedme el obsequio de enviármelo. Uno tenia yo muy sabio, que asistió perfectamente á mi padre; pero me dicen que se ha muerto, lo cual me quita toda confianza en él.

MUZEDIN.

Lo comprendo.

OTOCAR.

¿Lo comprendéis? Hay cierta delicadeza en vuestra respuesta. Otro hubiera dicho «sin duda», pues que se ha muerto. Vos os limitáis á decir: «lo com-

prendo», expresión delicada, matiz de lenguaje. Poseéis muy á fondo el alemán, lo repito.

MUZEDIN.

Vuestra Alteza me favorece demasiado.

OTOCAR.

No, ciertamente que no. ¿Y decís que el Emperador os ha recibido muy bien?

MUZEDIN.

Bastante bien.

OTOCAR.

¡Bastante bien, nada más! Otro matiz de lenguaje. La diplomacia no vive más que de matices, señor Muzedin. Un matiz en política vale por un cañonazo. Por un matiz mal comprendido ó mal expresado, el mundo se conmueve y los pueblos se destrozan sin piedad.

MUZEDIN.

Dios es grande.

OTOCAR.

Y los hombres son pequeños; ya veis que no hago más que completar vuestro pensamiento, y justo es que me permitáis alimentar mi conversación con las migajas de la vuestra. Preciso es confesaros que esta es la cena más agradable de que conservo memoria. Excelente idea habéis tenido en apartaros un poco de vuestro camino para venir

á verme. Yo vivo muy solitario á causa de la penuria de hombres de ingenio que se advierte de algunos años á esta parte; así es que me véis con tanta boca abierta cuando habláis, como si oyese á un cisne. ¿Queréis creer, señor Muzedin, que años atrás estuve á punto de ceñirme el turbante?

MUZEDIN.

¿El turbante?

OTOCAR.

El turbante. No precisamente á causa del turbante en sí mismo, sino á causa de las mujeres. ¿Cuántas mujeres tenéis, mi apreciable huésped?

MUZEDIN.

Sesenta, señor serenísimo.

OTOCAR.

¿Nada más que sesenta? Mil y ciento tenía Salomón, si no me es infiel la memoria. Salomón era prudente y sabio; con menos lo fueran otros.

MUZEDIN.

¿Y efectivamente Vuestra Alteza ha estado á punto de ceñirse el turbante?

OTOCAR.

En un tris estuvo, señor Muzedin: formábame en mi imaginación una idea deliciosísima de vuestros serrallos; representábame bajo un cielo siempre puro y en medio de aromáticos jardines, gran-

des pajareras de alambre de oro, llenas de canoros pajarillos, fuentes murmuradoras y mujeres lánguidas, de ojos rasgados, tamaños como puertas. Veíame á mi propio ligeramente vestido en medio de aquel agradable caos. ¿Gustáis de que os ofrezca un sorbete?

MUZEDIN.

¿Y cómo ese cuadro tan vivo, que me transporta á las orillas del Bósforo, no os decidió, señor Conde?

OTOCAR.

Lo pensé bien, y ví que no hubiera sido feliz; toda mi vida la hubiera pasado en codiciar los serrallos de mis vecinos, y me hubiera acarreado mil disgustos. En este país tenemos un precepto que dice: «Es preciso contentarse con lo que se tiene y pasarse sin lo ajeno»; precepto que yo practico al revés. Poco me importa pasarme sin lo que tengo; pero lo que no tengo es para mí lo necesario.

MUZEDIN.

¡Já, já, já!

OTOCAR.

¿Os reís? Mucho lo celebro. El que logra hacer reír á un hombre de talento, tiene alguna probabilidad de no ser enteramente un bruto.

MUZEDIN.

Sin duda.

OTOCAR.

Gracias por la lisonja. Hay en vos algo que recuerda al griego del Bajo Imperio; sabéis adular con maña. Yo comparo á los aduladores delicados con los rosales que nos halagan naturalmente con sus perfumes sin dar señal de advertirlo.

MUZEDIN.

En efecto, en efecto.

OTOCAR.

¿No es así? De esta suerte, señor Muzedin, paso yo la vida formulando en máximas más ó menos felices todas las cosas que he observado. ¡Os sorprende lo que digo! Veo que os formabais de mí la idea de un tirano brutal y absolutamente iliterato; pero habréis de saber que yo ejerzo la tiranía por una razón filosófica. Por donde quiera he hallado en la naturaleza una ley inmutable, á saber: el derecho del fuerte sobre el débil. Los árboles grandes ahogan á los pequeños; el león reina en las selvas por el derecho de sus garras y de sus músculos sin pares. La naturaleza dice á los fuertes: vuestro es el dominio; el que se siente fuerte y no le toma, es un necio. El último de los pinches de mi cocina que se quejan de mi despo-

tismo, aplasta á cada paso que da á millares de seres vivos que hacen retumbar sus imperceptibles reinos con gritos de dolor y de maldición contra aquel infame pinche que es su tirano. Tened por cierto que existen en el más ruin hormiguero de cuantos se ven á flor de tierra, rimeros de volúmenes en que se consigna gravemente que en tal año de la fundación del susodicho hormiguero la mitad de un pueblo libre pereció víctima de la brutal invasión de un déspota desconocido, y ese año no es más que el minuto en que la pata de un barrendero se apoyó allí por casualidad. Tal es el orden de la naturaleza. Cada grada de la escala infinita de los seres pesa sobre la grada siguiente. Observad bien lo que os voy á decir, señor Muzedin: ¿dónde empieza la opresión? ¿dónde acaba? Haberme creado, sin dejarme la elección de ser ó de no ser, paréceme que constituye ya un abuso inaudito de poder. La opresión es el consejo que nos dan todas las voces del universo, la exhortación que se transmiten las víctimas de escalón en escalón. Si mañana uno más fuerte que yo me derribase de mi solio soberano y se sentase en él en mi lugar, mis últimas palabras serían que el picaro tiene razón. ¿Qué tenéis que decir á esto, señor Muzedin.

MUZEDIN.

Nada á fe mía.

OTOCAR.

Pues á fe mía que hay muchas cosas, sin embargo, que se pudieran objetar á lo que digo, sin ser un pozo de ciencia; pero vos preferiríais, bien lo veo, pasar toda vuestra vida por un asno, á quebrantar por un momento las leyes de la cortesía. (A un paje que entra.) ¿Qué hay?

EL PAJE.

Señor, cuatro desconocidos, que se dicen vecinos de Nuremberg, solicitan licencia para revelar á V. A. secretos de vida ó muerte.

OTOCAR.

Que entre primero el de más edad. (Vase el paje.) Señor extranjero, podéis quedaros; vuestro ingenio curioso y observador hallará aquí tal vez en qué entretenerse. (Entra Enrique Fritzlar pálido y trémulo.)

OTOCAR.

Me parece que conozco esa cara. ¿Quién sois?

FRTZLAR.

Noble Conde, yo me llamo Enrique Frizlar.

OTOCAR.

Ya caigo. Tenéis dos hijas; os felicito, porque son muy lindas. ¿Qué me queréis?

FRTZLAR.

Señor Conde, vengo á arrojarme á las misericordiosas plantas de V. A. Vuestra vida está en peligro: una conspiración urdida contra la persona sagrada de V. A. va á estallar esta misma noche; los rebeldes se reúnen ya á las puertas de la ciudad. Todos vuestros gobernadores van á ser atacados en vuestras fortalezas.

OTOCAR.

¡Esta noche! ¿Estáis seguro de lo que decís, buen hombre?

FRTZLAR.

Respondo de ello con mi cabeza, señor.

OTOCAR.

Escucha, Azo. (Habla al oído al capitán de la guardia, que sale al momento.) Ahora, maese Fritzlar, ¿me diréis de qué especie de pillos se compone la cuadrilla?

FRTZLAR.

En su mayor parte estudiantes, señor. Sus dos principales caudillos son Salado y Ulrico, dos perdidos, en particular el primero.

OTOCAR.

¿Ulrico? De ése no me sorprende. ¿Y quiénes son los demás jefes?

FRTZLAR.

Los jefes secundarios son Ranucio de Bizancio y el judío Munius.

OTOCAR.

¿Y cómo estáis tan bien instruido de todo, mae-se síndico?

FRTZLAR.

Señor, beso humildemente los pies de V. A. Dignese conservar un padre á las dos pobres niñas en que ha tenido la real bondad de fijar los ojos.

OTOCAR.

Ya, ya, bien está. Vos vivís enfrente de San Egidio, ¿no es verdad? Iré á probar vuestra cerveza uno de estos días. Soltad mi mano, soltadla, buen Fritzlar. Saludad por mí á aquellas niñas. (Sale Fritzlar con el paje.)

MUZEDIN. (Levantando las manos.)

¡Alá!

OTOCAR.

De poco os asombráis, señor Muzedin. (Entra Munius conducido por el paje.)

MUNIUS.

Noble príncipe, serenísimo burgrave, vedme á vuestros pies.

OTOCAR.

¡Por mi vida que este es el fiel Munius!

MUNIUS.

Señor, se conspira contra V. A.

OTOCAR.

Ya lo sé. ¿Quiénes son los jefes?

MUNIUS.

El primero, el más encarnizado de todos, es el capitán Ranucio; en segunda línea figuran el estudiante Ulrico y el ropero Fritzlar.

OTOCAR.

Modesto sois, Munius; no gustáis de citaros.... ¿En cuánto evaluáis vuestra cabeza? Aquí entre nosotros, en confianza, amigo mío.

MUNIUS.

¡Mi cabeza, señor! Por Abraham y todos los santos patriarcas.... os protesto que sólo por una mera casualidad he sabido.... ¿Mi cabeza?.... no puedo calcular....

OTOCAR.

Modestia, pura modestia por vuestra parte. Yo la taso en trescientos mil florines de oro. ¡Ah de mi guardia! Que me pongan á buen recaudo estos trescientos mil florines, quiero decir, este excelente Munius. (Los guardias se llevan al judío.)

MUZEDIN.

¡Alá, Alá!

OTOCAR.

No os arranquéis ni un solo pelo de las barbas con esta ocasión, mi amado Muzedin, ó creeré que las cosas más sencillas os dejan estupefacto, ó en otros términos, que sois en un todo extraño al conocimiento del corazón humano, de que yo os consideraba tan profundamente imbuido. (Entra Ranucio de Bizancio.)

¿Quién es ese zángano?

RANUCIO.

Señor, beso las augustas suelas de las pantuflas de V. A.

OTOCAR.

Mis pantuflas os lo devuelven, capitán. ¿No se llama Ranucio el hijo de vuestro padre?

RANUCIO.

Ranucio de Bizancio: ¿es posible que me quepa la honorífica felicidad de ser conocido de V. A.?

OTOCAR.

La felicidad es mía, señor Ranucio, y el honor de entrambos. Me gustan los hombres que ciñen espada y me honro con su trato.

RANUCIO.

Temía, señor, que Manius hubiese procurado desconceptuarme en el ánimo de V. A.

OTOCAR.

Error, señor caballero.

RANUCIO.

Es mi enemigo, y por eso lo creí. Ese perro infiel, ayudado por dos locos, el estudiante Ulrico y el ropero Fritzlar, debía esta noche asesinar á Vuestra Alteza y pegar fuego á Nuremberg.

OTOCAR.

En verdad os agradezco el aviso. Sois un leal servidor.

RANUCIO.

¡No, señor, soy un gran culpable!

OTOCAR.

¿Es posible? ¿De quién fiarse, si de vos no? Si la franqueza que respira en ese rostro militar, si las líneas leales de esa mano musculosa no son más que apariencias, digoos, Ranucio, que toda ciencia de observación es vana, y que mi mano izquierda debe desconfiar de mi mano derecha.

RANUCIO.

Señor, yo era uno de los cabezas de la conjuración.

OTOCAR.

¡No, no, por la santa cruz! ¡Os burláis de mi credulidad! ó si es cierto lo que decís, ya no me resta más que velarme el rostro con mi manto como el emperador César y exclamar: *Tu quoque!*

RANUCIO.

Señor, yo tengo mis defectos: me gusta el peligro.

OTOCAR.

Ese es el defecto del león, camarada.

RANUCIO.

Cuando ruge la tempestad, donde yo me refugiaria con preferencia es en la copa de aquellos árboles gigantescos que van á perderse entre las nubes: tal es mi temperamento; y por eso, mientras que otros no veían en la conspiración más que un medio de saciarse de botín, yo veía en ella únicamente la ocasión de arrostrar mil veces la muerte en pocos instantes.

OTOCAR.

¡Esto se llama un valiente!

RANUCIO.

A mí se me habían reservado naturalmente, serenísimo señor, las más arriesgadas pruebas de la empresa; yo debía sostener el choque de vuestra guardia, precipitarme espada en mano en lo más recio de la pelea y, no titubeo en decirlo, medirme en ella cuerpo á cuerpo con V. A. mismo.

OTOCAR.

Por mi vida que me haréis sentir la pérdida de esa ocasión de ganar gloria. ¿Y por qué extraña

casualidad, hermano, habéis en la hora del peligro doblgado vuestros impetuosos instintos bajo la ley del deber?

RANUCIO.

Señor, en primer lugar, me daba vergüenza pelear á las órdenes de un impuro judío contra el más noble príncipe de la cristiandad; luego, representándome la desolación en que iba á sepultar á esta ciudad, la sangre corriendo á torrentes por las calles, los clamores de las mujeres y de los niños, y en general todos los horrores que iban á salir de esta nueva caja de Pandora, á saber, la vaina de mi espada, sentí conmoverse mi corazón..... Acaso V. A. verá en esto una flaqueza.

OTOCAR.

No por cierto; no veo en ello más que una varonil generosidad.

RANUCIO.

Entonces resolví presentarme á V. A. solo y desarmado.

OTOCAR.

Esa confianza acaba de pintaros.

RANUCIO.

Creo no haber hecho más que cumplir con mi obligación; así es que nada pediré en cambio á Vuestra Alteza, más que un tercio en la confisca-

ción de los bienes de Mimiús y de sus cómplices.

OTOCAR.

¿Un tercio os bastará?

RANUCIO.

Soy hombre que me contento con poco; en retribución de esa dádiva tengo á la disposición de vuestra Alteza una lista en que he inscrito, desde el primero hasta el último, los nombres de los rebeldes.

MUZEDIN.

¡Alá! ¡Alá! ¡Alá!

OTOCAR.

¿Habéis nacido ayer, buen Muzedin? (A Ranucio.) Vamos, amigo mío, ¿és eso todo lo que tenéis que pedirme? Nada me ocultéis; ya véis además que soy hombre ingenuo y sin malicia; yo tomo las cosas como vienen, sin buscar en ellas lo que no está á la vista: así es que si os esperáis á verme adivinar vuestros secretos deseos para satisfacerlos, os lleváis chasco. Deponed, pues, toda delicadeza y explicaos libremente.

RANUCIO.

Señor, no quiero ni un alfiler más.

OTOCAR.

Ya lo oís, Muzedin. ¿Acaso os imaginabais que el cielo, al distribuir á Ranucio tantas eminentes

cualidades, había omitido el desinterés? Nada de eso. Este tesoro de virtudes está completo, y he aquí la razón por qué el buen Muezedin, como es práctica constante que un príncipe haga á su huésped un presente de raro é inestimable valor, como vos sois mi huésped, y como en fin no conozco objeto más precioso en mis dominios ni en toda la tierra que ese modelo de perfecciones que lleva por nombre Ranucio, os lo regalo.

RANUCIO.

¡Misericordia! (Se arrodilla.)

OTOCAR.

Le reintegro con vuestra ayuda en su feudo de Bizancio, con una sola condición, y es, que tan luego como lleguéis, le hagáis empalar, no sólo en su calidad de dos veces traidor, sino por chancero de mala laya, que se figura que está tratando con un ganso cuando habla conmigo. Que aparten de mi vista á ese miserable. (Se llevan á Ranucio desmayado.) Reponeos, buen Muzedin. El trabajo casi ignominioso de ciertos experimentos no desalienta á un verdadero amigo de la ciencia: el hombre estudioso se acerca sin repugnancia al fétido vaso en cuyo fondo se está elaborando una verdad, así como busca sin horror en las entrañas de los más impuros reptiles los secretos que la

naturaleza se deja arrancar por el genio. Por esta razón, como hombres de Estado y filósofos que somos juntamente, continuemos impávidos descifrando en esos pálidos rostros humanos el libro de la humana perversidad, y contemos sonriéndonos la infinita variedad de las caretas con que puede revestirse la traición para engañar á los demás y para engañarse á sí misma.

MUZEDIN.

¿Y á qué fin, señor, estudiar una ciencia que entristece al hombre y le hace peor?

OTOCAR.

Habláis como un padre de la Iglesia, señor turco; pero olvidáis que es fuerza vivir en medio de esa canalla. (Entra Salado.) Mirad á ese: ¿quién no se engañaría? Apenas ha llegado á la edad en que se desconfía de los hombres, y ya los vende; ¡si apenas á esa edad se engaña á las mujeres, y él engaña á los hombres! ¿Qué edad tienes, doncel?

SALADO.

Veinticinco años, señor.

OTOCAR.

¿Y qué vienes á hacer aquí?

SALADO.

Noble señor, permitidme que me acerque suplicante....

OTOCAR.

Ya sé lo que me vas á decir. Vete. Esta sala apesta á traición: basta ya. ¿Tienes una madre? Vete con ella. Tienes cara de niño y te trato como á niño; pero no pronuncies una palabra de traición, ó te trataré como á hombre. Vamos á ver, tú eres un calavera: tienes deudas, ¿no es verdad? Querías matar á tus acreedores en el motín, ¿no es esto? Y luego, al llegar el momento te ha faltado valor, y ahora vienes á denunciar á tus amigos para que yo pague á tus acreedores.

SALADO.

Señor, tengo acreedores, no lo puedo negar; pero no los aborrezco bastante para matarlos, ni les profeso bastante afecto para pagarles: me son indiferentes. Mi historia es ésta: habiéndome metido por casualidad en medio de la asamblea de los conjurados, fingí, para que no me matasen, adherirme á su causa, y ahora vengo á poner en manos de vuestra Alteza todos los hilos de tan execrable trama.

OTOCAR.

Bien, bien; vete: todo lo sé.

SALADO.

No lo creo, señor Conde. Ciertos pormenores no son conocidos más que de un cortísimo número de

los nuestros, y uno de ellos, sin ir más lejos, es el modo como se debe asesinar á vuestra Alteza.

OTOCAR.

Si, ya lo sé; en medio del combate.

SALADO.

No, señor; uno de los conjurados ha discurrido un arbitrio para herir á vuestra Alteza cuando esté sentado en su mismo solio, y esa será cabalmente la señal del ataque.

OTOCAR.

¿Uno de los conjurados?

SALADO.

Un estudiante.

OTOCAR.

¿Ulrico?

SALADO.

No; Salado.

OTOCAR.

Ya conozco ese nombre; ¿y cómo piensa hacerlo?

SALADO.

Así. (Hiere violentamente al Conde en el pecho; vése un cuchillo clavado en el jubón. El Conde cae con la violencia del empuje, pero se levanta al momento, y el cuchillo cae en el suelo. Muzedin, los guardias y los pajes se han precipitado sobre Salado.)

OTOCAR.

No le hagáis daño.

SALADO.

¡Cómo diablos, señor Conde! ¿Aun estáis vivo? ¿Luego es decir que lleváis un colchón de canónigo encima del estómago?

OTOCAR.

No le hagáis daño, pero que le tengan bien custodiado. Despejad.

SALADO.

Podéis jactaros de ser más difícil de traspasar que una viga. Si cogen á Ulrico, que le digan lo que he hecho; esto es todo lo que pido, y buenas noches. (Se le llevan.)

MUZEDIN.

¿Qué piensa de ese vuestra Alteza?

OTOCAR.

¡Hum!

MUZEDIN.

¿Qué pensáis hacer de él, señor?

OTOCAR.

Le haré cortar la cabeza mañana temprano. Por lo demás, no os hagáis ilusiones, Muzedin; yo entiendo mucho de fisonomías, y la de ese perillán es la de un libertino tronera á quien el tedio impulsa á buscar emociones extraordinarias; su acción es

más bien la apuesta de un loco estragado que no el sacrificio heroico de un ciudadano; se ha propuesto matarme por no suicidarse. De que la virtud sea una locura no resulta que la locura sea una virtud: me holgara de poder enseñaros, como término de comparación, ese Ulrico cuyo nombre han pronunciado titubeando nuestros tres traidores; allí veríais un noble semblante varonil; varias veces he encontrado su mirada á mi paso, mirada llena de una cólera franca y leal que no se tomaba el trabajo de ocultarse; y tanto me ha interesado, que no he podido menos de preguntar su nombre. Es preciso que sepáis, señor Muzedin, que yo también soy hombre asaz difícil de divertir, por haber apurado ya muchos placeres; tengo momentos de fastidio; no siempre estáis vos ahí; tengo, digo, instantes de tedio, en que desearía á este pueblo de Francia menos resignación y un asiento menos pacífico á mi solio soberano; pues bien, cuando me exaspera demasiado el disgusto de no sentir bajo mi pie más que un cadáver inerte, evoco la imágen de mi Ulrico, y me parece entonces que late un corazón en el pecho del cadáver, que ese cadáver se mueve y que va á reanimarse terrible; así me distrajo.

UN PAJE. (Entrando.)

Señor, el estudiante Ulrico solicita revelar en el acto á V. A. el secreto de una conjuración.

MUZEDIN.

¡Alá Herim!

OTOCAR.

¡Ulrico! ¡Ulrico! ¿Estás seguro?

EL PAJE.

Ahí está.

MUZEDIN.

Pensativo ha quedado vuestra Alteza.

OTOCAR.

Debe tener alguna arma oculta. ¿Le han registrado?

ULRICO. (Precipitándose en la sala.)

No, no tengo armas, señor; nada temáis. Dejadme hablaros sin testigos. Por mi honor, por mi alma os juro que no traigo malos intentos.

OTOCAR.

En mi vida he experimentado igual sorpresa. Dejadnos, señores. Ya lo veis, Muzedin; cuando se trata de los hombres, el desprecio y la duda siempre se quedan cortos. Hasta mañana, mi apreciado huésped. (Retíranse Muzedin, los guardias y los pajes.)

OTOCAR, ULRICO.

OTOCAR.

Habla ahora, mancebo, habla; da á ese rostro en el que tantas veces han debido fijar pensativas sus dulces miradas las madres, las hermanas, las vírgenes al pasar por junto á ti; da á ese rostro y al que le ha formado un odioso mentís; habla, engaña, vende, reniega; ya te escucho.

ULRICO.

Señor, á nadie vengo á vender sino á mí mismo; vedme á vuestros piés; confieso que soy vuestro mortal enemigo. Hace un año estoy conspirando día y noche vuestra ruina y vuestra muerte; quitadme la vida, señor; pero no me quitéis más que la vida, y mis últimas palabras saludarán en vos á un enemigo generoso.

OTOCAR.

No te hagas el magnánimo; confiesa que eres un cobarde.

ULRICO.

No lo confesaré, señor, porque no es verdad. Si Dios me hubiera impuesto una prueba más dolorosa que los tormentos del cuerpo, ni vos ni yo estaríamos con vida á estas horas. Señor, tomad mi vida, pero sed generoso. Si es preciso envilecerme todavía más; si queréis que os entregue uno á uno

todos mis cómplices, lo haré; pero no me quitéis más que la vida..... tened compasión de mi alma. Si os acordáis, señor, de haber amado á un ser vivo, aun cuando sea á un perro, tened compasión de mí.

OTOCAR.

¿Hay una mujer de por medio? El día en que entra el amor en un corazón, el honor hace su hatillo. ¿Hay una mujer de por medio, eh?

ULRICO.

Escuchadme, señor. Yo tenía una carta del doctor Staumer, que me recomendaba á vuestra Alteza como el más hábil de sus discípulos; con ella debía presentarme esta noche en el castillo; naturalmente hubiérais abierto vuestra coraza para exponer al exámen del médico vuestro pecho enfermo, y en aquel momento os hubiera clavado un cuchillo en el corazón.

OTOCAR.

Remedio infalible.

ULRICO.

Esa carta me ha sido robada esta misma noche. Ya no me quedaba ningún medio de penetrar hasta vuestra Alteza; iba á faltar á mis solemnes juramentos..... cuando una mujer se ha ofrecido á reemplazarme, y en el primer impulso de la desesperación he aceptado.....

OTOCAR.

¿Una mujer?

ULRICO.

Una mujer á quien habéis escrito dos palabras de amor. Esta noche debe entregarse á vos y mataros.

OTOCAR.

¿Es una niña morena que veo á veces de lejos á su ventana en la plaza del Mercado?

ULRICO.

Alix es, si, señor.

OTOCAR.

¿Y es tu querida? ¿La amas?

ULRICO.

Señor, ya lo veis.

OTOCAR.

¿Y te has arrepentido de tu sacrificio?

ULRICO.

He corrido por toda la ciudad sin poder encontrarla.

OTOCAR.

Y has venido aquí. Bien; y ahora, ¿qué me pides?

ULRICO.

Justicia para mí y respeto para ella.

OTOCAR.

Ulrico, ¿sabes lo que haces? Eras el jefe de la

conjuración; tú eres el que ha encendido la hoguera y vienes á entregarme la sangre con que voy á apagarla.

ULRICO.

Señor, tened compasión de mí: respetadla.

OTOCAR.

¿Es tu primer amor?

ULRICO.

Desde el primer día en que la ví me pareció que había bebido un filtro; desde entonces dejé de pertenecerme á mí mismo. He creído amar á mi patria, y á ella era á quien amaba; he creído aborreceros, y era que la amaba.

OTOCAR.

No, por mi honor, que no te alucinabas; tú habías nacido virtuoso; pero hay un momento en la vida, Ulrico, en que toda la suma de futuro heroísmo que hay en el corazón se llama amor y pertenece á una mujer. Ese sería tu primer amor, ¿no es verdad?

ULRICO.

Sí, señor, sí, no quiero negarlo. Cuando su mano toca la mía, me parece que un dardo de fuego traspasa mi cuerpo.

OTOCAR.

¿Y te ama ella lo mismo?

ULRICO.

Por mí dejó á su madre.

OTOCAR.

¡Ah! ¿nunca has sido engañado, di?

ULRICO.

No, jamás. La traición es un arte que nadie me ha enseñado, aunque le practico tan bien; naturalmente, le tenía yo en el alma. (Se cubre el rostro con las manos y llora.) Dispensadme, señor; mi corazón se hace pedazos.

OTOCAR.

Ahora que pienso en ello, ¿dónde estaba esa carta de Staumer?

ULRICO.

En una cajita, en mi casa. Alguno ha entrado sin duda por la ventana y ha forzado la cerradura mientras Alix había ido un momento á Santa Clara..... La parra estaba pisoteada y había un vidrio roto, que es lo que me ha hecho descubrir el robo.

OTOCAR.

No está mal discurrido.

ULRICO.

Señor, protesto que no os engaño.

OTOCAR.

No digo eso. (Á un paje que entra.) ¿Qué hay?

EL PAJE.

Ahí está una joven que trae este billete para vuestra Alteza.

ULRICO.

Ella es, señor. Tened compasión de mí.

OTOCAR.

Que entre la joven. Ulrico, ponte detrás de ese tapiz. (Designándole una tapicería que oculta una puerta á sus espaldas.) ¿Llevas algún arma?

ULRICO.

No..... ¿por qué? ¿qué meditáis, señor?

OTOCAR.

Toma mi daga..... puede que te sirva; escóndete. (Ulrico se esconde detrás del tapiz. Entra Alix.)

OTOCAR.

Acercáos, hermosa niña; miradme cara á cara. ¿De qué color son vuestros ojos? Por mi vida que me deslumbran como si fueran soles.

ALIX.

Señor, no me tratéis con desprecio; no soy lo que os imagináis.

OTOCAR.

Por Dios que lo creía; pero si me engaño, tanto peor, porque sois singularmente hermosa; aunque más bien, tanto mejor; pues al veros entrar, dije para mí: al fuego de esos ojos hechiceros se va á derretir toda mi vajilla de oro.

ALIX.

No es eso, señor, lo que vengo á pedir.

OTOCAR.

¿Pues qué me vais á pedir? Porque en verdad que mi vajilla es la más preciosa prenda que poseo. Acaso no la habréis mirado bien.

ALIX.

Quiero que me escuchéis sin burlaros, porque lo que tengo que deciros puede excitar compasión ú horror, pero desdén no.

OTOCAR.

Os escucho como si tuviera el peligroso honor de ser vuestro confesor.

ALIX.

Mucho tiempo hace, señor, que vuestro nombre empezó á conturbar mi espíritu: todos los míos os han aborrecido mortalmente; todos los días os oía nombrar con terror, á tal punto que hacía la señal de la cruz cuando delante de mí se hablaba de vuestra alteza. Hace dos años, mis hermanos perecieron por orden vuestra; desde aquel momento mi imaginación ha estado invenciblemente fija en vos; vos erais el pensamiento constante de mis vigili-
as, el sueño de mis noches; vuestra imagen aborrecida agitaba todas las horas de mi vida. Nunca quise miraros, por miedo de reavivar aún más la

importunidad de aquella visión; en fin, mi odio llegó á ser tan vivo, que resolví perderos: para ello derramé toda mi cólera en el corazón de un manco que me amaba, y era un estudiante llamado Ulrico. Hostigado sin tregua por mí, ha reunido contra vuestra Alteza los hilos de una poderosa conspiración, de la que íbais á ser víctima esta noche. Ulrico debía penetrar hasta vos por medio de una carta del doctor Staumer, y asesinaros..... ¡Pues bien! esta tarde yo he robado vilmente esa carta, y me he propuesto para reemplazar á mi amante. ¿Me comprendéis, señor?

OTOCAR.

¿Pues no? comprendo que viendo la muerte de Ulrico no menos segura que la mía, has preferido salvar la vida de tu amante á perderme, y vienes á pedirme su perdón.

ALIX.

¡No, señor, no! La verdad es que cuando os vi pasar esta tarde, comprendí una terrible verdad..... adiviné el secreto de todas las borrascas de mi alma..... reconocí que si vos moríais yo no podría vivir, y que de dos años á esta parte, con todo el ardor de mi soñado odio, señor Conde, os amaba. (Se oye detrás del tapiz un grito sordo, y luego el sonido de un cuerpo que cae al suelo.)

OTOCAR.

Ved, hermosa niña, lo que pasa detrás de ese tapiz. (Alix levanta el tapiz, y al ver á Ulrico bañado en su sangre, cae desmayada.) ¡Hola! (Entran los guardias.) Llevad á uno de los subterráneos de mi capilla á ese cadáver y á esa mujer desmayada; depositadlos uno junto á otro, y tapiad la puerta.

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

12. 10. 1912. 10. 1912.

CA